
3 1761 08695677 8

109

DISCURSOS ACADÉMICOS

EMILIO CASTELAR

DISCURSO

LEIDO EN LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

SEGUIDO

DE OTROS VARIOS DISCURSOS

DEL MISMO ORADOR

MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39
EL LIBRO DE ORO

Imp. de J. García, á cargo de J. Peña, Costanilla de los Ángeles, 3.

DISCURSO

LEIDO EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EL 25 DE ABRIL DE 1880.

—

Señores académicos:

Llamado á compartir las tareas y los honores de vuestro instituto, en dias ya lejanos, retardé adrede este instante, á ver si tiempo y trabajo de consuno me granjeaban algunos títulos, justificativos de vuestra eleccion y de mi atrevimiento. Mas, desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida á vuestra bondad, tócame tan sólo expresaros mi agradecimiento y deciros cómo alienta mi palabra la persuasion de haber arrancado este lauro, ántes á vuestro cariñoso afecto que á vuestro frio juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, á un sábio, que así poseía las ciencias de la na-

turaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho más propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, á servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, creo correspondiente con la solemnidad de este acto, el convertir vuestra atencion hácia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de las regiones donde brilla la luz de las ideas á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad, notada de prosáica por sus achaques políticos y sus tendencias á la economía y á la industria. Valor he menester para confrontar las barbacanas de feudal castillo con los hilos de industrioso telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los

caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y braman las muchedumbres y ondean las divisas y sonrien las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no más hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extension, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darme fuerzas bastantes á sostener la verdad de mi tésis y á medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de este nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, ó mera abstraccion? Preguntas de este linaje asoman á las mientes, no ya tratándose de tal ó cual determinacion del espíritu, sinó tratándose del espíritu humano en sí mismo. Que sentimientos é ideas se refieren á impalpable é invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrío como los pensamientos de la razon y los juicios de la conciencia, principio evidentísimo por toda nuestra naturaleza revelado y sólo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sen-

tido. Todo cuanto tiene contenido infinito no puede caber en la reducida experiencia, sinó en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observacion demuestra que ideas y sentimientos y voluntades se modifican profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan á una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cambian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renuévanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos, que toda nuestra sustancia varía en el discurso de brevísimos períodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, á veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China ideada inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece á nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mis-

mos terremotos que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estóicos perseguidos, acosados, proscriptos en el siglo primero, reinan con verdadera soberanía en el siglo segundo, é infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano; explicadme por qué á la idea de la unidad imperial, que dura tanto tiempo, sucede á fines del tercer siglo aquella tendencia invencible á divertir las fuerzas, á separar las regiones, á extender las tribus, á erigir ciudades frente á ciudades y pueblos frente á pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica; explicadme por qué, despues de haber subido toda la esencia del paganismo á la cabeza de un sólo hombre que reabre los templos y reanima los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentamente á las manos de los sacerdotes y la corona á las sienes de los senadores, para compelerlos á hincarse, mal de su grado, ante la cruz que vencía al eternó capitolio; explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores, guerreros, corren á refugiarse en el régimen carlovingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde, el Océa-

no aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van á sustituir la unidad con el cáos; explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores del año mil, á cuyo pavor nos confundiamos con las tétricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por qué desde los reyes bienaventurados del siglo décimo-tercio, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo décimo-cuarto, como los Pedros de Castilla, de Aragon, de Portugal; po qué las empresas hácia el Oriente en pos del se pulcro de Cristo se truecan en las empresas hácia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué, al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla la resurreccion de la estátua griega en su sepulcro de Italia, que nos dá la forma humana perfecta; y los viajes de aquel que descubre el nuevo paraiso terrenal, y las revelaciones del sábio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol coinciden con la palabra del profeta que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno luminar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de cada edad como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y crece por una ley real, la lógica. De consiguiente existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razon de nuestra alma y en la razon de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una série de órganos que forman á su vez un organismo; y la parte incorpórea de otra série de facultades que forman á su vez un sistema. Por las raices del organismo tocamos en la materia, como el último de los vegetales; y por las ideas infinitas tocamos en el empíreo, como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre, como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos ó nuestros establos; y vamos á la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus lábios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternales parábolas. Esclavos de la muerte, la celeste increada luz que sobre nosotros cae al nacer nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitacion y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio sér, pareciéndonos á las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuan-

to las besan los primeros albores de la aurora, el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano; pero, como las aguas del Océano tambien, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, á través de la naturaleza y sus múltiples séres, de la sociedad y sus estados, del arte y sus inspiraciones, de la religion y sus dogmas, de la ciencia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Sér eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales, elevado en las cimas del Universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto á la naturaleza que nos rodea, y á la sociedad que nos educa, y al estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y á los horizontes celestes de cuyos arreboles baja sobre nuestra alma la inspiracion, y á las verdades científicas sin las cuales apareceria lo creado y lo increado como esos geroglíficos que no han tenido intérprete, y á las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos

de la razon y en todas las realidades várias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento, como en aquellas canteras del Penthélico, doradas por el sol de Ática, donde los helenos tallaban el mármol para las armoniosas estátuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sinó lo ideal en la esencia. Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuicion donde no pueden penetrar los sábios con el raciocinio; esparce inspiraciones, que contienen la eterna revelacion de la hermosura; crea espontáneamente obras várias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocacion, cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; dá leyes y no conoce ninguna; reune á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creido encontrar ya un génio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nérvios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, ántes que haya estallado por los aires, y en su corazon, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales ántes que los haya sufri-

do la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creacion contínua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aún no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Transfiguracion ó el Pasmo; ningun ruiseñor en su garganta y ningun arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del profeta; ningun mar en sus fosforescencias y ningun cielo en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternales y luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el arte. En su éther se transfigura hasta el universo material. La naturaleza sería, pues, como un templo sin sacerdotes ó como un geroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensa-

miento y no la iluminara la poesía. Los adelantos científicos, léjos de dañar al aspecto poético de nuestro cielo, señores, lo han desmesuradamente engrandecido y abrillantado. Así como la concepcion alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence en poesía á la concepcion asiática que imaginaba la tierra sostenida por el lomo de un elefante mantenido á su vez sobre la concha de una tortuga, supera á todas las creencias cósmicas nuestra creencia, que considera el mundo terrestre como un astro, parte de esa inmensa nebulosa llamada via-láctea; esferóide lanzado á los espacios de lo infinito por la atraccion, arrastrado eternamente hácia el sol, sujeto á sus dos movimientos diurno y anual que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arreboles de iris; como para formar con la combinacion de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antíguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones á que la vida está sujeta en el movimiento

universal. La Dafne, que esquiva el sol y busca el rio, transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faeton el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abrevan los caballos que lanzan de sus crines el dia, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al dios de la alegría transformados en esos delfines, que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamórfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulacion de la vida, las cuales nos muestran como las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á transformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoniaco de las lluvias en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorcion, por la respiracion, por la nutricion, por la asimilacion, convierten el fósforo de los fuegos fátuos en masa

cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nérvios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relacion estrechísima con todo el Universo.

No puede dudarse; á medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece á su vez en el corazon; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazon, la poesía de la naturaleza crece en las imaginaciones. El mundo asiático hacía del animal como el dios de sus altares, como el símbolo de sus artes, como el protagonista de sus poemas; y era explicable tal achaque, dada la pesadumbre de aquella materia, en cuyos senos se absorbia y disipaba la infinidad del alma humana. Para que el hombre rompiera su consustancialidad con el mundo, necesitóse una distincion radicalísima entre el Eterno y su obra; aquella distincion, realizada en los desiertos, al pié del Sinaí, sobre la terrosa Palestina. Mas, luego, así como el mundo oriental desvaneciera el hom-

bre en la naturaleza, el mundo greco-romano personificó la naturaleza en el hombre. Cada dios encarnó una fase de la vida universal, individualizándola. Contra tamaña apoteosis del hombre, por virtud de esas sucesiones de accion y de reaccion, que reinan en la historia, sobreviene el misticismo de la Edad Media, desvaneciendo nuevamente las criaturas, no en la naturaleza, en la Iglesia. Y por nueva reaccion, el Renacimiento diviniza la forma humana, si no en los cielos de la teogonía, en los cielos del arte. Y la naturaleza vuelve á desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos. Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estátua aislada, esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Angel se destacan, áun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos. Así el universo de Ariosto no es natural, sinó mágico; diríase que es obra de embrujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por tanto, surgió siempre lo sublime, como el vapor natural á las frias cenizas, el socarron de Rabelais solamente echó de ver que se cogian

frescas y sabrosas lechugas. Montaigne, de la prosapia de los claros ingenios, aconseja la soledad para esparcimiento del ánimo, no en bosque ó selva, como haria René, sinó en vulgar trastienda, y, á lo sumo, en ágil partida de caza. Entonces podia pasar un viajero ilustre junto á la catarata del Rhin, objeto hoy de tantas peregrinaciones, sin notar otra cosa que el fragor de sus despeñados caudales. Entonces el bosque de Armida componíase de árboles, que ostentaban por troncos humanos troncos; afeites bien impropios, que quitan su naturalidad á la misma naturaleza, convirtiéndola en artificiosa y contrahecha. Entonces menudeaban pastoriles novelas, regocijo de nuestros progenitores y enojo de sus nietos, más pagados de la verdad natural que de sobrepuestas engañifas.

Digámoslo muy claro y muy alto en honor nuestro. El génio íbero despertó el sentimiento de la naturaleza oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves españolas el desconocido extremo Occidente, y con la aparicion del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparicion de América, sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exal-

tada fantasía. En mares no surcados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; á la vista de cordilleras donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes; sobre la corriente de rios descendidos de ignotos manantiales y esmaltados de extraña vegetacion acuática, cuyas ramas y raices, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las creeriais jardines bajados del Paraiso sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovacion del Universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debian ver la naturaleza como Adan, al despertarse á la vida, la retrataba inmaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegacion, de Camoens, avivaron el amor á la creacion. Yo atribuyo, quizá sin fundamento, la poesía naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Titania, poesía excepcional en su tiempo, á haber ambos á dos bañado sus almas en estas corrientes saludables venidas á Europa desde Asia y América. Mas, reconociendo tal mérito á dos

génios culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la revolucion y de la crítica, nació en el siglo décimo-octavo. Cayéndose á pedazos la sociedad antigua, demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó el espíritu la libertad en el seno de la creacion. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes, huia las catedrales góticas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto á los mares de la nueva vida y á los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales políticos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Leman, á orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolucion de esmeraldas jaspeadas de ópalos; al frente de aquellos Alpes con sus cresterías de nieves en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor á la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en los mismos dias en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la

idea de libertad vencía en América. Imposible medir cómo han trascendido los viajes de Europa á América y de América á Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta Navarrete que, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colon de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado á las costas de Virginia, y Pinzon lo disuadió, impulsándolo hácia el sud-oeste, advertido por bandada de papagayos que atisbára y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienes la corona de sus libertades sinó blandia en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Cárlos III de España, los enviaban allende los mares y los sostenian en su empresa. América, venida á la vida histórica por una revelacion de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, á la elocuencia, á las

letras, agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del Vniverso como los conceptos fundamentales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel breton, nacido al pié de los dolmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que despues de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la trípode de oro á las pitonisas de Delfos, arrullos en el nido de laureles á las palomas de Dodona; cuelga su profana lira de cristiano altar, y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, enamorado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educacion de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse á mirar ni el ocaso ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, náufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos, arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exhuberante, sentida y descrita por magistral manera; y allí representa, como en

escenario apropiado á su grandeza, la exuberancia de su fantasía tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vieron y adoraron á América, como se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiracion naturalista, poseemos tambien la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado, leyendo los amores de aquellos dos séres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasion hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el dia por la sombra de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella jóven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos

poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicacion de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales y el cucui que brilla entre las pasifloras; los bellones del algodon y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los vergeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café á la sombra de los bucares y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples séres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la naturaleza. Entre estos segundos, ninguno como aquel germano, á quien lla-

maremos eternamente oráculo de la creacion allá en los templos del arte. Los primeros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron á la fé de su raza. Mas, las revelaciones de la electricidad, tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el alma al mundo, arrastraron su inspiracion á sumergirse en el éther de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atencion y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hasta el luminar en sus elipses. Suelos y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema, guardado tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalípsis de las transformaciones reales. Su pensamiento, sereno como la inmensidad y sintético como la ley, descubria en el abismo de los abismos cerúleos, por esencia de lo creado, la luz increada, y por revelacion de esa esencia, la forma en combinaciones interminables de mágica hermosura. Su sed de esa luz cuasi-espiritual y su culto á esa forma cuasi-pagana le condujeron á Italia, y como le tentaron á evocar los dioses de la naturaleza en las playas de las sirenas. Inútilmente los mo-

nasterios, todavía poblados, murmuraban la oracion de la penitencia en sus oidos; enamorado de la antigüedad, perdíase en los campos, preguntando á las encinas y las hayas virgilianas por los fáunos desaparecidos, y á las cavernas del Pausilipo y del Tíber por las ninfas muertas. En sus viajes llevaba delante de sí, cual un sacerdote de Olimpia, la efigie en mármol phentélico del Júpiter Olímpico. Y cuando la ciencia creia erigir el Universo sobre las abstracciones del pensamiento, abismábase su observacion profundísima en la universalidad de los séres. Y encontraba en lo que podiamos llamar parte externa de esa universalidad luz y forma, como en lo que podiamos llamar interna unidad y variedad. De aquí sus metamorfóseos, revelando que del cotiledon se originan todas las flores y de la vértebra todos los vertebrados, como de la línea todos los cuadros y del número todos los logaritmos. Unidad y variedad, luz y forma, materia y movimiento; hé aquí los ritmos de los eternales salmos entonados á ciegas por los séres sin conciencia y comprendidos y deletreados en la conciencia universal. Corolas y lunas, gorgeos y vuelos, el vapor de un valle y la elipse de un satélite van buscando en la inmensidad, no solamente la

luz que los exclarece, sinó tambien la idea que los interpreta. La concepcion mecánica del mundo y sus combinaciones de átomos ceden por completo ante la concepcion dinámica que explica como el calor de la vida corre desde la tosquedad del fugaz aereolito confinante con la nada hasta el micróscomos del humano cerebro confinante con lo absoluto. Hay energías en las fuerzas, motores en el movimiento, esencias en las cosas, que van tegiendo con hilos misteriosos la urdimbre de la vida en lo infinito. Así, nada tan necesario como asomarse á ver el fondo de las cosas. El dia que la mágia perdió su prestigio, no fué el dia en que ardiera el fuego robado al cielo en las manos de Prometheo, sinó el dia en que ardiera la idea libre, luz de la luz, en él. La savia que circula por el campo y que hincha las yemas de los árboles golpeaba con fuerza en el pulso de aquel poeta y en sus olímpicas sienes. Y todos sus esfuerzos se dirigian á expulsar de lo creado la mágia embustera, sustituyéndola con el resplandor poético de la verdad natural. Era como un gran dibujante, que copiara con su lápiz las formas y como un gran músico que anotara en el pentágrama los ecos de la naturaleza. Anegábase en la sustancia de donde brota la vida,

como la esponja en el mar; perdíase en el movimiento eterno como el nadador en las corrientes; indagaba á guisa de naturalista el tipo fundamental de las especies y á guisa de poeta se embebecia en la contemplacion de las formas; miraba las esencias en sí como un filósofo platónico y luego las personificaba y deificaba como un escultor griego; y elevaba á culto su amor á esa alma madre, que nos mece desde el nacer en sus brazos y nos entierra y nos devora en sus entrañas; que habla como una pitonisa y guarda sus secretos y sus misterios como una religion; que produce los indivíduos, cual séres en sí, para encadenarlos luego á las especies; que todo lo cambia en los múltiples fenómenos y todo lo conserva en la perennidad de la esencia; que nos condena á batallar sin fin y nos regocija con amores sin término; que mata y produce todos los dias; extrayendo de las películas diseminadas, de las semillas invisibles, de las larvas frias, de las hojas secas, de la putrefaccion misma, de tantas sepulturas hacinadas, los enjambres sonoros, cuyos aguijones traen á nuestros lábios el licor dulcísimo de la vida. Así, la naturaleza no infundia en él esa contemplacion tranquila del mundo y sus vários espectáculos, tan próxima al candor de la

égloga, sinó la inquieta curiosidad que quisiera asistir á la germinacion universal de los séres, beber en la copa donde se contiene la eterna sustancia, lactar los pechos ubérrimos á cuyos pezones se alimenta toda nutricion, ver las raices y ramificaciones de los organismos, encerrar en la mente los tipos de todas las criaturas y las matemáticas de todas las esferas como en el corazon una llamarada de ese amor que renueva las especies y una gota de esa esencia que se dilata desde las cavernas á los cielos, encendiendo y animando toda la creacion.

Bien es verdad que las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos han dado á los horizontes de la poesía moderna desmesurada extension. Lo mismo el telescopio, revelándonos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestros lentes y á nuestras retinas, que el microscopio, diciéndonos los innumerables séres contenidos en lo infinitamente pequeño, han prestado á la vida fuerza y variedad no sospechadas en otros dias y por otras generaciones. La ciencia más moderna, la geología, ciencia originaria de nuestra edad, ha aumentado la grandeza de la tierra en términos que pasman al entendimiento y cansan á la admiracion. El autor del poema la Creacion lo ha

dicho. Los séres fantásticos nacidos de la poesía antigua, los titanes engendrados en las cavernas, de respiracion hirviente cual los cráteres, y de fuerzas devastadoras cual las erupciones; salteadores de los cielos á guisa de las humaredas y las nubes volcánicas; los gigantes heridos por los rayos de la ira divina en el Osa, en el Pelion, en el Cáucaso y condenados á sacudir el suelo con los extremecimientos de los terremotos; los mónstruos de cien brazos, eternos forjadores del hierro en sus fraguas tonantes y conjurados enemigos del Olimpo; las gorgonas en sus tinieblas; los centauros abrillantados por el rocío; los tritones con crines de espumas y colas de trombas; los cerberos llamados á recibir las sombras de los muertos y los endriagos y fantasmas de la Edad Media; todas las figuras descritas en las epopeyas y leyendas consagradas al orígen de las cosas y á sus transformaciones eternas, jamás emularán, jamás, en grandeza las perspectivas abiertas por nuestra geología en la creacion terrestre, con sus montes, cuyas cúspides bañadas por los diluvios, se han tronchado, cual arbustos, al empuje de los huracanes eléctricos; y con sus moles graníticas esparcidas por tantas catástrofes, y en cuya comparacion parecen pig-

meos los colosos caidos y los templos arruinados de Babilonia y de Menfis; y con sus desmesurados animales esculpidos é incrustrados en las lápidas donde se deletrean las inscripciones reveladoras de las edades planetarias y se ven las esfinges guardadoras de los seculares secretos; y con sus paisajes, ora encendidos como océanos de éther y ora frios como océanos de hielo; y con sus mónstruos que tienen estatura de colina, y sus helechos que tienen estatura de árboles, y sus árboles que tienen estatura de montañas, y sus mares calcáreos semejantes á levaduras de venideras tierras, y sus madréporas semejantes á gérmenes de vida orgánica: maravillosísimas fases de innumerable antigüedad, cuya sucesion compone cíclica epopeya, la cual empieza desde el punto en que nuestro globo se confundia con el sol, como el infusorio con la gota de agua, y continúa por las épocas en que iba nuestro globo al acaso contenido en esos cometas que vagan errantes, burlándose casi de la gravitacion universal, albores de astros por venir ó pavesas de astros ya extinguidos; y concluye cuando los agentes ígneos y acuosos, con hercúleos trabajos, producen ya los cristales, ya los pórfidos, ya las rocas neptúnicas, ya aquellas compuestas por restos y

petrificaciones de especies animales y vegetales completamente desparecidas, hasta llegar á la hora de paz y de armonía, en que los continentes se han dibujado en sus límites, y los mares se han recluido en sus lechos, y la atmósfera se ha descargado de sus vapores y de sus tinieblas, para que en la cima del organismo, alimentado como la más lejana nebulosa por la universal combustion del oxígeno, brotase el humano cerebro como el espacio inmenso, en cuyos ojos, brillantes á guisa de bellas constelaciones, se reflejara la superior y progresiva vida del humano espíritu. La verdad es que la inspiracion concluirá por encontrar tarde ó temprano el lado poético de todas estas grandezas.

Mostradle á cualquier persona vulgar, por ejemplo, una navegacion; y si suele ver á la contínua su curso, parecerále cosa liviana y de ninguna monta, como al oficial de taller los trebejos de su pintor ó al sacristan de amen los altares de su iglesia. Pero poned á Homero en medio de ese mismo espectáculo, y vereis cómo halla enseguida lo típico en lo individual, lo eterno en lo mudable, lo uno en lo vario; la astucia congénita al mareante en Ulises; la fidelidad conyugal, más indispensable en la vida

marítima que en la vida ordinaria, por las largas separaciones, en Penélope; la natural invocacion á las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagrados á Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acorriendo al náufrago y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias, en Nansicáa; las playas bravías é inhospitalarias, en Polifemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas á los marinos, en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas, en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se hermoseará en la poesía, como puede hermosear un verdadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluciente punta de platino en comunicacion con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo; el globo aereostático ascendido á las alturas como para dar al hombre alas semejantes á las del águila y alzarlo donde no se alzan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, á manera de aterciopelado pétalo, á los amorosos besos del calor; la fuerza contenida en las nieblas, en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan ténue

á primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquellos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica tal, que esculpe como los cinceles de Fidias; el resplandor dotado de tal mágia pictórica que retrata como los pinceles de Velazquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas, que culebrean por nuestros nérvios y penetran por los duros metales, y avivan á los muertos, y mueven lo inerte, cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el rescoldo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota de sangre y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sirio, nos muestra por los colores y los matices de sus iris la existencia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la materia creada correspondiente á la unidad divina del Criador.

La creacion universal no acaba, señores, al

aparecer la más perfecta de las criaturas, el hombre. Entonces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos á dos combates: al combate con los séres inferiores y al combate con nuestros semejantes. Llamamos á éste guerra, y trabajo á aquél. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo que vivifica, á la guerra que mata. Mayor fama cabe á Cain por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artífice como á la idea que pone el tiempo, pues individuales por su orígen, tambien son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámetros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Enéida habla al pueblo romano de la fundacion de Roma; la Divina Comedia compendia, compendiando los dogmas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infiernos de su siglo; las Luisiadas repiten los cánticos divinos inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus

venas la sávia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los recuerdos de la primera culpa y desvanecia los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tócanos á nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el Quijote, y el libro de los ingleses, el Robinson. Dos ingenios, desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de África y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azan, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcabalero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgathe, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, pues-

to en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus repectivas naciones. Recio de complexion, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de génio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ócio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, parecíale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser á morrion simple celadas de papel, apercibir huesoso rocin, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuráran ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y malandrines, hender gigantes, sin más deseo que grangearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que ser-

vir al desgraciado en contínuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarron labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quítame allá esas pajas, alguna ínsula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos á esta nacion idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, á pesar de la fortaleza de su brazo y de la energía de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenian por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, sólo esperaban su medra, eternos pretendientes de la córte y del gobierno; bien al revés de aquel Robinson, sin ningun ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeada tres veces al dia; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose

por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad, y acogiéndose solitario á isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando sólo consigo mismo, procúrase todos los instrumentos necesarios á sujetar, como los exploradores de los Estados-Unidos, como los puritanos de la flor de Mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo. Pues si el gran escritor español y el discretísimo escritor inglés han dejado verdaderamente dos tipos, aquél de una edad que concluia en principios del siglo décimo-séptimo, y éste de una edad que comenzaba á principios del siglo décimo-octavo, ¿por qué nuestro tiempo no tendrá la Iliada del trabajo, como otros siglos han tenido la Iliada de la guerra, cantando las victorias sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como otros siglos han cantado la victoria del hombre sobre el hombre? Esta poesía concluirá

por dominar, en cuanto ámen los pueblos más á sus redentores que á sus tiranos. En las letras, emanadas de nuestras ideas, ántes brillará el desasosiego de Pitágoras al interpretar las inscripciones grabadas por las estrellas en los espacios, que el anhelo de Aquiles al arrastrar el cuerpo de Héctor en los campos de Troya, y ántes acudirán las imaginaciones, ansiosas de ideas, al banquete de los platónicos y á sus inmortales diálogos, que al banquete de los atridas y á sus repugnantes venganzas. Las batallas empeñadas por tantos guerreros en las toledanas vegas, no dejarán rastro cuando todavía busquen los ánimos elevados el paredon moruno, á cuya sombra se escribieron las tablas de Alfonso décimo, y el prado y la fuente de cuyas esencias y de cuyos rumores brotaron las églogas de Garcilaso. Los guerreros más célebres del siglo décimo-tercio habrán desaparecido de la memoria universal, en tanto que la lira cantará las evocaciones de Lulio á las fuerzas ocultas de la razon humana. Como hoy se investiga por las ruinas del foro, entre el Coliseo y el Capitolio, la tierra donde cayera César envuelto en su sangrienta gloria, se buscará mañana el sitio donde puso Copérnico aquel anteojo, con cuyo auxilio observó el eclipse de

luna que le condujera á inducir el movimiento de nuestro planeta. Por las piedras de la via Apia, por las colinas de los patricios y de los plebeyos, los sepulcros rotos han despedido de sí hasta las cenizas de los conquistadores que se creian eternos, en tanto que las estátuas talladas por los esclavos griegos todavía están de pié sobre sus aras sacras, recibiendo, si no el culto, la admiracion de todas las generaciones. Las luchas caballerescas de Cárlos V y de Francisco I; las guerras religiosas entre Felipe II de España é Isabel I de Inglaterra; los combates entre las órdenes teutónicas y los emperadores de Alemania, no interesarán como los esfuerzos de Paracelso por extraer de la cábala y de la alquimia la medicina y sus luchas con los avicenistas; como las investigaciones de Keplero mostrando la armonía entre las matemáticas de nuestra mente y las matemáticas de las esferas, armonías, por las cuales obedecian los mundos á sus concepciones, como obedecen los instrumentos músicos en sus cuerdas y en sus teclas á las notas del pentágrama; el espíritu de Galileo, al ver cómo la majestuosa lámpara colgada del crucero de Pisa, enseña las leyes del péndulo; las correrías de Vesala por las horcas de las ciudades, en pos de los

ahorcados, medio comidos de los cuervos, para estudiar el esqueleto y conocer la anatomía; la lamentacion en piedra esculpida sobre el sepulcro de Florencia, por la mano titánica de Miguel Angel, cuando, al ver muertas la república y la libertad, se convence de que los colosos de mármol esculpidos en el sepulcro de Julio II y los titanes pintados en las bóvedas de la Sixtina, no eran de carne y hueso, sinó sombras de un pensamiento, en el cual se condensaban las sombras caidas de la conquista, del despotismo y de la guerra, que traian con la muerte de toda libertad la muerte de toda inspiracion y con la muerte de toda inspiracion la eterna noche sobre la infeliz Italia.

Como hay una ciencia moderna de la naturaleza mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de la guerra. Sectas opuestas y exclusivas han dicho que á poca ciencia corresponde mucha religion y mucha poesía, como á mucha ciencia poca religion y poca poesía. Pero una reflexion más profunda demues-

tra que así como nuestras facultades son eternas, tambien son eternas las satisfacciones á esas facultades; y que mientras exista el hombre, existirán y coexistirán con él eternamente la religion, la poesía y la ciencia. El espíritu es uno en su esencial sustancia, y las obras ó hechuras del espíritu, grados de su existencia en contínuo desarrollo. Así el espíritu se eleva, por esta ley, desde el seno de la naturaleza al seno del Estado, un término superior en la série lógica de sus manifestaciones diversas. ¿Creeis que no hay tanta vida en el mundo social como en el mundo natural? ¿Creeis que no es tan necesaria al hombre la tierra que lo nutre como la nacion que lo educa? La idea del Estado se ha engrandecido en el espíritu moderno como se ha engrandecido la idea de la creacion. Y engrandeciéndose la idea del Estado, se ha engrandecido la poesia política, que podríamos llamar poesía de la libertad. ¿Creereis, sinó, el privilegio más idóneo á la inspiracion que el derecho y más hermosa la servidumbre que la igualdad natural? Aquellas castas índicas, mantenidas por una religion oscura é incipiente; aquella monarquía persa, derivada de la guerra entre principios opuestos, ó mejor, entre enemigos dioses; aquel Estado griego y roma-

no creidos de que tenian aptitud para regular desde los trages hasta las creencias; el endiosamiento de los emperadores, cuya voluntad se elevaba en las sentencias de los jurisconsultos á fuente de las leyes; la soberanía feudal confundida con la nocion de la propiedad y contando las cabezas de siervos como pudiera contar las cabezas de ganado; los conflictos entre las pretensiones excesivas del sacerdocio empeñado en volvernos al Asia y la autoridad invasora del imperio empeñada en fundarse sobre ruinas de la Roma cesárea; los sofismas de aquel patriarcado que elevaban tristemente un mortal á imágen privilegiada de Dios mismo, no pueden prestarse al arte y á la poesía como se prestan leyes emanadas de la voluntad general; derechos arraigados en la esencia misma del hombre; Estados sometidos á la razon pública, y que léjos de disponer á su arbitrio del honor y de la fortuna y del hogar y de la vida de los ciudadanos, les asegura desde sus propiedades hasta su dignidad como imágen viva que son de la justicia. Sé á ciencia cierta que muchos amadores de restauraciones literarias vuelven los ojos atrás, creyendo fácil resucitar por obra de imitacion, afectos ya extinguidos. Sé tambien que achacan á nuestro tiempo falta

de arte por sobra de libertad. Pero yo os pregunto, qué siglo de la historia conoció guerras y cruzadas movidas por la poesía como este siglo tachado de prosáico. No le convenia, no, á Inglaterra, como nacion, la libertad de Grecia, y la auxilió por atender al coro de poetas que la pedia en sus versos, sacrificando así á una idea estética más que política, la razon de Estado. No le convenia á Francia, como nacion, la independencia y la libertad de Italia; pero se alzaban sombras tan augustas de sus campos y voces tan sublimes de sus sepulcros; se oian, derramadas, por sus aires cadencias tales en los Misereres de Palestrina y en las plegarias de Rossini; se veian en sus cielos de arreboles tantas figuras hermosas surgidas de inagotable paleta y en sus piedras de mármoles tantos relieves trazados por creador cincel, que cada corazon sentia una emocion artística á su recuerdo; y todas estas emociones se juntaron á suscitar la cruzada que abrió el sepulcro donde yacia enterrada la madre de todas nuestras naciones. No le convenia, no, á la América del Norte arriesgar su admirada vida por los míseros esclavos de los Estados del Sur; pero la tribuna resonára con tales discursos, las iglesias con tales sermones, los hogares con tales páginas de no-

velas íntimas, la lira con tales acordes de libertad universal, que se formára como una apelacion á la conciencia humana, engendrando aquel puritano, venido al Capitolio desde los grandes desiertos, como un profeta, á morir, despues de expugnada y vencida la Babilonia de la esclavitud, cual santo mártir de su fé, por la redencion y la libertad de los negros. ¿Y al siglo de cruzadas así le llamareis siglo de escasa poesía?

Yo creo, por lo contrario, que, en ningun tiempo, la poesía lírica encontró acentos de tan subida entonacion, como en ningun tiempo la libertad encontró cantores de tan vário estro. Al comenzar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruinas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros rios, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasion de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional y le dieron, si cabe, más acerado temple, oyóse hervir la inspiracion volcánica de Quintana, dando á la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estóica firmeza un crímen de toda vacilacion en la esperanza; ardor

rayano de demencia en aquel instante, á no tratarse del valor en la guerra y del ánimo para la muerte congénitos á nuestra heróica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poetas italianos, Leopardi, vagando á la sombra de los muros caidos y los arcos rotos, que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heróica de Simonides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathon y de Platea. Y, en seguida, un patricio inglés, de complexion inquieta, de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante; coronado con las espinas de sus dudas que le taladraban las sienes y consumido en la antorcha de su inspiracion que le abrasaba las manos; despues de haber corrido vária y luctuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazon de amor entonces feliz, vibrantes los lábios de cánticos ya inmortales, á Grecia, en la exaltacion de su estro y en la flor de su juventud, á pedir muerte á la inmortalidad helénica y sepulcro á la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando tornaban nuestros dester-

rados del veintitres, la legion sublime que traia en las manos el D. Álvaro de Sevilla y en la mente el D. Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amador de su pátria, por opresa y desgraciada, que la veia retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de San Pedro vacilante al empuge de tantas heregías; vision traida de los celajes pátrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos que buscaban inutilmente los ángeles apocalípticos, apercibidos por la ira celeste al castigo de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieran los sacerdotes al pié de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana afliccion á la divina misericordia, y arrancaran á las tumbas los huesos de cien generaciones para desarraigar hasta las últimas raizes con que á la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y á su vez los opresores de Polonia engendraron poetas y tuvieron que oprimirlos. Aquel, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, segun el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las

nacientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oidos sólo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagráronse á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada á plañer el dolor en la servidumbre y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogia los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas «Oneguine» canta el hastío; y la mejor de sus estrofas plañe un poeta jóven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótase en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los

pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponia en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices dias. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imaginaos cuánto manarian las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece á la dramática, de aquella resurreccion de la leyenda de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de záfiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos: Ulhand, que se gozaba en oir la esquila del ganado tornando al aprisco y la cancion de la moza de cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Ulhand, que seguia el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella, á ver si podian juntarse alguna vez en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epopeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor á la pátria libre, y el amor á la pátria libre despierta en sus sentimientos vivísimos la aspiracion al humano derecho. Y Teodoro Koerner, afilando su espada en las piedras druídicas donde afilaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas á sus sangrientas divini-

dades, corre á las batallas, en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseña á los suyos cómo se combate y se muere por la libertad y por la pátria. ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, á quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalen, y cómico aristofanesco en algunas invectivas propias del mercado; con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos á recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los lábios abiertos, para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias; oscuro y soñador como un germano y claro y armonioso como un griego; aunque impío é irreverente quiera turbar la paz en todos los templos, desde aquellos del Egipto y Caldea que tenian por vasos de oro los astros, hasta aquellos de góticas agujas que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan á orar con las melodías de sus órganos; aunque excéptico, burlon, indiferente, dado á colgar bajo las hojas de su corona de laurel ruidosos cascabeles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor

ignora, conserva siempre, allá en el fondo de su corazon, religioso culto á las dos ideas capitales del mundo moral, á la idea de Dios y la idea de la libertad; á manera de esos ángeles de la leyenda que, caidos de la gracia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania, ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La voz de la libertad se une á tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, á quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor á la libertad abria el pecho de aquel otro poeta que parecia no amar sinó los ídolos de un dia y no sentir sinó la emocion de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes á los versículos de Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habeis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así á las reglas de lo artificioso como á las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la savia del terruño español en las venas, y en la frente el beso inde-

leble de nuestra luz meridional; y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta á sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradicion de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolucion francesa, que lográra destronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguian y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existian las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas, deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no léjos de allí bramaban y rugian, como océano encrespado, los pueblos; y en el teatro, sujeto á las unidades, como los jardines á la geometría y los cortesanos á la etiqueta, apareció Victor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivian revestidos de la

inmortalidad, Lope, Shakespeare, Calderon, los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiracion; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas á la prisionera poesía. Pertenece pues á nuestro tiempo con mayor derecho que á ningun otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto á la historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones tambien la idea de la historia. Ningun tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el pólen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquel, en cuyo sér la poesía no es una profesion ó un arte, sinó la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, á guisa de trovador en la Edad Media,

y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexion, aviva toda nuestra historia; en la campiña de Toledo, la tradicion del Cristo de la Luz, y en las márgenes del Arlanza, los torreones del castillo de Pampliega; en el corazon popular, el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular, el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, don Juan Tenorio; en las almas cristianas, el Te-Deum, cantado bajo los muros de Santa Fé por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de África, el suspiro lanzado por el proscripto, al pié de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla, y la Alhambra de Granada, inspirando á la nolstalgia del destierro y á las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas é inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiracion la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas

históricas son estas edades llamadas de transicion. Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la historia siglos de transicion, ó si quereis, de renovacion, distintos de los siglos en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transicion el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto en que pasamos del imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo en que pasamos del feudalismo primitivo, que podríamos llamar semi-teocrático, al feudalismo puramente militar, que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimo-quinto en que pasamos del feudalismo militar á las monarquías absolutas; y el décimo-nono, abierto por la revolucion francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas á las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recojen por necesidad en tales afectos motivos bien vários para la poesía histórica. Siglo semejante á este siglo fuera el sexto, anterior á Jesucristo, que oyó pensar á Pitágoras, hablar á Xeno-

phanes, cantar á Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus Plinthos y sus Volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse á las proporciones del cuerpo humano; y que la monarquía se iba con Pisistrato para abrir paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica. La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer geroglífico escrito en las paredes de los templos y nuestra filosofía de la historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales geroglíficos, interpretados ó no, aseméjanse á esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar á nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamórfosis en la historia! Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; ¡libros teogónicos más tarde, cuando sólo se referia la vida de los dioses personificados en las alimañas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra, de los panteones y de los sepulcros; cántico trasmitido por los cantores errantes en los oidos de las generaciones ó es-

cena cincelada por los primeros artífices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sancioníathon de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de tradicion en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos; poética en Herodoto, política en Tucidydes, moral en Xenophonte, filosófica en Platon y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, ecléctica en Alejandría, donde así se deletrean los geroglíficos egipcios como se traducen los libros santos; romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro, Siculo cual una reaccion del espíritu humano ya próximo á la conciencia de sí contra el predominio de Roma; triste y decadente en la narracion llamada augusta, que historiando la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo, como la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalen, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al di-

vidirse el mundo romano en oriental y occidental, y venir sobre esta division los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos, bizantino y cortesano en Procopio; teológico y enciclopédico en Teodoro; bárbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey D. Alfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan á dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazon humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el padre Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimo-séptimo hasta la primera mitad del siglo décimo-octavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo-octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabia que creciera, á nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del

hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los indivíduos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el Universo y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redencion gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado á la historia, engrandecida é iluminada, las proporciones y los cortes de una maravillosísima epopeya. Recordaráme algun malicioso que el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy á la idea pesimista con tanta fuerza como á las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas, sinó genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesion de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el gérmen de todas las penas, en la vida el contínuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños, y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que sólo llueven los oropeles de la mentira; por las ci-

mas de la ciencia espirales de sofismas que sólo persuaden á la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeracion de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el ódio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte; el no sér alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgolas alarde de mal humor pasajero más bien que expresion de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual; todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los séres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperacion lo mismo que sucede con el arte realista; no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en

ideal. Tras las nubes el cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un dia las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas vereis con mayor claridad el albedrío, que busca voluntariamente la más alta moral, aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia á su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente. Dará á su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la correccion y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran ó desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará segun que le hierva la sangre de su corazon en las venas ó le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su mu-

sa independiente, vereis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia, y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos contínuos les arrastrará. Como la sábia química de hoy fué alquimia, y la sábia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustras como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto á nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa que arrancaba el hierro al pedernal, y la creimos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y á través de la viciosa vegetacion, columbramos la luna, y creyéndola el luminar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplacion. Y tras la luna, vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal: que los minerales quieren ser ár-

boles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazon, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebosante de miel hasta el arpa despidiendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo creado busca el orígen de su creacion, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorgeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiracion universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por denominarse con alguna denominacion, aunque sea inperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fatalidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay tambien una parte considerable de necesidad. La region luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El ar-

te puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer á ninguna ley extraña á él, ni siquiera obedece á las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad á él agena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce, pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplacion. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, á esa ave celestial en regalar ó no los oidos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, tambien ha crecido en nuestros dias. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los primeros

cristianos veian la sonrisa del demonio en los lábios de las estátuas griegas. Algunos, entre los padres de la iglesia, aconsejaban á los artífices que pintasen y esculpiesen feo á Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruia los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones de las que más han cooperado á la educacion del género humano, prohibian reproducir ni copiar los séres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida á figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la correccion y la armonía de los órdenes griegos. El autor de las empresas políticas maldecia del Dante; y el autor del Cándido llamaba á Shakespeare deforme y bárbaro. Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratin, ó de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro espa-

ñol. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolucion literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, talladas por Esquilo y Sófocles, frias estátuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y á pocos pasos de allí, por el crucero de la Porciuncula, artista empeñado en la resurreccion de la Edad Media, trazará un fresco en que reproduce adrede la incorreccion del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, sólo por amor á la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena á estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos y admiramos á todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses á todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteista; ni el apólogo persa en que dialogan el ruiseñor y la rosa á la sombra del agi-

mez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas del Mediterráneo y la peregrinacion de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, á la voz de Simonides, la rota de los Dários y los Ciros, y en el coro que alaba al Eterno, á la voz de Moysés, en la tierra del Asia y á la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando á los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danes, que acaba de maldecir á Ofelia, preguntando á los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titan de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentia el Segismundo de Calderon. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephté, por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, lloran

do con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu á los juegos pithicos para beber en copa cincelada por Praxiteles agua de Castalia y oir bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo, tan armonioso como una oda, y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luego, á guisa de los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del sayal, ceñidos del cilicio, á enterrar en la soledad un corazon desgarrado, á macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos á la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca á los vivos como plañe á los muertos; y acudimos á la sombra de la torre y de la ogiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas ó en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias, cavamos con el azadon nuestra sepultura, no tanto para tener un hoyo en la tierra, como para

recordar á las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que no disperse con sus alas nuestro cuerpo como un monton de cenizas y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el sueño eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestros errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos á todas las artes y á todas las literaturas, con tal que broten de una fé sincera, de una inspiracion sencilla é ingénua, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, agenos á la pura inspiracion del arte. Somos como aquellos artistas del Renacimiento que entre los precursores de Cristo ponian á San Juan y á Virgilio; entre los doctores á Platon ceñido de aureola tan sagrada como la aureola de San Agustin ó San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religion los bajos relieves donde se veian la ninfa y el fáuno ébrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto á la hermenéutica evangélica el mitho de Psiquis encerrado co-

mo una alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordan y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro rios de ideas que fluyen de Jerusalen, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Búrgos, y estudiando su coro, encontréme en la misma silla arzobispal, bajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado, ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decia el eterno oráculo del idealismo, en este sentimiento de admiracion creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad á un hombre de otro siglo á estos tres sitios: á las ruinas de Poesthum, á la Alhambra de Granada, á la catedral de Toledo, que representan el mundo

oriental, el mundo griego, el mundo cristiano, y desconocerá completamente algunas de estas tres maravillas. Nosotros, por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo ví las ruinas de Poesthum. Acababa de recorrer desde el Cabo Miseno al Cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenepoa con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arreboles donde todavía habita Circe y el mar donde todavía cantan las Sirenas; y creí que no era dado ni á la naturaleza ni á la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio, donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salerno se ostenta á los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio; bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas,

extienden por aquel luminoso cielo nubecillas de colores tan rojos que las tomariais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algun búfalo y en el aire silencioso algun cuervo; entre pilastras rotas, zócalos deshechos, plinthos caidos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su fronton triangular, empapado todo él en tales rosáceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas á la abandonada Alhambra, y vereis cuán diversa, pero tambien, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura. En el patio de mármol la alberca de cristal; junto á las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airosas

sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas que parecen mecerse al soplo de las áuras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarin; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y el Genil las contínuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría. Volad desde el jardin de los adarbes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazareis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que á la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el abside, á fin de que á la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los

nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino, y en las últimas, vencedoras de la rigidez antigua, las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que vá envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo mundo hasta

la nube de ignominia en que vá envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religion, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estátuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos á rendir homenaje á la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pajes que custodian las sepulturas y los serafines

que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más léjos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas extáticos; en los dias de solemnidad, el pueblo que ya reza ó ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozárabes estrellándose en los alicatados de los alarifes mudejares, las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pié del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones várias de la oracion, la misa, que así como transforma el pan ázimo en sér divino por las palabras sacramentales de la consagracion, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un dia, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Fe-

liz edad que ha llegado á tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente á la religion. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religion la fé, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta série de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenian los siglos anteriores, creo superior tambien el concepto de la religion. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mias, tratándose de una edad que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religion como de cosa innecesaria y baladí. Mas, yo os pregunto: ¿creeis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateismo? ¿Creeis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos tambien? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de

querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros dias, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primer mañana del mundo hasta nuestros dias han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpacion del error, ni la extirpacion del mal; porque ámbos á dos son congénitos á la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que tambien radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro sér, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sinó con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que ningun entendimiento puede descifrar; mientras nuestro corazon sienta amor inextinguible que ninguna pasion puede satisfacer; mientras pugne en el artista la idea con la expresion y lo inconmesurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja otro deseo mayor, y trás cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y trás cada revelacion de la ciencia, en que creemos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen

aspiraciones sin realizacion posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérnoslas jamás y muda á las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los séres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, á través del dolor columbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma, despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las dos alas místicas de la oracion y de la fé. El sentimiento religioso existe en nuestra generacion como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico á nuestro tiempo y propio del espíritu moderno, es la ciencia y la filosofía de la religion.

La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad tachada de escéptica por oscuras supersticiones que quieren á toda costa denostarla. Fatigarian la memoria los nombres de los sábios que han

estudiado la religion mecánica del pueblo chino; que han descrito la trinidad india y la divinizacion del mundo en aquellos poemas de la luz; que han mostrado cómo Buda extendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerables; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa y el primer borrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mithos sirios de la consuncion del Fénix en la propia vida y en la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando á los geroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oraciones inspiradas por la religion de la naturaleza á las almas aleteando, como avecillas en su nido, allá en las primeras edades de la historia y en las primeras auroras del espíritu. Así como la filosofía de la historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es tambien la filosofía de la religion. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto á la historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjam-

bre de ideas ha levantado la revelacion científica del secreto encerrado en los geroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa escéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses y nuestro recogimiento religioso en la contemplacion de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! Las nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre la série de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy á larvas, prontas á tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética; que la inspiracion tiene sus estaciones como la naturaleza. Nos bañamos en rios de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Sirya, y Champolion el enigma de las inscripciones egipcias que al comienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournonf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relacion entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller los Vedas y las últimas re-

velaciones del sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio, desde el griego y el latin hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construido por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruidos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte donde Isis se envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosos que sacan sus frentes, como náufragos, entre las ondas de arena; en esas esfinjes que las palmeras sombrean y las ruinas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leido las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religion pagana, la religion heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo á la humanidad. Las polémicas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirian empeñadas por dogmas adorados y vivientes. Ellos nos revelaron las edades del paganismo; la primitiva y sencilla en los dioses

cabires; la sacerdotal en Orfeo; la teocracia en la aparicion y difusion del mito de Apolo venido de Oriente; la primer tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja á nuestras primeras heregías en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heróica contra la antigua teogonía gerárquica y sacerdotal; la descomposicion de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofía positivista en Evehemero; la reaccion en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas á las doctrinas cristianas, en esta última transformacion, como los grandes rios al mar en su desembocadura y en su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no á la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolos é imágenes de ideas universalmente conocidas, sinó vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoraran á una en los marmóreos templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que

al son de sus cítaras elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta aleman despues de Goethe, creerian que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oirle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona, ni en los laureles de Delfos; dolerse de que el Zens Olímpico no truene en el Parthenon, ni la sábia Athene sonria bajo los olivos de la Atica; preguntar por qué los caramillos de los faunos ébrios no resuenan en las majadas y oteros y los cuerpos de las sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros, y el verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y la Bacante con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera, anunciando la muerte del Dios Pan y con ella la extincion de la vida en el seno de la naturaleza y la extincion de la serenidad y de la armonía en los cielos del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha bebido la inmortalidad en la copa donde bebió

Sócrates la muerte y ha visto á Dios en la cruz, en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religion debe ser creida y observada por los mandatos espirituales de Dios y no por las fuerzas coercitivas del poder público. Tal sentido tiene la palabra de Cristo: dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La teocracia y la autocracia quedaron muertas de un golpe. Toda coaccion ejercida sobre la conciencia fué desde entonces un crímen contra la humanidad y un desacato al Eterno. Los circos se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras, por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente á frente de la religion del Estado se elevó la religion del espíritu. Y pasó á ser axiomático que la fé religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no de la externa autoridad pública. Pero, como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre, por Sócrates predicado, no pasó al sentido general religioso sinó merced á Cristo, el principio predicado por Cristo no pasa á las leyes generales de la sociedad y á las alturas

del Estado sinó por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separacion absoluta entre la conciencia y el Estado, ó mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra, ha acrecentado la persona humana, porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana ha acrecentado tambien la poesía lírica. Es más bella, y más santa, y más cristiana la paz de nuestro siglo, que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas. Exhala de su seno más poesía la mártir, cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos á la conciencia líbre, que el César, su juez, ó el esbirro, su verdugo, ó el populacho, su enemigo y denostante. Exhala más poesía el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por bruja á la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron á Servet, que el monton de cenizas á que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la inquisicion de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la

Sanguinaria contra los protestantes ó las iras de Isabel Tudor contra los católicos, que todos estos reflejos del ódio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual á la sombra del humano derecho se dilata la libre conciencia, como una ciudad á orillas de lagos celestes, al pié de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia á la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se vé dibujarse aquí la Sinagoga resonante con los cantares que brotaron á las orillas del Eufrates ó en los arenales de Palestina, allá la iglesia puritana que ha educado á la América del Norte, acullá el templo griego que ha civilizado el Oriente, más lejos la capilla anglicana, que refleja el alma de la nacion británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, á cuya sombra viven los pueblos más ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad ingénita á su naturaleza los caminos de la gloria y que allá, en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, á manera que las diversas atmósferas incoloras é invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digais que esta libertad ha concluido con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Creeis, de veras, que no existe la poesía religiosa en

nuestro tiempo? Quien desee sentir en toda su grandeza el dia de la Resurreccion, lea el canto último de la Mesiada de Klosptok, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por las cadencias de las arpas seráficas. Quien desee sentir cómo la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raices hasta en el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oracion por todos, que Victor Hugo enseña á su hija inocente, parecido en su susurro al primer gorgeo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, á la estrella de la tarde en el desierto cielo, á la campanada del Ave-María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine á Dios, reune las sublimes ideas de Platon á la forma concisa de Isaías. Pero ¿á qué extenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los indivíduos, bastarian estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas á nuestro siglo y pudiera recojerse y asentarse á la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojeada los dos extremos de la historia, veríamos claramente cómo todos los esfuerzos del género hu-

mano se han reducido á pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallara la naturaleza, á la plena y entera libertad que le procura la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales que no puede modificar, encuentra el primer grado de su emancipacion progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruidas pueden ser modificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte, donde la naturaleza sirve de símbolo á la idea, y llega á la religion y á la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio, ora de la fé, ora de la razon. Si quereis, negadle otros atributos al siglo; pero no le negueis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente; bien al revés del arte en que son eminentemente individuales así la inspiracion como el ingenio. Pero no dudeis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar á nuestra edad. Los telescopios, que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores, que corrigen las impurezas del cristal, han abrillantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se

ha visto, descomponiendo hasta la última nebulosa, en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado cómo se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida á la identidad de la nube lejana, que flota en la atmósfera, con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitacion universal y la armonía entre los astros, hále tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesion misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales tambien nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes, á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la série sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animadas.

Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor á la ciencia, sin auxilio de ningun Estado, exentos de

toda codicia, como puros misioneros, recorriendo lo interior del África y explorando las ignoradas fuentes del Nilo. Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro. Así desde el Trópico al Polo, nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la fisiología hasta la psicología; desde la relacion que existe entre el arpa de nuestros nérvios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposicion de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposicion del pensamiento en sensaciones, nociones é ideas; desde la asimilacion de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilacion de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complexion fisiológica hasta el poder que tiene la raza y la patria en nuestra complexion moral; desde la física hasta la metafísica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; desde la clasificacion de los séres hasta la clasificacion de los sistemas; toda esta série maravillosa de conocimientos ha exclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo, iluminando al hombre que vé la idea de las cosas y que las eleva á lo infinito y

las enlaza con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales, ni la poesía lírica y dramática ni las artes plásticas. La misma metafísica ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razon, entre la razon y el juicio, como la escuela crítica; ni Platon alcanzó la virtud creadora de las ideas y la realidad objetiva de la lógica como la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero tambien es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado ántes por sistemas tan fantásticos como la armonía preestablecida ó el mediador plástico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido. Nunca se vió tan clara la compenetracion estrecha entre la idea y el sér. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso sinó dirigidos por el pensamiento. La historia de la filosofía ha resultado, como anunciaba el más grande pensador moderno, la historia universal. La lógica creció al par que la mecánica;

la metafísica al par que la física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología al par que la historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los hombres, al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos; la vida entera, bajo todos sus aspectos, al inmenso y divino Universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu: que si el universo material es como una condensacion del éther, el universo científico es como una condensacion del pensamiento. Pero no olvidemos, señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustion posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. O la ciencia no es nada, ó la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razon. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fé, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razon. No hay accion moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigacion. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razon, ni sobre la razon.

Nuestro siglo es el siglo de la difusion de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oigo murmurar en mi oido estas palabras: por lo mismo que es el siglo de la ciencia, no puede ser el siglo de la poesía. ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates; Ciceron y Virgilio; Santo Tomás y el Dante; Garcilaso y Arias Montano; Pereira y Cervantes; Pascal y Racine; Shakespeare y Bacon; Kant y Goethe; Hegel y Victor Hugo. Por lo ménos, dirán otros, la ciencia moderna destruye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios, ciega la fuente de toda poesía. No lo creais, señores, no lo creais. Cada grande sentimiento, que mueve el corazon, lo impulsa al amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca á lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre incomunicable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en la música de las brisas, en el mar surcado por estelas fosforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mio, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso rio de los hechos, en la escena cambiante de la his-

toria, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuicion te presiente como providencia; en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas á la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazon te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiracion, la fantasía te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos, á través de las plegarias y las nubes de incienso, la fé te adora; y en la ciencia la razon te conoce; y el alma entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como tiene su ideal, tiene tambien su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fé. Por tal razon, no reaparece en el mundo antiguo, despues del siglo quinto anterior á Cristo; ni en el mundo moderno, despues del siglo décimo-tercio posterior á Cristo. La poesía dramática es la poesía de la accion. Por tal motivo florece en Grecia trás las pri-

meras guerras médicas; en España, trás las primeras conquistas americanas; en Inglaterra, trás las primeras competencias religiosas; en Francia, desde las revoluciones de la Fronda hasta los últimos dias del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad, la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades y áun superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimo-nono! Sólo subiendo á los tiempos medios, á las luchas que se empeñaban allá en aquellas universidades llamadas por antonomasia escolásticas, entre nominalistas y realistas, hallaránse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquí los combates entre clásicos y románticos. En Francia los clásicos sustentaban las antiguas tradiciones y los románticos la innovacion revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reaccion y los clásicos por la libertad; pero en uno y otro pueblo, el empeño mútuo y el mútuo contraste crecian hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de génios y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en

la poesía germánica. Nuestro siglo ha visto nacer dos literaturas hermosísimas; en el extremo Norte de Europa la moscovita, que se envanece con los nombres de Pouckine, Gogol y Lermontoff; en el extremo Norte de América, la anglo-sajona, que se envanece con los nombres de Poe, de Emerson y de Longfellov. Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su lengua, por su religion, hasta por su democracia, hemos oido á cantores como Bello que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor á la libertad; como Heredia y como Plácido, que han derramado en nuestra fantasía la vida exuberante de los Trópicos. En el Oriente europeo, la resurreccion de pueblos, antes dormidos y acallados en su servidumbre, ha hecho surgir una poesía popular, tan tierna y tan bella, como esas ramas brotadas en añosos y cuasi secos troncos. El Norte entero ha brillado, á la manera de una de esas noches del Polo que relumbran al reflejo de las rojas auroras boreales en el cristalino Océano de apretado hielo. Una iglesia escandinava, la catedral de Land, ha presenciado un espectáculo como aquellos que nos ofreció el Renacimiento italiano desde el Pe-

trarca hasta el Tasso, la coronacion del gran poeta nacional de Dinamarca por las manos mismas de sus vencidos y eclipsados rivales. Y al igual de Dinamarca, su hermana de sangre y de raza, Suecia, ha visto nacer su poeta popular en este siglo, poeta cuya lira ha cantado desde la primera comunion de los niños en las iglesias de la aldea, hasta los combates de los héroes escandinavos en sus antiguas guerras. Y si nos acercamos al centro de Europa, veremos que la poesía nacional húngara ha tenido para engrandecer su historia antigua el poeta épico Yorosmarty, como para alentarse en los combates de la libertad su poeta lírico Poetefi, muerto en las batallas por la patria, el año cuarenta y ocho, de tan misteriosa suerte, que no ha reaparecido su cadáver, como si el génio de nuestro tiempo hubiera querido llevárselo en alma y cuerpo á la inmortalidad y á la gloria. Mas ¿á qué cansarnos? Pese á quien pese, no puede llamarse decadente una literatura que cuenta en Italia á Leopardi y á Manzoni, en Francia á Lamartine y á Victor Hugo, en Inglaterra á Dickens, en Portugal á Herculano, en España nombres que no escribiré por no herir la modestia de los que los llevan con tanta honra y con tan perdurable

renombre los legarán á lo porvenir y á la historia. El siglo décimo-nono es un siglo poético. Por nuestras ruinas se oyen himnos tan cadenciosos como si habitara eternamente en ellas el tierno sentimiento de Garcilaso y la enérgica sublimidad de Calderon; por esa Francia, de suyo recta y un tanto fria, centellea sublime ingenio, que á las hipérboles de Góngora junta la homérica sencillez del Romancero; celeste legion de laureados vates se alza sobre los bajos relieves de Italia; resuenan las orillas del Rhin con esas baladas, armoniosas como las ondas del rio é indecisas como las gasas de sus nieblas; en las nieves de las regiones polares gorgean nidos de ruiseñores que muestran la poesía, como el espíritu humano, habitando en todos los pueblos y extendiéndose por todas las latitudes. Las ondas del Danubio cantan como las ondas del Rhin; las crestas del Rhodopo repiten los acentos de la guerra y los acentos de la epopeya; los soldados sérvios corren á pelear contra los turcos, despues de oir al rapsoda mantenido por la caridad pública, como en los tiempos antiguos, el romance en que se cantan los sacrificios de sus padres en Kossovo, el Guadalete ó el Alarcos de Oriente; las inmensas llanuras de Hungría y de Rumania se

pueblan á los conjuros del arte con las sombras de los héroes históricos; y mientras las selvas vírgenes del Nuevo-Mundo, henchidas de aromas embriagadoras, elevan la poesía de la esperanza, alimentada por la vida exuberante y por los ardores del trabajo, en el vasto cementerio donde nacieron los poetas y los dioses, en aquellas soledades de Grecia, exhaustas por el exceso mismo de su gloria, en el Pindo, en el Hibla, en las Termópilas se canta el heroismo, como en los tiempos de Leonidas, y se combate y se muere por la libertad y por la pátria.

No acabára nunca, si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el gérmen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos amen á la pátria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y ca-

racterístiscas de este nuestro tiempo? Acerquemos á ellas nuestra gran nacion. España no puede dolerse de la parte que, en la distribucion de sus dones, hánle de consuno reservado la Providencia y la naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la ciñen á porfía con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda como Escocia, en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa como Italia, en sus provincias del Mediodía; idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rias, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenales que el simoun abrasa y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y áuras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran á color de záfiro y por asiáticos palmerales bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos y rico el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al

África, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, tambien dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Platon; nuestra tierra reune en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reune el cerebro todas las raices de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer en la futura historia la reconciliacion á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y próvidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre

quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos horizantes pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fé dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseidos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me hableis de esas sábias combinaciones músicas, con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi pátria y de mi raza, con los oidos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si quereis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalen y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor

inefable, el cual cree corta la vida para su duracion, estrecho el Universo á su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresion, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digais que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota, que enardece la sangre y dá el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortcico que recoje los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y jerez, á bailar, echada hácia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, lijeros los breves piés como el aire, á bailar uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y extremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo tambien de nuestras artes plásticas. Enseñadme

espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas el arco de herradura que recuerda á los Califas; y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudejares; y la ornamentacion sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas, haya dado cosa que se parezca ni de léjos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Astúrias, donde los cinceles rudos apenas debastan las piedras groseras, á los pátios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca, se vé y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; recorra la imaginacion una arquitectura, más vária y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estátuas de Montañes, de Ca-

no, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tegian sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Mas, en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flandes, en idealismo con Asis y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabeis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazon á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeido de su númen tutelar, tocaba en lo hip rbólico y en lo extravagante, sinó por las iglesias de Valencia, donde surgian de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descen-

didos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitacion servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fé en el helenismo y en el cristianismo, en la religion de la hermosura y en la religion de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sanchez Coello, en cuyas frentes resplandecian las señales de la gloria nacional y en cuyos lábios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos ginetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crugir en vuestro oido; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnacion y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentileshombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los ven-

cidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entrariais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del inmaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los piés la culebra del mal herida y en las sienes los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, vá la vírgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraiso y recobra la mísera humanidad ya sin pecado su primitiva é inmaculada inocencia. La ecuacion establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en accion, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y con-

creto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana imperantes en todo el siglo décimo-séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que á primera vista decaido emprendió la guerra de la independencia, los cielos del arte y los infiernos á la proterva córte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora ambicion de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su originalidad, en su in

dependencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romancero, el primer poema épico de los tiempos modernos; el Quijote, la primer novela; y los Dramas incomparables, que constituyen el primero sin duda alguna entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas, tenemos tambien, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituia la moral práctica, cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los dias del espíritu á semejanza de esos dias boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilizacion latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber, un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las Etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terro-

res milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogian la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeracion índica, que sustituyó á la pobre numeracion latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodon; extendieron en el siglo noveno, en aquella oscuridad, la topografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química á la medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exageracion los fundadores de la cirugía; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y

los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habian de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atraccion; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refraccion de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos ántes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas sinó tambien la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más várias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sábia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse ántes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimo-cuarto refluyeron á la mente de Lulio, cima á la sazon del

mundo intelectual, cima que dá vértigos; ántes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases inconmovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubria Servet la circulacion de la sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenes, nuevos hemísferios, nuevos astros, nuevas constelaciones, en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

A estos admirables timbres aún reuniremos otros mayores el dia que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y frios en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes; de igual suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del

ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles á la duda, nada duchos en el exámen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningun otro pueblo; reunimos á la vehemencia la constancia; á la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos los instintos caballerescos; á la índependencia personal afecto devotísimo por la pátria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspícua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; á la intuicion soberana el carácter reflexivo; á los arrebatos y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un dia, la inclinacion al sacrificio: al ardor de la sangre meridional la frugalidad más austera; á cierta complexion de penitentes, y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el explendor de

nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan ethéreo que mantiene nuestra aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible y necesidades contínuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo aunque sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algun dia para enardecer en el sentimiento su corazon algo aterido, y caldear su razon, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fé y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la historia. Ni la captó el cartagines, sinó despues de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sinó despues de un combate que durára centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heróicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferian el suicidio en las amargas ondas, á testificar con su terrible presencia, en

la via-sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencian á los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió ántes que ninguna otra, los resíduos de la cultura latina con la sangre de la gente goda y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo á los romanos, Astúrias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse por el Ebro, por cuyas frescas riberas combatian y trabajaban, dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del génio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria

de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisicion y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podeis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageracion puede decirse que la península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodiaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del Cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumania, aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su pátria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el rio de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media, supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras en la Edad

Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito, como vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, como le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros, donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria

de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuan, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelacion de su ignorada existencia y exploraron rios como el Amazonas y el Missisipí, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árboles parecian pertenecer á los primeros dias de la creacion, y fundaron esos coros de ciudades extendido desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave Victoria surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India á India, redondearon el planeta y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado á la pátria, esta furia en defenderla contra toda agresion, de tal suerte sublime y heróica, que do quier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolhongui, los rusos en Moscou,

los polacos en Varsovia, los franceses en Paris, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje, pronuncian como un númen el nombre de España, y se evoca como un talisman la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creacion por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raizes; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir á la adivinacion de las palabras ántes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática, hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribucion de las vocales y de las consonantes, que no há menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía ni los redobles de pronunciacion exigidos á los lábios y á los dientes del Norte; libre en su síntáxis, de tantas combinaciones que cada

autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formacion, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas é íberas ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicalados y guirnaldas, que la hacen sin duda alguna, la lengua más propia, tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sinó allende los mares, territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaria ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Cuan-

to más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atraccion y la repulsion en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los indivíduos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesítanse y complétanse las instituciones indispensables á la conservacion y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservacion y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los indivíduos y á las genialidades de la inspiracion personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitacion francesa, parecia condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintáxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros dias blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la

lengua nacional y de una sujecion voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado, en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aún abrigamos afectos, en los cuales pueden confluir todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aún conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir

el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raices del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para esplayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningun sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningun suceso del comun sentimiento, que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor á nuestra pátria.

He dicho.

LUCANO

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA

DISCURSO LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Οἱ μὲν γὰρ σεμνότεροι, τάς
καγὰς ἐμιμοῦντο πράζεις,
καὶ τὰς τῶν τοιούτων τύχας
ARIST.—*Poet.* c. IV. § 2.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Roma era la última encarnacion del génio del antiguo mundo. Roma representaba providencialmente la síntesis y el epílogo de toda la historia. A su frente se levantaban Ménfis, Alejandría, Cartago, destinadas á revelarle los secretos del mundo de la naturaleza, del mundo de Dios, del Oriente; á su lado Atenas, á sus piés Sicilia, destínadas á revelarle los secretos del mundo del arte, del mundo del hombre, de Grecia; y las almas de estos dos mundos, que, despues de la total ruina de su poder y del ocaso de sus glorias, vagaban errantes, se confun-

dieron como el aroma de dos flores en el seno de la ciudad eterna. Esta idea trascendental es la ley de vida de la sociedad romana. Los patricios, raza avasalladora, que guardaba para sí el depósito sagrado de las leyes, la interpretacion de las fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno, representan la idea oriental; y los plebeyos, raza espansiva, que anhelaba la igualdad política, la libertad civil, el exclarecimiento de las misteriosas fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno para todos, representan la idea occidental, la idea griega; y el equilibrio de estas dos fuerzas contrarias, la síntesis de estos dos principios antitéticos es la vida de la sociedad romana. Y esta idea se refleja en su religion que congrega todos los dioses, en sus leyes que funden todos los derechos, en sus artes que heredan el génio de todos los pueblos, en su Parnaso que guarda laureles para todos los poetas.

El cetro de Roma es el eje de la tierra. Todos los pueblos son sus tributarios. Pero ninguno le ofrece tan ricos presentes como nuestra hermosa pátria. Nosotros dimos al imperio su más gran jefe, Trajano; su más ilustrado retórico, Quintiliano; su más amargo satírico, Marcial; su más profundo filósofo, Séneca; su más ver-

dadero poeta, el inmortal Lucano, cuya vida, génio y obras son objeto de este mi discurso, para el cual reclamo, Excmo. Sr., vuestra ilustrada atencion y vuestra nunca desmentida indulgencia.

La vida del hombre influye decisivamente en la suerte del génio (1). Historiemos, pues, la vida del poeta que cruzó por los horizontes del tiempo, donde habia de dejar eternos resplandores, fugazmente, desgracia que suele acontecer á los nacidos en esas épocas tempestuosas, en que el espíritu humano se renueva y florece á costa de la vida del hombre. Lucano nació en Córdoba (2). Aunque la historia callara su nacimiento, lo diria la naturaleza de su génio. La sávia meridional de su imaginacion tan rica en flores como los patrios campos; la cla-

(1) Præter vitam Lucani, quæ ad Suetonium auctorem refertur, aliam ineditam laudat Scaliger ad culicem Virgilii, illam fortassis quæ editioni Schrevelianæ præmittitur, edita á Joane Britannico. Adire præterea iuvabit Martinum Hanckium de Rom. vet. scriptoribus C. XI, Nic. Antonium, lib. I, Bibl. Vet. Hispanæ cap. 10, et Gaudium de scriptoribus non Eclesiast. tom. 1.º, pág. 264. *Ab Fabricii. Biblioteca Latina.* L. II, Cap. X.

(2) M. Annæus Lucanus, *Cordubensis*, prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit quinquennali certamine. *Suet. vit. Luc.*

ridad de su mente, hermosa y serena como noche de estío de la Bética, que muestra el cielo rociado de estrellas y el campo cubierto de luciérnagas; la majestad y entonacion de sus versos; el atrevimiento de sus metáforas; el alto vuelo de su alma que se cierne con el poder del águila en lo infinito; el lujo de su diccion, nos enseñan que Lucano es predecesor de Góngora, y que su cuna se meció en esa hermosísima tierra de Andalucía, adornada con todas las maravillas de la creacion por Dios, como si la destinase desde la eternidad á servir de templo al génio del Oriente.

Lucano, á diferencia de Virgilio, no nació entre los apriscos, á la sombra de los olmos y los sáuces; ni su alma en la niñez voló como la mariposa de flor en flor por los campos, ni aprendió á cantar en los murmullos del arroyo y en los arpados trinos del ruiseñor; porque sus padres (1), en edad temprana le llevaron á Roma; y sin embargo, la tradicion cuenta que

(1) Le père de Lucain se nommait Marcus Anneus Mèla, et était le plus jeune des fils de Sénèque le rhéteur. Marcus Anneus Lunanus naquit á Cordoue en l'an 39 de notre ére. Desl'age de huit ans il fut amené à Rome par son père et mis sous la direction de son oncle, qui etait déja précepteur de Neron. *Hist. de la Lit. Rom. Alexis Pierron.*

las abejas de la Bética volaban á su cuna á recoger la miel que destilaban sus lábios entreabiertos por la sonrisa de la inocencia (1).

Tomóle bajo su proteccion Séneca, y fueron sus maestros Cornuto estóico, Remmio Palemon gramático (2), y Virgilio Flacco retórico, los cuales le amaestraron en las artes de la elocuencia, en los principios de la moral estóica, alimento de todas las almas generosas en Roma, y con tal éxito (3) que, niño aún, recitaba Lucano admirablemente versos griegos en

(1) Le même commentateur ajoute qui'il arriva, aínsi que pour Hésiode enfant, que des abeilles voltigèret autour de son berceau et se poserent même sur ses lèvres... pour présager ses destínées futures. *Nisard, Etud. sur les poet. lat. de la décaden.* Hé aquí las palabras del antiguo comentario, á que Nisard se refiere: Ac ne díspar eventus in eo narraretur ejus, qui Hesiodo refertur, quum opinio tunc non dissimilis maneret, cunas infantis, quibus ferebatur, apes circumvolarunt, osque insidere complures, aut dulcem jam spiritum ejus inhaurientes, aut facundum, et qualem nunc existimamus, futurum significantes. *Vit. Luc. ex ant. com.*

(2) Rheminus Palæmon et Flavius Virginius furent ses maitres de grammaire et d'éloquence. Les principes de la philosophie stoïcienne lui furent donnes par Annæus Cornutus, philosophe grec qui professa á Rome jusqu'à ce que Neron, indigné de sa franchise, le relega dans une ile. *Hist. Abr. de la Lit. Rom. Schœll.*

(3) A præceptoribus tunc eminentissimis est erudi-

los salones y academias, siendo pasmo y maravilla de la alta sociedad, y cosechando en flor prematuros triunfos (1).

Al lado de Lucano crecia un jóven, su amigo, cuyo carácter, comentado por tan profundos historiadores, es aún hoy oscuro geroglífico: hablo de Neron (2). Detengámonos un instante á contemplar este desgraciado que ha de apagar con su soplo la vida de Lucano. Elevado al trono; viendo á sus plantas rendido el mundo; estimando en poco la humanidad, su esclava; rodeado de riquezas, de placeres; lleno el abismo de sus deseos, ociosa su voluntad, Neron se enamoró de un imposible: ardió en ánsia de ser el más grande artista de su tiempo (3), anheló ceñir á su diadema imperial co-

tus; eosque intra breve temporis spatium ingenio adequavit; una vero studentes superavit profectibus. *M. A. Lucani vita ex coment. ant.*

(1) Hablando de los certámenes poéttcos, dice el anterior comentario: Declamavit et græce, et latine cum magna admiratione audientium. Ob quob puerili mutato in senatorium cultum, et in notitiam Cæsaris Neronis facile pervenit, et honore vixdum ætati debito dignus judicatus est.

(2) Neron le tratait en ami: il le nomma questeur, il lui confera même la dignité d'augure; mais cette amitié ne dura pas. *Hist. de la lit. rom. par A. Pierron.*

(3) Hi dies, ac notes plausibus personare, formam

ronas de laurel, vivir la vida del poeta, extasiarse en escuchar los aplausos de todas las gentes conmovidas por sus cánticos, encadenar á las musas como tenia encadenados á los reyes del mundo, arrancar su lira al divino Apolo; mas cuando su conciencia le decia en secreto que luchaba con un imposible, acostumbrado á verse siempre obedecido como Júpiter con sólo fruncir las cejas, no pudiendo sufrir el martirio de su deseo, desahogaba en crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia. Neron es ántes que todo artista, y para convenceros convertid los ojos á su vida. Neron esculpe su propio busto en los edificios públicos ornado con la corona de laurel y los atributos de Apolo; mata á Trhaseas porque no gustaba de oirle cantar, y á Británico porque la voz de este príncipe era más dulce que su celeste voz; recibe á Tiridates, rey de Armenia, en el teatro

principis, vocemque deum vocabulis apellantes, quasi per virtutem clari, honoratique agere. Ne tamen ludicræ tantum imperatoris artes notescerent, carminum quoque studium affectavit, contractis, quibus aliqua pangendi facultas. Necdum insignis ætatis nati, considere simul, et allatos vel ibidem repertus versus connectere, atque ipsius verba quoque modo prolata supplere: quod species ipsa carminum docet, non impetu, et instinctu nec ore uno fluens. *Tac. annal. libro XIV.*

que dora y orna para tal solemnidad, extendiendo ricas telas de púrpura que les resguardaran del sol, y bordando en el centro su propia imágen en actitud de conducir un carro olímpico, circundada de estrellas la altiva espaciosa frente; canta en los espectáculos acompañado de su arpa de oro que sostienen de rodillas los patricios romanos; representa frecuentemente el papel de *Oreste asesino de su madre*, y acaso por este artístico recuerdo manda ahogar á la desgraciada Agripina en las claras aguas del Tirreno, en aquella serena estrellada noche, en que parecia que los astros velaban para testificar al cielo tan horroroso crímen; reduce á cenizas la antigua Roma por gozarse en contemplar un sublime cuadro; va de teatro en teatro, de circo en circo recogiendo premios; manda derribar un lienzo de muralla para que le reciba dignamente Roma cuando vuelve de los juegos griegos triunfador, envuelto en rozagante púrpura de Tiro, con la corona de oliva en la frente y el laurel píthico en las manos; se indigna de la rebelion de Vindex, no porque el pretor de las Gálias desconociera su autoridad, sinó porque se mofaba de su divino génio; y en la hora suprema de morir no siente que se quiebre su cetro y se extin-

ga su poder, sinó que se quiebre su lira y se apague su melíflua voz; no llora en su muerte al emperador sinó al artista (1).

Juntos Neron, que deseaba ser poeta, y Lucano que lo era, ¿podia aquél consentír que un rival afortunado le disputara el laurel de la gloria y el premio en los poéticos certámenes? (2). Un dia se reunieron ambos en un certámen á disputar un premio. Neron leyó una poesía consagrada á las transformaciones de Niobe; Lucano otra consagrada al descendimiento á los infiernos de Orfeo (3). Los aplausos de la multitud cubrieron la voz de Neron. Pero en aquellas muestras de forzado entusiasmo faltaba el acento de la espontaneidad que

(1) Tác. annal. libro XIII. párr. IV; id. id. párr. VIII. id. lib. XIV. párr. II; id. lib. XV. párrs. VI, VII y VIII: libro XVI. párr. V etc., etc. Véase tambien *l'Histoire de Rome á Rome par M. Amper.*

(2) Néron, qui, dans les premiers momens où il préludait à ses crimes par toutes les fantaisies du pouvoir absolu, était acteur, musicien et poète, accueillit les talens de Lucain. Il le fit questeur, augure, le combla de faveurs, et voulut même l'honorer de sa rivalitè. *Villemain, biographie universelle.*

(3) Y dams des jeux litteraires, que l'empereur avait établis, Luccain chanta la descente d'Orphée aux enferts et Neron le metamorphose de Niobé. *Ibid.*

nace del corazon (1). Presentóse despues Lucano y recitó sus versos: el respeto, el temor contenia á los oyentes; mas por uno de esos triunfos del arte que parecen milagrosos, el poeta suspende los ánimos, los arrebata y consigue que olvidados de sí y del emperador, le decreten unánimes el codiciado premio (2).

¿Cómo era posible que Neron dios, Neron emperador, Neron poeta, consintiera un génio superior á su génio? Salióse despechado del certámen y prohibió á Lucano que volviese á leer en público sus versos (3). El poeta, que vivia en la atmósfera de la gloria y del entusiasmo, desde aquel punto comenzó á ver de romper

(1) Quinquennali poetarum certamine ab Nerone instituto, recitante quoque Nerone, in Pompeii theatro laureis coronatur ac ingenii fœtum extemporali opera edit Orphea, aliaque carmina, quæ Cæsarem præstantia sua offendunt, ambitio sius sibi principatum non modo hominum, sed et artium vindicantem. *Nic. Func. De Imm. LL. senœctute tractatus XXXIII.*

(2) Quare inimicum sibi fecit imperatorem. Quo ambitiose imitante, non hominum tantum, sed et artium sibi principatum vindicante, interdictum est etiam causarum actionibus. *Lucani vit ex. Coment. antig.*

(3) Ei, stolida invidia, foro, theatro, omnique poetica interdixit. *Clercquius van. Jever. not. ad titul. Phars.*

los hierros de su cárcel, y como el imperio era el eterno martirio de los patricios y éstos no perdonaban medio para sacudir su inmensa pesadumbre, Lucano se asoció á la conspiracion de Pison. Un esclavo delató la conjuracion y en premio de su crímen recibió largos honores y el título de conservador del imperio (1). Por esta causa murieron patricios, damas, guerreros, muchos hombres ilustres y entre ellos nuestro gran poeta. Cuéntase que vaciló algunos instantes en la hora de morir, pretendiendo salvar su vida por malos y deshonrosos medios, que le rebajan á los ojos de la posteridad (2).

Sin que nosotros pretendamos abonar nunca malas acciones, consideraremos que debia ser muy triste para Lucano morir á los 27 años, designado cónsul; ceñida de coronas la frente, de ilusiones el corazon; sintiendo la sávia de la vida latir con fuerza poderosa en sus venas y el fuego de la imaginacion arder con abrasadora llama en su mente; vislumbrando los horizontes inmensos de risueño porvenir; amado tiernamente de una jóven en la cual competia

(1) Tac. ann. lib. XV. p. VIII.
(2) Tac. idem. idem.

la hermosura del alma con la hermosura del rostro; ¡ah! era muy triste dar el último adios á la vida cuando la doraban el encanto de tantas venturas y tan deliciosas esperanzas. Mas si Lucano faltó en un momento de estravío, arrepintióse pronto, rehizo su ánimo, presentó serena frente á la muerte, extendió ambas manos con tranquilidad para que le abriesen las venas; su sangre jóven corrió pura, llevándose tras sí la vida; y el poeta, nublados ya los ojos, falto de aliento, espiró recitando unos versos de la Pharsalia, versos que describian la muerte de un jóven picado por una víbora en un bosque de las Gálias, y que al espirar destilaba sangre por todos los poros de su robusto cuerpo (1). Sobre su cadáver inanimado y frio se inclinaba llorosa una mujer que habia recogido el postrer suspiro de los lábios del poeta para guardarlo en su amante pecho, y las cenizas de sus glorias para ofrecerlas á las venideras generaciones. Esta mujer era Pola Argentaria, esposa de Lucano, á cuyo cuidado debemos su magnífico poema (2).

Examinar el génio de Lucano es empresa

(1) Tacit. Ann. XV p. LXX.

(2) Uxor Lucani Polla Argentaria, post excessum mariti Pharsaliam ejus emendavit: imò et viventem

difícil, si desestimando el propio criterio apelamos á la autoridad de los doctos. Unos le han estimado orador (1), otros historiador (2), no pocos le han creido gran poeta (3), otros han

in carmini dicitur adjutase. *G. J. Voss. de veter. poet. tempor. lib. duo.*

(1) Lucanus ardens et concitatus, et sententiis clarisimus, et, ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis adnumerandus. *M. Fab. Quint. Insttitut. orat. X.*

(2) Officium autem poetæ in eo est, ut ea, quæ vere gesta sunt, in alias species obliquis figurationibus cum decorre aliquo conversa transducat. Unde et Lucanus ideo in numero poetarum non ponitur, quia videtur historiam composuisse, non poema. *S. Isid Etym.* lib. VIII, cap. VII. Vossius en su *Tratado de historicis latinis*, lib. I, c. 26. «Inter historicos etiam locum damus M. Annæo Lucano, Cordubensi. Quippe qui poema suum de bello civili Cæsaris et Pompeii fide historica scripserit.»

«Sulspitius Verulanus en su epístola á Antonio Palavicino dice: «Lucanus, quum puran historiæ fidem sequatur, etian historici sustinere personam videtur.»

(3) Entre otros de los que alaban por gran poeta á Lucano, se cuenta Alfonso García Matamoros, honor y gloria de la Universidad Complutense, que tanto contribuyó al renacimiento y difusion de las letras clásicas.

At Junius Gallio ex arte oratoria glorian sibi petendam existimavit: quemadmodum ex poesi nepos Lucanus, qui si immaturu interceptus non fuisset obitu, non est quidem dubitandum, quin claros Virgili manes ad invidiam tanti decorls, quantum in ejus illuxit Pharsa-

despreciado su génio, tachándole de oscuro en

lia esset permoturus. Nan et ipse Nero Claudius carminibus tantæ sublimitatis commotus, ubique se dilatantem Lucani poesis famam invidiose premere voluit, prohibueratque ostentare vanus adsimulatione. Quod ita graviter et iniquo tulit animo divinus poeta, ut propter hanc unam caussam in ejus exitium cum multis principibus viris conspirare non dubitaverit. *Alphons. Gar. Matam. De adseren. Hisp. erudit.*

Mi ilustre maestro, el señor Amador de los Rios, dice:

Acaso no existió en la república de las letras, otro ingenio que, en su primera juventud, haya recogido tantos y tan deslumbradores laureles: ninguno le ha aventajado despues en sus grandes cualidades poéticas. Dotado de una imaginacion prodigiosa, llena su alma de luz y de armonía, todo cuanto miran sus ojos cambia de forma y de naturaleza, tomando gigantescas dimensíones; todo recibe más brillante colorido, desapareciendo instantáneamente las medias tintas y débiles matices. Bajo las huellas de su arrebatado pincel se convierten los arroyos en caudalosos rios, crecen las mansas colinas, hasta erigirse en levantadas montañas, y aparecen los hombres animados de titánicas fuerzas. Cap. III, t. 1, *Hist. crit. de la Literat. Esp. ined.*

Papinío Stacio le alaba y pone hasta sobre Virgilio en su Genethliacon Lucani.

«Lucanum canimus: favete linguis.
Vestra est ista dies; favete, musæ,
Dum qui vos geminas tulit per artes
Et vinctæ pede vocis, et solutæ,
Romani colitur chori sacerdos....»

Sulpicio Verulano, en su carta en otro lugar citada,

las ideas, de ampuloso en las frases, de falto

comparándolo con Virgilio, dice: «Magnus prefecto est Maro, magnus Lucanus; adeoque prope par, ut qui sit major, possis ambigere Summis enim uterque est laudibus eloquentiæ cumulatus Dives est et magnificus Maro; hic sumptuosus et splendibus. Ille maturus, sublimis, abundans: hic vehemens, canorus, effusus. Ille venerabilis pontificio modo quadam cum religione videtur incidere: hic cum terrore concitatius imperatorio. Ille cura et diligentia cultus: hic natura et studio perpolitus. Ille suavitate et dulcedine animos rapit: hic ardore et spiritu complet. Virgilius nitidus, beatus, compositus: Lucanus varius, floridus, aptus.

Marmontell, en sus *Poesies fugitives* le ha consagrado los siguientes versos:

«Le seul Lucain cherchant une autre gloire
Sans le secours des enfers, ni des cieux,
D'un feu divin sait animer l'histoire,
Et son gènie en fait le merveilleux.»

El célebre Montaigne, dice:

«J'áime aussi Lucain, et le pratique volontier, non tant pour son style que par sa valeur propre et la verité de ses oppinions et jugemens.» *Essais*. L. II. C. 10.

Voltaire le ensalza en estos términos:

«Lucain génie original, a ouvert une route nouvelle. Il n'a rien imité; il ne doit à personne, ni ses beautés, ni ses defauts...» *Ess. sur la poes. epique*, *ch.* 4.

Morhofio nos dice lo siguiente respecto á la estima en que algunos hombres eminentes tenian á Lucano:

Hugo Grotius tanti eum fecit, ut, referente patino in Epistolis, illum perpetuo in sinu gestaret, et numquam sine Lucano ambularet. *Polyhist Liter. Philosof. et Pract.* L. IV, G. XII.

de inspiracion y sobrado de palabras (1), pero todos han convenido en que poseia grandes y eminentes cualidades. Tal confusion se ha movido en el mundo literario al juzgar á Lucano, que apenas con los ojos puestos en el poeta y en su siglo se atreve la mente á dar un juicio decisivo y firme.

¿Puede dudarse que Lucano es poeta? La poesía es la fuerza creadora que reside en el hombre, la manifestacion de su íntima naturaleza, la esencia misma del alma encarnada en la forma ingénita de la idea, en la palabra. La poesía es el resúmen de todas las artes; como la música, combina el tiempo y produce admirables cadencias; como la escultura, graba y esculpe grandes ideas en los espacios; como la pintura, refleja la naturaleza; y así inspirada recorre las esferas de la vida, las escalas de la

(1) Lucain avait eté eleve dans les exercices oratoires; il avait retenu de cette éducation l'habitude de composer un discours, de chercher des traits, de viser à l'effet oratoire; de là, en effet, dans les harangues qu'il fait tenir á ses personnages, un certain arrangement qui n'est pas sans habilité, des traits, des effets, une chaleur de plaidoyer: mais de là aussi, le déclamation, l'emphase, le lieu comun, la multiplicité des monologues et des discours. *Nisard. Etd. sur les poet. lat. de la decad.*

creacion, los círculos de la inteligencia, la série posible de las ideas, el tiempo, la eternidad, y es respecto al hombre lo que respecto á Dios es la maravillosa creacion. La fuerza creadora: he aquí la primer cualidad del poeta, esa fuerza que puebla de séres ideales los espacios. Y admitido esto ¿es posible negar á Lucano los timbres de poeta? Léase la Pharsalia, examínense los caractéres que anima, las ideas elevadas que derrama como brillantes centellas, los sentimientos que mueve y levanta en el corazon, la magnificencia de sus descripciones, en que se vé circular la vida de la creacion en su prístina pureza; léase la Pharsalia y se advertirá escondida allí como la perla en su concha el alma de un poeta.

Muchos críticos han por extremo encarecido sus defectos y han olvidado cuáles eran los defectos de su siglo. La libertad romana habia muerto: el sagrado campo de Cincinato se habia convertido en praderas y jardines de Neron; el génio no podia volar libre por los espacios infinitos y ocultaba en pobre larva sus matizadas alas el antiguo ideal del arte romano; Grecia habia perdido con su independencia su génio, como si la tristeza de la esclavitud hubiera ahogado su voz; Alejandría, maestra en

aquella sazon del mundo, al recibir el génio del Oriente habia desconcertado las armonías clásicas; la luz del Olimpo se apagaba, los dioses griegos y romanos se morian; la severidad del estoicismo infundia miedo á las artes; todos los sistemas filosóficos eran protextas vivas contra la religion, esa musa del cielo; el mundo antiguo estaba tocado del presentimiento y del temor de su próxima ruina y buscaba en la orgía del imperio un sudario de púrpura y un brillante sepulcro; hasta el fondo del Mediterráneo, ese mar tranquilo como la eterna alegría de los antiguos dioses, exhalaba quejidos de muerte; y la duda corroia todas las inteligencias y la desesperacion secaba los manantiales del sentimiento en todos los corazones.

Esta edad era infeliz para el génio. Así, aunque Lucano fuera poeta, la inmensa pesadumbre de aquella atmósfera debia ahogarle. Él poseia en grado eminente la fuerza creadora. Si su siglo era estéril en creencias, si se habian agotado los manantiales de la inspiracion, si el aire sofocante de los salones y certámenes académicos secaba la mente, si la esclavitud tornaba oscuros y sutiles á los más claros y grandiosos génios, cúlpese, no á Lucano, cúlpese á su siglo. ¿Es dado al hombre modificar con su

aliento la atmósfera en que respira? Juzgar al poeta aisladamente, es achaque de una crítica falta de elevacion y de grandeza.

Y dado que Lucano sea poeta ¿es un poema la Pharsalia? Nadie ignora su argumento. Su nombre lo dice. Pinta aquella gran ocasion en que murió á las plantas de César defendida por Pompeyo en los campos de Thesalia, la república romana. Como se vé, sin que yo lo indique, su argumento es eminentemente histórico. Y volvemos á preguntar, ¿es un poema la Pharsalia?

Para responder á esta pregunta convirtamos los ojos á las leyes fundamentales de la historia, y consideremos la naturaleza del poema épico (1). Así como la poesía lírica es eminentemente subjetiva, la poesía épica es eminentemente objetiva: la primera es la voz de un hombre, la segunda es la voz de un siglo. El poeta

(1) No puedo continuar sin declarar aquí que me sirven de principal guia en estos estudios las ideas que he recogido en las cátedras de esta Universidad, de los lábios de mis dignísimos maestros los señores Nuñez Arenas, Camus, Amador de los Rios y Sanz del Rio. á cuyas elocuentes lecciones debo mis conocimientos en literatura general, en literatura latina, en literatura española y en filosofía. Tengo un placer singular en tributarles mi admiracion, mi respeto y mi eterno agradecimiento.

lírico puede trasformar en su mente y en su corazon todas las ideas recibidas de su siglo: el poeta épico no debe aparecer en su obra, á manera de esos sublimes arquitectos de la Edad media, que ideaban y construian una maravillosa catedral y no se curaban de escribir sus nombres ni en una sola piedra.

La poesía épica tiene como la historia antigua tres momentos: es divina, es heróica más tarde y por último es humana. La poesía épica divina la componen los cantos cíclicos, la historia primitiva de los pueblos antiguos, cuyos actores son los dioses que llenan los espacios de la tierra. Esta poesía precedió á Homero y es la base de los primitivos mithos de Grecia. La poesía épico-heróica es el segundo desarrollo de este género literario. El protagonista ya no es un dios, sinó un hombre; el sacerdocio es reemplazado por la monarquía; y aunque los héroes son hijos de los dioses, como la edad heroica es hija de la edad divina, una idea humana centellea en todos sus cánticos. Esta edad se halla representada por el divino Homero. La edad heróica procede de la edad divina, como la flor procede de la semilla; y la edad humana procede de la edad heróica, como el fruto procede de la flor. Esta última edad se halla

representada por la Pharsalia del inmortal Lucano. En el período que la Pharsalia comprende, la poesía épica es muy difícil: existe ya una sociedad asentada sobre sólidas bases, y los acontecimientos dependen, más bien que de la voluntad del hombre, de la direccion que toman las fuerzas sociales; la historia severa quita al héroe humano el brillo de que está cubierto el héroe divino; y los preparativos, los medios de que se ha de valer el hombre para grabar la pura idea de su mente en la realidad siempre impura, siendo como son cálculos más bien que inspiraciones, no pueden compararse con los medios maravillosos empleados por un dios, que todo lo saca de su poder, ó por un héroe que tiene misteriosas relaciones con el cielo y vé siempre flotar en los aires un génio superior, que le remueve los obstáculos, y le auxilia en sus empresas, y le muestra el camino de la vida. Lucano, pues, no pudo exentarse de las condiciones de su siglo. Examínese la Pharsalia. La historia es su musa, sus héroes hombres cercanos al siglo del poeta; lo maravilloso apenas aparece en el poema; las pasiones humanas son su objeto, la lógica de los hechos su procedimiento, la política su maestra; la naturaleza no toma parte alguna en la accion

sinó como un gran teatro; y los pensamientos principales nacen del fondo de la sociedad de aquel tiempo más bien que de la arrebatada mente del poeta (1).

¿Deja por eso Lucano de representar de una manera objetiva su siglo? No; ningun poeta hay más fiel que Lucano al espíritu de su tiempo. Él nos presenta la idea religiosa, la idea política, la idea filosófica de su siglo. Muchos críticos le han afeado que no presentára los dioses griegos, ni por regla general casi ninguna divinidad como elementos de accion en su poema (2).

(1) Así el eminente crítico Bähr ve en la Pharsalia un poema histórico. Durch die Behandlung des Stoffs in chronologischer Folge und durch die getreue historische Erzählung der cinzelnen Ereiguisse, welche alle Fiction ausschliesst, die der historisch beglaubigten Erzàhlung widerstreinten würde, entferent sich frelich dieses Gedicht von der eigentlicheu epischen Darstellung und nähert sich mehr der art von historichen Gedichten, wie sie in Alexandria aufgekommen waren und später in Rom grossen Beifall gefunden hatten. *Geschichte der romischen literatur.*

(2) Esta ausencia de las divinidades griegas que yo considero como uno de los principales merítos de la Pharsalia, ha sido variamente juzgada por los críticos. Véase cómo se expresa Nisard, que en esta ocasion comprende mejor el espíritu del poeta, si bien siempre con notoria superficialidad:

Pero entonces, preciso es confesarlo, Lucano no hubiera representado tan admirablemente como representa su siglo. Al ahuyentar los dioses de su poema, nos muestra que se ahuyentaban del mundo. Y en efecto, los dioses griegos habian muerto; ya no resonaba entre los laureles y mirtos de Thesalia la lira de Apolo; de los sagrados bosques de Lyceo huian los resplandores de la corona de Júpiter; la copa de Ganimedes que encerraba el néctar de la vida divina se habia quebrado; las praderas de la Arcadia no repetian los ecos de la flauta del dios Pan, ni las orillas del Alpheo resonaban con los cantares de las ninfas; el mar de Corinto, al unir sus olas con el mar de la Jonia y besar las siempre floridas riberas, se quejaba de la ausencia de las Nereidas, que habian desaparecido como blancas espumas deshechas por el soplo de las brisas; Grecia, la citerea de las naciones, la musa del mundo antiguo, su sacerdotisa, abandonada de sus poetas, de sus filósofos, de sus guerreros, agotada aquella imaginacion que habia producido el eterno ideal del arte, apagado su pensamiento, extinguida su inextinguible risa, caia entre ruinas, desapareciendo del mundo de la historia, desgarrada de dolor, herida como la divi-

na Niobe por invisibles pero aceradas flechas.

Y si la religion griega habia muerto ¿podia inspirarse Lucano en la religion romana? No; la religion romana es el culto de lo desconocido (1). Los más grandes repúblicos de Roma ignoran el nombre de sus dioses (2). El númen de la ciudad eterna yace oculto en su seno como un secreto inefable (3). Roma no tiene fé en sus dogmas religiosos (4). En el Panteon están

Lucain a exclu les dieux de la Grèce: il faut lui en en savoir gré. Virgile et Ovide les avaient pris à Homère; c'était déjà beaucoup. Ces dieux étaient usês, tout le monde en avait assez, si ce n'est Stace qui en eut toujours besoin pour donner des origines divines aux chevaux des eunuques de Domitien ou aux platanes de ses amis. Mais qu'est-ce que Lucain a mis à leur place?—La Fortune.—Belle decouverte!» *Etudes sur les poét. lat. de la decad.*

(1) Ipsi Romani et Deum, in cujus tutelâ urbs Roma est, ut ipsius urbis nomen ignotum esse voluerunt. *Macro Saturn.* 111, 9. Nihil loquor de pontificio jure, nihil de religione, cæremoniis. Non dissimulo me nescire ea. *Cic. pro domo.* 46. Non sum in exquirendo jure augurum curiosus. *Ib.* 15.

(2) Verum nomen numinis quod urbi Romæ præest, sciri sacrorum lege prohibetur; quod ausus quidam tribunus plebis enunciare, in crucem est sublaius. *Servius ad Æneid.* I. 447. II. 198.

(3) Nunc vix nomen notum paucis. *Varr. L. L. V. P.* 50.

(4) Véase *Le Génie des Religions par Quinet.* L. VIII.

reunidos todos los cultos, presos todos los dioses, y todos al dejarse esclavizar muestran su incurable impotencia (1). Las armas de Roma son el gran martillo que tritura y pulveriza el paganismo. Los bárbaros acabaron con los marmóreos cuerpos de los dioses; pero fué cuando Roma habia acabado ya con sus almas. La religion romana, poseida de eterna duda derrama en el ánimo tristeza y pavor (2). Lucrecio, al ver que cada partido de Roma tiene sus dioses, duda de todos, porque no han abismado en lo profundo á la prostituida reina de la tierra. Al llegar el imperio, los Césares sólo quieren á los dioses para esclavos (3). ¿Qué debia hacer Lucano delante de este universal escepticismo? ¿Debia por ventura resucitar aquella religion muerta en la conciencia del mundo, aquella aniquilada teogonia? No. Cuando en las llanuras de Thesalia ciñe lauro vencedor César, el poeta busca en el cielo el rayo de Júpiter pidiéndole que destruya al des-

(1) Peregrinos deos trastulimus Romam, et instítuimus novos. *Tit. Liv.* V, In Capitolio enim Deorum omnium simulacra colebantur. *Serv. ad Æn.* 11.

(2) Religio, id est, metus. Ab eo quod mentem religet, dicta religio. *Serv. ad Æneid. VIII.*

(3) Deos enim accepimus: Cæsares dedimus. Ad. Tiberi Prol.

tructor de la pátria libertad, y al ver que Júpiter no le atiende, le maldice y le desprecia, mostrándole en son de burla el espectáculo ofrecido por el imperio, en que un hombre recibe, sin duda para castigar al cielo, el incienso y los honores guardados ántes á los dioses (1). ¿No pinta así Lucano la conciencia de Roma? ¿Hubiera hecho algo más el Dante para pintar la conciencia del mundo en la Edad media?

Examinado ya cómo presenta Lucano la idea religiosa de su siglo, veamos cómo nos presenta al par su idea filosófica. La escuela estóica dominaba con gran preponderancia en Roma. Esta escuela, nacida en Grecia, unia Dios al mundo como el espíritu al cuerpo, lo racional á lo sensible, la vida fugaz del indivíduo á la vida universal de la especie, y tenia las acciones particulares por elementos de la ley total del mundo, y la actividad por el ejercicio más digno del alma; y enseñando que la razon regula el instinto, fuente de todas nuestras obras, y dividiendo la virtud en conciencia que nos

(1) .....Cladis tamen hujus habemus
Vindictam, quantan terris dare numina fas est,
Bella paris superis facient civilia divos;
Fulminibus manes, radiisque ornabit, et astris,
Inque Deum templis jurabit Roma per umbras.
Lib. VII.

avisa del bien y del mal, templanza que modera nuestros ímpetus, fuerza de voluntad que nos lleva á nuestro fin, y justicia que armoniza nuestra vida con la del mundo y con la de toda la humanidad, inclinaba al hombre á ser consecuente consigo mismo, le desligaba de las malas pasiones, le convertia á vivir vida feliz, y le preparaba para morir bienhadada muerte (1). Esta filosofía estaba destinada á ser la madre de ese gran rio de ideas que recoge los caudales de toda la antigüedad, y que se llama derecho romano. La filosofía estóica de desarrollo en desarrollo llega á Séneca, que es su gran mantenedor en Roma. Séneca subordina la lógica y la física á la moral, ensalza la razon, condena la demasiada ciencia, cree fácil la virtud, difícil el vicio, truena contra los dioses paganos, traza el ideal del hombre virtuoso, y excita á la voluntad á tener por norte de sus acciones el bien, por fin la justicia, que da paz al corazon, luz á la mente (2).

Lucano personifica la idea estóica en Caton (3), su más grande y sublime emblema. Ca-

(1) Stob. ecl. II y Diog. Laer VIII.
(2) Ep. 64, 6, 53.
(3) «Le personnage le plus important de la *Pharsale*. après César et Pompée, c'est Caton. Il était facile

ton lleva en su mente las tradiciones romanas, y en su pecho el fuego del amor á la libertad; vive ántes que para sí para la pátria; su razon sigue la virtud con pié incansable; su voluntad de hierro domeña la naturaleza de su cuerpo; el dolor se estrella á sus plantas; las alegrías del mundo no tienen eco en su corazon; fiel siempre á su pensamiento, lo acaricia con más fé cuando le vuelve las espaldas la fortuna; únicamente su génio se atreve en el mundo antiguo á desafiar al destino; sus acciones, más que de un hombre, son de una clase social; más que la obra de un momento, la consecuencia de un sistema; y así, cuando la antigua libertad aristocrática ha muerto, cuando el gran demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario se apercibe á subir cónsul, tribuno, dictador y sacerdote al Capitolio, Caton, despues de haber dormido dulcemente co-

de falre un portrait vrai de Caton. Le stoicisme lui donnait je ne sai quoi de guindé qui convenait á l'enflure de Lucain. Aussi est-ce le meilleur de ses portraits. J'aime mieux le Caton de Lucain que son Pompée et son César; il à du moins une certaine unité, et s'il est exagéré quelquefois, il n'est jamais faux. Il prononce quelques belles paroles qui lui font honneur comme stoïcien, sinon comme homme d'Etat, *Nisard. Etud. etc.*

mo si cobrara fuerzas para largo viaje y al despertar contemplara el cielo azul y el mar tranquilo, lee la república de Platon, en la cual habia siempre vivido en espíritu, invoca el génio de la pátria, mira con mirar sereno el abismo de la eternidad, se rasga las entrañas, y al morir se lleva al mundo de las sombras en su último suspiro el alma de la antigua Roma. El cielo estaba vacío de dioses, el mundo de dogmas religiosos, y Lucano llena el mundo con la sombra de Caton, y puebla el cielo con las ideas estóicas.

Pero revelada ya la idea religiosa y la idea filosófica en el poema, ¿qué debia hacer para coronar su obra? Revelar la idea política. Y bajo el yugo del imperio, vivos aún los recuerdos de la república, despertar la memoria del último dia de la libertad era una gran empresa. La lucha entre César y Pompeyo es más grande aún que la lucha de Príamo y Agamenon; es el combate del génio exclusivo de Roma, personificado en Pompeyo, con el génio expansivo de la humanidad, personificado en César. Contemplemos este acontecimiento, y veamos cómo lo presenta Lucano.

Examinad, Excmo. Sr., el mundo, y lo encontrareis dominado por la ley de contradic-

cion; examinad la conciencia humana y la vereis por la ley de contradiccion regida; examinad la historia, y la encontrareis basada en esa misma ley. Querer acabar con la lucha de los principios y de las ideas, es querer acabar con la sociedad y con el hombre. Sólo así se desarrolla el espíritu humano en el tiempo, y sólo así es posible el progreso. Esta ley de contradiccion eterna, invariable en la conciencia humana, se manifiesta en Roma por la lucha de patricios y plebeyos, que, como ha dicho Vico, es el ideal de la historía de la humanidad. Yo no diré si los patricios eran pueblo conquistador y pueblo conquistado los plebeyos; pero sí que los primeros eran la concentracion de todos los derechos, y los segundos la concentracion de todos los deberes. La esclavitud debia pesar al pueblo con inmensa é incontrastable pesadumbre, hasta que un dia el anhelo del derecho se posesionó de su corazon. Entonces pidió intervencion en el gobierno, y la obtuvo: sentóse á las puertas del Senado, é interpuso su veto; penetró como rey en los comicios; leyó el secreto de las leyes y su interpretacion; logró el *jus connubium*; ciñóse la túnica de los augures; puso sus manos en las aras de los dioses, y forjó para sus

sienes, con sus lentas, pero contínuas victorias, la corona del derecho.

Mas esta revolucion no habia llegado sinó á la política, y tendia por una fuerza ciega á descender al profundo seno de la sociedad. Esta última consecuencia de la revolucion romana era combatida tenaz y duramente por la aristocracia. La oposicion entre los dos principios se manifestó de una manera terrible. El tribuno era el representante de la revolucion, el senador el r presentante de la resistencia, y esta lucha, que en la esfera política habia sido fecunda en derechos y en progresos, al llegar á las entrañas de la sociedad, se planteaba de una manera triste, pavorosa; no habia remedio, estaba próxima la muerte de la república. La libertad podia haber concedido dignidad al pueblo, pero no habia matado su hambre. El pueblo romano habia de adorar al hombre que, áun á costa de la libertad política, resolviese el grande, el pavoroso, el inmenso problema social. Los plebeyos pedian participacion en las herencias por los reyes legadas á Roma, y que los territorios conquistados no se acumularan sobre familias privilegiadas, y despues de muchas leyes, de infinitas proposiciones de los tribunos, se habia visto que la república no podia

llenar estas tenaces aspiraciones del pueblo; y su alma, desbordada, iba rompiendo, como una gran inundacion, los valladares y diques fortísimos que la contenian y aprisionaban. Sila quiso exterminar á los plebeyos, pero mataba á los indivíduos, y de sus restos renacia con más fuerza la idea social alimentada por torrentes de sangre. Mario perseguia á los patricios, y su espada destruia con sus golpes todas las columnas de la antigua república. En estas luchas crecia en influencia la clase de los caballeros, término medio entre patricios y plebeyos, y que ora volvia los ojos al pueblo, ora al patriciado, segun las varias oscilaciones de la fortuna. Esta clase estaba representada por Ciceron, que al mismo tiempo que pide en la oracion contra Verres que el derecho de juzgar no sea exclusivo del Senado, pide oponiéndose á las proposiciones de Rulo, que la ley agraria sea condenada como el más gran mal que puede sobrevenir á la república (1).

Esta clase media era en aquella sazon para los patricios único amparo. Ella y sólo ella pudo ahogar en sus brazos á Catilina, imágen fiel de la idea social que hervia en el seno

(1) In Verr. I. de Leg. Agraria, I.

de Roma y desgarraba las entrañas de la república. Conservar la república: hé aquí el grito de los patricios y de los caballeros. Lograr la revolucion social: hé aquí el instinto de los plebeyos. La primer idea, la idea de conservacion de la república, engendró á Pompeyo; la segunda idea, la idea social, engendró á César. Pompeyo y César, Excmo. Sr., son los dos héroes de la Pharsalia. ¿Podia darse un principio más grande, una idea más poética, una lucha más titánica? No. la Pharsalia, pues, habia escogido el más bello y más grande de los argumentos posibles.

Pompeyo es para Lucano el representante de la antigua libertad y el héroe principal del poema. Por eso le presenta grande. La historia no conviene con el sentir del poeta. Mas ¿qué mucho que le presentara grande si Pompeyo personificaba la libertad, que perdida lloraba Lucano? Pompeyo habia conseguido por fáciles victorias difíciles premios. Tenia desmedida ambicion; pero ignoraba el camino por donde llega el repúblico al término de sus deseos. Sus guerras extranjeras podian consistir en grandes batallas; mas sus luchas políticas y sociales consistian en pobres aunque sangrientas escaramuzas. Queria que la ciudad le conquistara

á él, como si fuese Pompeyo más gran conquista que Roma. Más gustaba de oir los aplausos de las gentes que de preparar el juicio de la historia. En momentos en que toda Roma le aclamaba, por no chocar abiertamente con ninguna clase, las movia á todas á la guerra, y acababa por enagenarse todas las voluntades. Pompeyo se contentaba ántes con el brillo que con la realidad del poder; por una lisonja abandonaba una victoria, por una fiesta popular, una conquista; por sus clientes y sus aduladores, la salud del pueblo; y se encerraba en fórmulas oraculares; y así era imposible adivinar el secreto de su pensamiento, ni conocer el vuelo de su voluntad. El destino, indignado de que la encarnacion de la libertad romana fuese tan pobre, le preparó una muerte gloriosa. Pompeyo debió besar la mano que le heria, como dispensadora de la inmortalidad; porque al fin le hizo mártir. Reconociendo nosotros como reconocemos el carácter de Pompeyo, ¿debemos concluir de ahí una acusacion contra Lucano porque le coronara héroe principal de su obra? No. Lucano no podia inventar un héroe. Queria cantar la antigua libertad romana, y se encontró conque la representaba Pompeyo. Y le exaltó como se exalta siempre una gran personifi

cacion. Y hay evidentemente resplandores poéticos en esa figura que corona como una estátua la república. De esos resplandores se aprovechó Lucano, y trasfiguró en su alma el alma del héroe.

Frente á frente de Pompeyo se levantaba César. Confieso, Excmo. Sr., que César cautiva la mente, como todos los recuerdos clásicos. Era grande por sus virtudes y grande por sus vicios. Llevaba la abnegacion hasta el sacrificio, y la venganza hasta la barbarie. Nadie le aventajaba, ni en lo magnánimo, ni en lo cruel. Con los ojos puestos en su fortuna, fué matemático, porque necesitaba las matemáticas para la guerra, y la guerra para lograr el imperio; astrónomo, porque conocer los astros era dominar á los supersticiosos señores de la tierra, que se asustaban del canto de una cigarra, del vuelo de un cuervo, del brillo de una exhalacion; historiador de sí mismo, porque como todas las grandes almas, vivia con el pensamiento, más que en lo presente, en lo porvenir; orador, porque la palabra era en los comicios y en el Senado lo que la espada en los campos; poeta y dado al amor y en el vestir galano, porque con todas estas cualidades se ganaba el corazon de las mujeres, y con el corazon de

las mujeres la mitad de Roma; expléndido, disipado, vicioso, cargado de deudas, porque así daba pan y gladiadores al pueblo, cuyos vicios y virtudes personificaba; y á pesar de su proverbial afeminacion y de su natural delicado, en las marchas andaba á pié cincuenta millas por dia; en los sitios era el primero que llegaba á la brecha, y en los combates parecia feroz leon de la Numidia. Este es el hombre; ¿y el guerrero? Como guerrero no tiene rival en el mundo antiguo. Pasea sus gloriosas enseñas por Grecia, destroza con sus hachas los bosques druídicos de las Gálias, penetra en la nebulosa Bretaña, pasma á los reyes de Egipto, se corona vencedor en Alejandría como si quisiera eclipsar con la lumbre de su gloria la gloria de Alejandro, arrastra su carro triunfal por el Asia; y su génio inquieto le lleva á disparar el rayo de la guerra en las orillas del Rhin, en las selvas de la Germania, como si presintiera que en su seno ocultaba el destino á los ejecutores de las grandes sentencias divinas, á los futuros verdugos de su pátria. ¿Y como político? Antes de su imperio, Roma pesaba sobre la tierra y él preparaba la ciudad eterna á todas las gentes y á todos los pueblos. El Senado gobernaba al mundo como el señor al esclavo, y

él señala asiento en aquel asilo de las tradiciones sagradas á senadores extranjeros, que van apoderándose del espíritu de Roma para convertirlo en espíritu del mundo. La aristocracia romana, orgullosa con sus tradiciones, se encierra en sus antiguas fórmulas y derechos, y él la modifica profundamente, creando nuevos patricios, nacidos en humilde cuna, y rompiendo así la valla de los antiguos privilegios. El pueblo rey se moria de hambre, la mayoría de sus hijos no tenia una piedra donde reclinar la frente agoviada de laureles, y él resuelve la gran cuestion social, repartiendo entre el pueblo las tierras de la Campania, region dulce y fértil de Italia. La aristocracia no podia consentir tal política, é hirió á César; pero al caer, despues de haberse defendido heróicamente, desarmado más que por el valor de sus asesinos por la ingratitud de su hijo, cae artísticamente, como apuesto gladiador thracio en el circo.

El alma de César no huye de Roma, porque eternamente permanece en el imperio. Mas para Lucano ¿qué era César? La personificacion del despotismo. Y visto de cerca el gran dictador, ignorada del poeta la idea providencial por él cumplida, no es maravilla que achaque á su

ambicion el nacimiento del imperio, y no vea ni sus virtudes ni sus glorias. Lucano, en la Pharsalia, protexta contra el despotismo, y al protextar contra el despotismo, no puede presentar en toda su magnitud la figura de César. Para él, César es el iniciador del imperio, el que ha inaugurado las delaciones, el que ha puesto la primer piedra de esa gran cárcel donde yace cautivo su génio. En algunos instantes siente su grandeza, la manifiesta sinceramente, y en tal grado, que algunos críticos han creido ver en la Pharsalia la exaltacion de César. Pero compréndase que Lucano y la aristocracia romana diezmada, herida en sus derechos, expropiada, sujeta al carro de los emperadores, rodeada de zozobras, y esperando en cruel y perdurable agonía que á cada instante la mano del déspota les arrebatase sus mujeres, sus hijos, hasta su misma existencia, debian mirar al inaugurador del imperio con frio miedo en el corazon y eterno llanto en los ojos.

Y sin embargo, el mismo imperio, ¡qué idea tan grande, tan maravillosa cumple en la historia! El imperio déspota de Roma es salvador de la humanidad. El imperio, para realizar la idea de igualdad en el mundo, martiriza á la marti-

rizadora de las naciones. El imperio abre su trono á todas las gentes. Así todas las razas de la tierra, los españoles, los galos, los italianos, los griegos, los orientales, los mismos godos suben al trono del mundo á coronarse con la aureola del derecho romano. La ciudad no se queda aislada en sus siete colinas, la libertad no se cierne sólo en sus horizontes, el derecho de ciudadanía no vive en aquel su pequeño espacio, sinó que se extiende á toda la tierra, á todos los hombres, y crea así la humanidad, haciendo de ella un sólo cuerpo, para que el soplo del cristianismo le infunda un solo espíritu. ¡Y qué presentimientos tan grandes agitan al mundo! ¡Cómo parece que la idea cristiana se respira en los aires! Examinad, Excelentísimo señor, de qué manera preparan aquellos emperadores, deshonra del mundo, el advenimiento de la buena nueva, y os quedareis ofuscado por la luz que derrama en la historia la Providencia. Los emperadores que no conocen freno á sus pasiones, santifican la familia, endulzan la suerte del esclavo, levantan de su abatimiento á la mujer, protegen al gran tribuno de la libertad civil, al pretor; y así Tiberio establece el crédito territorial sin interés (1);

(1) Factàque mutuandi copia sin usuris. *Tac. an.* 6. 17

Neron distribuye gratuitamente la justicia, ese pan del alma (1); Domiciano iguala con los caballeros á los plebeyos; el imbécil Claudio hace inviolable la vida del esclavo como la del hombre libre (2) y protege á la madre privada de sus hijos; Conmodo, Alejandro, procuran libertar á la esclava de la prostitucion y guarecerla en la ley contra las injurias de sus señores; Caracalla, más innovador que Mario, más justo que Caton, da el derecho de ciudadanía á todos los hombres (3), y todos esos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la historia, unen sus maldecidos nombres á la obra más gloriosa del pueblo rey, á la obra del derecho, ejemplo fiel de que la idea de un siglo es como el oxígeno de la atmósfera en que respira el alma.

El presentimiento de la verdad cristiana en filosofía por el estoicismo, es la sociedad por el derecho; hé aquí la ley de este siglo. Y este presentimiento general que el mundo tiene de la verdad cristiana ¿no resuena en el corazon

(1) Mercedem pro subselliis nullam omnino darent, præ ærario gratuita. *Suet. Nero*, 17.

(2) Quod si quis necare quem mallet, quam exponere, cœdis crimine teneri. *Suet. Claud.* 25.

(3) In urbe romano, qui sunt. *Ulpia. Dig. tit. V, t.* 2.

del poeta? ¡Oh! sí. Parece que las áuras de la buena nueva circulan por sus versos. El destino no pesa ya sobre los héroes de la Pharsalia. La fortuna, génio más grato, más humano que el ceñudo destino, es una trasformacion de la idea tiránica que gravitaba sobre el arte griego. El hombre es dueño de sus acciones y de sus acciones responsable. Sólo ese presentimiento de la nueva idea explica que nos ofrezca el poeta á Caton vencido por el destino, y revolviéndose contra sus decretos en esta sentencia: «*Victrix causa Diis placuit: sed victa Catoni*» (1); revelacion de un nuevo pensamiento en la historia. La idea del destino se trasformaba progresivamente hasta llegar á la idea de la Providencia, que enseña la nueva religion.

La mujer, que ha sido doblemente redimida por la religion cristiana, se muestra ya rodeada de todo su explendor en la Pharsalia. Cornelia, errante por las riberas de Lesbos, dando sus lamentos á las brisas del mar, para que los lleven á oidos de su esposo; sin más placer que mirar al horizonte para descubrir las velas de sus naves; profeta que presiente las desgracias del que ama; ángel de bendicion que vierte el

(1) Phar. C. I.

bálsamo de sus lágrimas en todas las heridas; pobre víctima que no anhela reinar en el mundo sinó en un sólo corazon; resignada mártir que busca en la tierra una pequeña gruta donde guarecerse como la paloma con su amada; Cornelia es el boceto de la nueva idea que vá á levantarse en el mundo, de la mujer cristiana, fuente de virtud en el hogar doméstico, de dulce inspiracion en el arte (1).

Pero donde veo la intuicion divina del poeta, es en el momento en que presiente la suerte que vá á caber á la libertad despues de la batalla de Pharsalia. No en vano los pueblos antiguos confiaron á los poetas el sacerdocio, descubriendo en ellos el don de la profecía. Esas almas que penetran en las profundidades más ocultas del pensamiento, deben, transfiguradas por la inspiracion, penetrar en los secretos de lo porvenir. Así Lucano, entristecido el corazon por la rota de Pharsalia, nublada la mente por el vapor de la sangre, se acuerda dolorosamente de Italia, y contemplándola entregada á per-

(1) Véase cuán tiernos y dulces son los siguientes versos:

«...Sic est tibi cognita Magne,
Nostra fides? credisne aliquid mihi tutius esse,
Quam tibi? nonne olim casu pendemus ab uno?
Fulminibus me, sæve, jubes, tantæque ruinæ,

durable esclavitud, vuelve por do quier los ojos en pos de la libertad herida, sin duda porque no puede creer en su muerte, y la ve alejarse de la civilizacion, atravesar el Rhin, perderse en los bosques de la ignorada Germania, y reanimar con su soplo vivificador nuevos pueblos (1). Lucano, génio levantado entre dos mundos llora la muerte de la libertad en Roma, hecho que pertenece á la historia, y canta la renovacion de la libertad en Germania, hecho que pertenece al presentimiento divino del poeta.

Pero donde más se conoce la revolucion que iba minando el mundo antiguo, es en la manera con que Lucano pinta la naturaleza. Hasta su tiempo el paganismo habia puesto en cada sér un aliento del alma del hombre. Lucano

Absentem præstare caput? secura videtur
Sors tibi, quum facias etiam nunc vota, perisse!
Ut nolim ser ire malis, sed morte parata,
Te sequar ad manes; feriæ dum mœsta remotas
Fama procul terras, vivam tibi nempe superstes.»

Phar. Lib V.

(1) «.. Redituraque nunquam
Libertas, ultra Trigrim, Rhennumque recessit.
Ac, toties nobis jugulo quæsita, negatur,
Germanum Scythicumque bonum; nec respicit ultra
Ausoniam.»

Lib. VII.

considera ya la naturaleza como un sér en sí, independiente del espíritu humano. Donde se presenta más plásticamente esta revolucion es en la sublime pintura del druídico bosque de Marsella. La naturaleza ofrece todos sus tributos á esta selva: el rayo del sol no ha penetrado sus espesas ramas; dulce crepúsculo, semejante al resplandor de la luna, le ilumina de dia, y las sombras se espesan en su seno por la noche; sus ramas entrelazándose, forman una bóveda que no deja ver los resplandores de la bóveda celeste; no es mansion de silveas ninfas sinó de bárbaros dioses, cuyas aras cubren restos de hombres sacrificados y cuyos pedestales gigantescos destilan humana sangre. César, que lleva en sí el espíritu de renovacion universal, penetra en el bosque, hiere los añosos árboles con su hacha; los dioses se quejan, mas huyen de aquel nido como manadas de cuervos, y los rayos de oro del sol rasgan las sombras y penetran en el ántes húmedo y sombrío suelo derramando calor, vida y alegría (1). Esta es, al par de una descripcion en que luce el génio de Lucano, una alegoría magní-

(1) «Lucus erat, longo numquam violatus ab ævo.
Obscurum cingens connexis aera ramis,
Et gelidas alte submotis solibus umbras

fica en que se vé al espíritu del hombre huyendo de la naturaleza que comienza á vivir de su propia vida. Por estos ejemplos se vé, no sólo el génio superior del poeta, sinó tambien la fidelidad con que guarda las ideas de su siglo.

Contar los bellos rasgos que encierra la Pharsalia es empresa superior á mis fuerzas (1). El juicio de los críticos podrá haber diferido en considerar el mérito del estilo, pero todos á porfía han ensalzado la grandeza de su génio. Su nombre va unido á los nombres más bellos de la historia del arte. El Dante, al pisar en el sublime descendimiento á los infiernos la region donde habitan los poetas, cuenta entre los cuatro más grandes del mundo antiguo á

Hunc non ruricolæ Panes, nemorumque potentes
Silvani Nymphæque tenent sed barbara ritu
Sacra Deum, structæ diris altaribus aræ:
Omnis et humanis lustrata cruoribus arbor.»
Lib. III.

(1) Es sublime el rasgo del primer canto, que hemos citado «Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni» que pinta admirablemente la fuerza de voluntad de un estóico.

Hablando de lo dispuesta que estaba Roma á conceder á César cuanto el gran conquistador hubiera pedido, expresa admirablemente el atrevido pensamiento que sigue.

Lucano (1), uniendo así su espíritu al génio de la Edad media.

He concluido, Excmo. Sr. Destinado en esta ilustre Universidad á guardar el glorioso depó-

...Melius, quod plura jubere
Erubuit quam Roma pati.
Lib. III. v. 111.

Tambien, hablando del oficio de la espada, dice, con un sentido profundamente liberal.

Ignorantque datos, ne quisquam serviat, enses.
L. IV. v. 57.

Este pensamiento mereció que la revolucion francesa, tan amiga de los recuerdos clásicos, lo grabára en 1789 en los sables de la Milicia Nacional.

Pintando las alternativas que sufre un hombre superior, cuando ya ha traspuesto la mitad de la vida, expresa el siguiente feliz y profundo pensamiento:

...Sic longius ævum Destruit ingentes
animos et vita superstes Imperio.
Lib. VIII. v. 25.

Queriendo poner de relieve el desinterés de Caton, al abrazar el partido de Pompeyo, exclama:

Nec regnum cupiens gessit civillia bella,
Nec servire timens. L. IX, v. 26.

Bastan estos rasgos para comprender toda la trascendencia del alto génio de Lucano.

(1) Lo buon maestro cominciommi á dire:
Mira colui con quella spade in mano,
Che vien dinanzi à' tre si come sire
Quegli é Omero poeta sovrano
L'altro é Orazio satiro che viene,
Ovidio é'l terzo, é l'ultimo é Lucano.
Div. Com. Cant. IV.

sito de nuestras veneradas tradiciones, he creido solemnizar este acto, evocando la memoria de un génio que es eminentemente nacional. En su riquísima sávia, en su explendor, en el lujo de sus versos, en las flores de que siembra sus narraciones, se vé que nuestra pátria ha necesitado del génio del Oriente para ser en sus obras poéticas grande y fastuosa. Alejandro Humboldt dice en los Cosmos (1) que las descripciones en la naturaleza por Lucano tienen algo del explendor de la naturaleza en el nuevo mundo. Basten estas consideraciones para probar la grandeza del poeta que en su obra nos presenta la idea religiosa, la idea filosófica y la idea política de su siglo con todos los colores de una imaginacion que ha bebido en el cielo su divina esencia (2).

(1) T. II. C. I.

(2) Las obras de Lucano, además de la Pharsalia, son Orpheus, Iliacon, Hectoris, Lytra, Saturnalia, Catascomon, Silvarum X, tragedia Medea, Salticæ Fabulæ XVI, Hippamata: todos estos escritos son en verso, y los siguientes en prosa: Pro Octavio Sagitta, et contra eum, de incendio Urbis, Epistolæ excampania, (*Castro Bibliot. Esp. T. II.*) En cuanto á ediciones, Lemaire cuenta en su magnífica edicion de MDCCCXXX hasta ciento catorce preciosas ediciones. De traducciones cuenta nueve francesas, diez inglesas, siete alemanas, cinco italianas y dos españolas.

Cuando en el largo y escabroso camino de la historia encontramos un génio superior que levanta un pliegue del velo que oculta la naturaleza ó desvanece una de las sombras que empaña el espíritu, nos detenemos extasiados saludán-

En cuanto á traducciones españolas, segun mis noticias, poseemos la de *Juan de Jauregui Hispalense.* Madrid 1683 y otra 2.ª edicion de 1790. Es la mejor de las traducciones.

Pellicer en su *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles* da la siguiente noticia: *Lucano traducido de verso latino en prosa castellana por Mateo Lasso de Oropesa, secretario del Ilustrísimo Cardenal D. Francisco de Mendoza, obispo de Búrgos. Dirigido al Nuestro señor Antonio Perez, secretario de la Majestad Católica del Rey D. Felipe Segundo en Búrgos. En casa de Felipe de Frente. MDLXXXVIII.*

Castro en su Biblioteca Española T. II, dice:

De la Pharsalia en latin hay un precioso manuscrito en fol. menor en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, escrito primorosamente en pergamino avitelado, de letra del siglo XV, escrito en papel sin foliacion con las iniciales en blanco y los títulos de encarnado, que contiene una traduccion castellana de la Pharsalia. Esta traduccion está en prosa y es bastante literal, sin embargo de que su autor, que es un anónimo, suele introducir alguna paráfrasis para aclarar ciertas transiciones, ó para explicar la mente de Lucano en los lugares en que no queda bien perceptible, por ser la traduccion en prosa. Empieza el códice con el índice del lib. I, y á este índice sigue el prólogo del traductor.

dole con gozo, de otra suerte que el navegante perdido en tempestuosa noche saluda el amanecer, cuando aplaca y serena la tempestad y le muestra la orilla cubierta de flores esmaltadas con las gotas de lluvia, que descomponen los matices de la naciente luz; y como el navegante une su voz á la voz de la creacion en loor del Sér que le ha salvado, unimos nuestra débil voz al cántico de todos los siglos, de todas las generaciones, para alabar á Dios, que nunca aparta su espíritu ni del mundo ni de la historia.—He dicho.

EL SOCIALISMO

¿ES UN SIGNO DE DECAIMIENTO DE LA SOCIEDAD Ó UN SISTEMA DE PROGRESO?

—

Señores:

Voy á resumir esta larga, esta importante, esta trascendental controversia. Nunca he sentido un dolor tan vivo y tan profundo al considerar la escasez de mis fuerzas y la debilidad de mi inteligencia, como esta noche, en que elevado á este sitio, ageno á mi carácter y superior á mis merecimientos, por la benevolencia inagotable de la seccion, debo resumir esta maravillosa controversia, signo seguro del progreso de los espíritus y del apogeo de nuestra revolucion literaria, la cual es como el sazonado y regaladísimo fruto de aquella otra revolucion política, que iniciaron al fragor de la guerra de la Independencia nuestros gloriosos padres; soldados, que recabaron el pátrio hogar por

extranjera gente profanado; legisladores, que rompieron la cadena de la servidumbre, caida sobre los hombros de nuestro pueblo, en el instante en que, saliendo del seno de la Edad media, encontraba en su mente fuego para iluminar un nuevo mundo, para vivificar una nueva creacion; filósofos, que levantaron la pesado losa que aplastaba el cerebro de nuestra raza, para que nosotros, sus hijos, pudiéramos, sin temor ni á las persecuciones ni á los calabozos ni á las hogueras, consagrarnos á leer los enigmas de la ciencia, y á sondear los abismos del espíritu; conquista titánica, que exige de la generacion venturosa que la posee y la disfruta un recuerdo, una lágrima de gratitud para aquella otra generacion desgraciadísima, que supo alcanzarla, arrostrando las iras de los tiranos, las inclemencias de la emigracion y hasta la deshonra del cadalso, sin alcanzar más premio que inscribir su preclaro nombre en el eterno martirologio de la libertad y del derecho. *(Aplausos.)*

Señores: El Ateneo, que cualquiera que haya sido su idea política, siempre se ha levantado con nuestras venerandas libertades, y con nuestras venerandas libertades ha caido; el Ateneo, que señala en sus cátedras, en sus bi-

bliotecas, en sus academias todas las fases del espíritu moderno; el Ateneo, la primer corporacion científica de nuestra pátria, sin desdoro sea dicho de las corporaciones oficiales, que han perdido por las ideas de nuestro siglo gran parte de su poder y toda su antigua influencia; el Ateneo, con una tolerancia digna de los pueblos más libres de la tierra, convencido de que el progreso de la ciencia tiene por base la renovacion constante, contínua de las ideas, ha abierto sus puertas á las nuevas generaciones; ha apercibido sus altares para recibir el fuego de la nueva vida; y nosotros debemos agradecérselo, demostrando que conservaremos, si es posible, la pureza del culto, y aumentaremos el respeto debido á este sagrado templo de la ciencia. *(Bien, bien.)*

Señores: Mi situacion en esta noche es dificultosísima. Yo no puedo hacer un resúmen histórico de la discusion, porque no he asistido á todas las secciones, y tendré que limitarme á pronunciar un nuevo discurso. No necesito decir, porque mis ideas son conocidas, con quién está mi inteligencia en la tal controversia; pero sí necesito decir que con todos está mi corazon y que guardo muy especialmente para aquellos que han disentido de mis ideas, toda mi

consideracion y todos mis respetos. Señores: para resumir esta discusion, necesitaria tener las cualidades que se hallan en todos los que en ella han tomado parte; necesitaria ese respeto, ese amor filial que á los tiempos antiguos tiene el señor Malo, cuya inteligencia, como esas aves queridas y respetadas en la imaginacion y en la memoria de los pueblos, sólo acierta á fabricar sus nidos en las sombrías bóvedas de los panteones, ó en las caladas agujas góticas de las iglesias. (*Estrepitosos aplausos.*) Necesitaria el númen, la armonía que ostenta en los períodos el señor Alcalá Galiano, digno indivíduo de una preclara familia de oradores; necesitaria el inagotable ingenio del señor Marichalar; necesitaria los profundos conocimientos históricos y literarios, el rigor científico del señor Maldonado Macanaz; necesitaria el claro conocimiento que de la economía tiene el señor Bona; necesitaria verme tan bien hallado con los tiempos que corren, tan en paz con las instituciones que viven, tan dispuesto á reconocer el ideal de la justicia en los gobiernos representativos como el señor Capalleja, que ve la realidad del bien sólo en la realidad de la vida; privilegio reservado á las inteligencias positivas y plásticas; necesitaria haber entrado con gloria

en nuestras academias y en nuestras asambleas, haber recogido larga cosecha de laureles en todas las discusiones que han ocupado por espacio de veinte años la mente de nuestra pátria, abrazar las esferas de la vida y de la ciencia como el señor Moron, cuya inteligencia es tan rica en ideas como en séres naturaleza; necesitaria poseer esa inmensa catarata de imágenes, de pensamientos, que todos hemos visto descender entre tinieblas á lo profundo, levantarse á las alturas en plateadas vaporosas gasas, descomponiendo en todos sus matices los rayos del sol, entrar en su lecho de flores reflejando la hermosura de los cielos, perderse en el inmenso Océano, catarata que todos hemos oido desprenderse de la rica mente del señor Moreno Nieto, con la misma religiosidad, con el mismo entusiasmo con que nos cuentan Chateaubriand y Heredia que oian la fragorosa música de los inmensos caudales del Niágara (*Aplausos*); necesitaria la táctica científica, el rigorismo dialéctico, la larga experiencia, la universalidad de conocimientos del señor Mata; necesitaria llevar en mi alma esa armonía que lleva el señor Echegaray, el cual enlaza las ideas con los hechos, las leyes de la economía política con las leyes del espíritu, con una elo-

cuencia portentosa; necesitaria traer aquí la primera florescencia de la vida y de la imaginacion como el señor Moret, cuyas ideas están perfumadas de un aroma tan puro como el que despiden las primeras olorosas flores que abren sus cálices al comenzar la primavera; necesitaria esa palabra dulce, encantadora, del señor Sanromá, que deja una estela inextinguible en el alma; necesitaria la lógica inflexible del señor Rodriguez, lógica de dos filos, que aniquila á los enemigos, y, levantándose sobre los abismos de la ciencia, los ilumina como una espada de fuego; necesitaria conocer las leyes de la filosofía y de la historia como el señor Suarez, que parece haber conversado con los sábios de todas las edades, segun la profundidad de sus pensamientos; necesitaria esa facultad que tiene el señor Moraita de hacer visibles, claras, palpables, las ideas más abstractas; facultad propia de las inteligencias brillantes y límpidas; necesitaria conocer el desarrollo de la idea del derecho en el espíritu por medio de la filosofía, y en el espacio por medio de la historia; la idea del derecho, que es la más alta y elevada de la ciencia moderna, como el señor Alzugaray, que ha consagrado á esa idea un talento sin sombras y una vida sin mancha; ne-

cesitaria ese inmenso, ese profundo espíritu del señor Canalejas, espíritu filosófico, que enlaza y sistematiza las ideas como la atraccion enlaza los astros; y con todas estas cualidades, tan várias, tan brillantes y multiformes, que no puede reunir un sólo hombre, que acaso no reuna toda una generacion, pronunciaria un discurso que fuera como la centelleante corona de esta magnífica obra. (*Aplausos*)

Señores: El problema del socialismo que habeis dilucidado, es el problema sin duda más grave de los tiempos modernos; es el problema de la ciencia, es la esfinge que Dios ha levantado al frente de la civilizacion, y que espera todavía la palabra que ha de descifrar sus enigmas. Yo, señores, creo que por el carácter particular del siglo diez y nueve, el problema del socialismo no será resuelto por la inteligencia de un sólo hombre, sinó por el concurso de todas las inteligencias. Pasaron para no volver aquellos tiempos, en que un hombre resumia todo un siglo, personificaba una idea, condensaba una civilizacion, como Buda representó la trasformacion de la India, y Zoroastro la teología y el gobieruo de la Persia, y Moisés el tránsito del pueblo hebreo del estado nómade al estado civil, y Sócrates un cambio radical en

toda la direccion de la vida y de la ciencia, y Alejandro la muerte de la Pitonisa de las naciones, que lega su alma al Oriente, y César el problema social de Roma, y Ciceron la incertidumbre de la filosofía de su siglo, y Constantino el mundo pagano convertido á la nueva fé, y Juliano el gnosticismo griego, y Atila y Alarico la condensacion de la barbarie, y San Isidro las pavesas que la ciencia antigua y de la civilizacion clásica quedan en Europa despues de las irrupciones de los bárbaros, y Santo Tomás, el Dante, Alfonso X, el arte, la ciencia y el derecho en la Edad media, y Lutero el siglo décimo-sesto, y Voltaire el siglo décimo-octavo; grandes y absorbentes personalidades, que se alzan en los desiertos de la historia como esos inmensos colosos medio cubiertos de arena que el viajero encuentra en las soledades del Asia y del Africa, y que testifican los vestigios de civilizaciones borradas por el constante soplo de los siglos. (*Aplausos.*) Pero nuestra edad, señores, nuestra edad es esencialmente niveladora, y por el influjo de la imprenta diaria, esta gran institucion que extiende y populariza la ciencia, por las asambleas políticas que han mostrado á los ojos más vulgares los secretos guardados ántes en las academias; en las universidades y

en las bibliotecas; por la consideracion igual que van adquiriendo todas las clases; por las dilatadas esferas que la libertad ha abierto al pensamiento; por la virtud de estas discusiones en que los espíritus se chocan y despiden toda su luz para que no quede ningun secreto, ningun misterio en el fondo de la conciencia humana; por los maravillosos descubrimientos de las ciencias exactas, que han puesto en nuestras manos el vapor, la electricidad, y han rendido á nuestras plantas la ántes indómita y rebelde naturaleza; por todas estas leyes de nuestra vida, que nadie puede ni olvidar ni desconocer, se igualan los derechos, se nivelan las inteligencias; y ya no hay hombres que representen un siglo, ya no hay monarcas intelectuales, ya no hay aristocracias científicas; pero hay lo que es más, lo que vale más que todo eso, hay la contínua comunion de la ciencia en todas las almas, el eterno descendimiento del espíritu de la verdad sobre la frente de todos los hombres. (*Estrepitosos aplausos.*) No espereis, que el problema social sea resuelto por ningun teólogo, por ningun filósofo, no; el problema social será resuelto por todos los hijos del siglo décimo-nono. Esta es la importancia de la discusion que ocupa hoy la mente del Ateneo.

Vuestro tema ha consistido en averiguar si las escuelas socialistas son síntomas de progreso, ó si lo son de decadencia. Yo creo que todos los que han hablado, ó casi todos los que han hablado en esta discusion, han convenido en que, léjos de ser el socialismo un síntoma de decadencia, es una señal de progreso. En efecto, señores, no mueren las sociedades que se agitan y piensan mucho; no mueren las sociedades que se lanzan en pos de un ideal, por quimérico que parezca; no mueren las sociedades que hieren con su trabajo la tierra, y con sus clamores el cielo, para encontrar nuevas fuentes de vida; no, señores; las sociedades que mueren y desaparecen son las que se entregan á estúpido fatalismo, las que no piensan ni sienten, las que se dejan caer en la indolencia, las que como cuerpos muertos interponen obstáculos insuperables en la carrera del progreso; las sociedades sobrecogidas por la atonía, como le sucedió al imperio griego en su última hora, como le sucedia al inmenso imperio español en tiempo de Cárlos II. Y esto es tan cierto, señores, que los períodos sofísticos, en que abundan las escuelas quiméricas, vienen á preceder siempre á las grandes verdades religiosas, filosóficas, políticas y sociales.

El espíritu humano no es absoluto, no es infinito, y para encontrar la verdad necesita trabajar, porque la verdad es el premio del trabajo. Así, ántes de hallar la idea, que es el objeto de su actividad, el fin de su movimiento, cae, se levanta, toma sendas tortuosas, se pierde, se oculta en las ondas de los hechos más contradictorios, se desalienta, agota su ideas, sus esencia, como el labrador empapa con su sudor la tierra para que brote la semilla, y el industrial descompone mil cuerpos y agita sus fuerzas para formar una nueva máquina y encontrar en ella una nueva fuerza. (*Bien, bien.*)

Señores: Si dudais de esto, poned conmigo los ojos en las épocas más grandes y más trascendentales de la historia universal, en esas épocas que señalan un cambio total en el espíritu de la humanidad.

El más gran movimiento filosófico de la historia, es el que personifica Sócrates; y el más gran movimiento religioso, el que inicia Jesucristo; y el más gran movimiento teológico, el que concluye con el concilio de Nicea; y el más gran movimiento científico, el renacimiento; y el más gran movimiento político, la revolucion francesa. Pues bien: á todos estos movimientos

han precedido grandes escuelas sofísticas, grandes escuelas utópicas.

La escuela sofística griega, señores, disolviendo todo lo que habia de objetivo en la sociedad, las verdades más universales, los principios más admitidos, las costumbres más arraigadas, negando las cosas y los séres en sí, haciendo del hombre el número y la medida de toda el universo, presentando las contradicciones de la percepcion sensible y la impotencia absoluta de los sentidos para llegar á la verdad, refiriendo todas las cosas al subjeto y todas las ideas á la opinion particular del individuo, envolviendo en el polvo de las ruinas por ellas hacinadas todos los antiguos ídolos, negando con su fina crítica todos los anteriores sistemas, disolviendo hasta el mundo material, preparan aquel instante en que el espíritu se siente á sí mismo, se aparta de todo lo que es ageno á su naturaleza, se conoce como sér en sí independiente del mundo, superior al mundo, centro de la vida, base de la ciencia; instante que personifica admirablemente Sócrates, el cual, despues que predica la verdad y la justicia, y levanta la razon sobre todos los dioses, y la conciencia sobre todos los oráculos, cuando el génio de lo pasado, que se siente herido y lo

quiere aniquilar, reclina blandamente la cabeza en el seno de la muerte como en cariñoso maternal regazo, seguro de que vá á dejar en los que han de sucederle, además del conocimiento de sí, con su doctrina y con su ejemplo la esencia más pura de su vida y de su alma. Y lo que sucede en el más gran período filosófico, sucede en el más gran período religioso. Al mismo tiempo que aparece Jesús, poco ántes de aparecer en la tierra aparecen sectas que intentan despertar el amor al prójimo en el corazon de los pueblos orientales, matar el egoismo de la raza semítica, abrir nuevas fuentes de consuelo á la humanidad en su conciencia, santificar el dolor y la miseria, caminar por la vida como por un sendero de espinas, allegar sus discípulos entre los más humildes y los más pobres; y si bien, apartándose del sentido social y áun religioso de los hebreos, perdiéndose en el seno de los áridos desiertos, al buscar un nuevo Dios en la conciencia humana encuentran los errores de los seleúcidas, de los alejandrinos y de los gnósticos, preparan, sin embargo, con el aroma de las esperanzas mesiánicas, al corazon á recibir el consolador bálsamo de la verdad religiosa.

Y lo que sucede en el más gran período reli-

gioso, sucede en el más gran período teológico. Las escuelas gnósticas, mezclando todos los cultos, confundiendo todas las ideas, el Dios de Platon con el panteismo materialista de la India; la kábala judía con el espíritu divino del Evangelio; las armonías pitagóricas de los mundos y las esferas con la sublime unidad del Dios bíblico, que se levanta sobre las esferas y los mundos: las mil formas ligeras, graciosas, que como trasparentes gasas revisten los dioses paganos en la superficie de la naturaleza, con la encarnacion del espíritu divino en el Verbo; las balbucientes palabras que desde sus trípodes pronunciaban los oráculos moribundos, con las verdades más claras y matemáticas de los estóicos; el ascetismo oriental, rígido y severo, que se esconde en el fondo de las cavernas, que toma por compañeros los brutos del desierto, que se macera y se martiriza, con el epicureismo griego, coronado de verbena, centelleante de alegría, tendido en lecho de rosas, rebosando de su copa de oro aromático vino y de su corazon el placer; el dios-naturaleza con el dios-espíritu, Grecia con Roma, Roma con Alejandría, Alejandría con el cristianismo, el cristianismo con todos sus propios delirios é ilusiones, mezclándolo, confundién-

dolo todo, levantan á los ojos de la teología pavorosos problemas que la teología resuelve, y preparan aquel sublime instante de la historia, en que los mártires de la nueva religion, los perseguidos por todos los poderes, los atenaceados en todos los tormentos, se reunen triunfantes en un rincon de la tierra; y ántes que el Capitolio, que ya cruje, se desplome, ántes que los bárbaros, que ya ahullan, atraviesen el Rhin y el Danubio con sus teas encendidas en la mano *(Bien, bien)*, escriben el dogma de la nueva edad, el símbolo de la fé, que han de repetir todas las generaciones, que ha de resonar eternamente bajo las bóvedas de nuestras iglesias, que se ha de extender hasta los últimos horizontes del tiempo, hasta los últimos linderos del espacio. *(Aplausos.)*

Señores: Y lo que sucede en el más grande período teológico, sucede tambien en el más grande período científico. El espíritu humano, al rayar el renacimiento, anda errante, cayendo y levantándose, tomado de una embriaguez *divina* que decian los antiguos; y como fuerzas contrarias le solicitan, ora cae en la duda, ese sarcasmo del alma; ora se levanta al cielo en alas del misticismo; señores, del misticismo, que es la evaporacion de nuestro espíritu; ora

se hunde en el fondo de la naturaleza como piedra arrojada al seno de los mares; ora llevado de un sentido aventurero y romántico recorre todas las esferas en pos de un motivo de lucha y de combate; y siempre en la incertidumbre, siempre en la indecision, ya se abraza al pié del Crucifijo y permanece allí inmóvil como austero cenobita; ya se sorprende y se deslumbra al ver la estátua clásica medio desenterrada del polvo con el cántico de los antiguos poetas en los lábios, y toma por su única divinidad tanta hermosura; ya explica en los jardines de Florencia, al dulce murmullo del Arno, la doctrina que el más sublime de los filósofos antiguos explicaba absorto bajo el plátano del Pireo; ya vuelve los ojos al Aristóteles descubierto por los árabes y santificado por los doctores de las escuelas; y esta crísis extraordinaria, en que la ciencia es como una galería de espectros iluminada por fuegos fátuos, y el universo como un inmenso laboratorio de alquimia, en que todas las sustancias hierven y se evaporan, y se volatilizan (*Bien, bien*), anuncia, ¿qué digo anuncia? engendra aquella edad venturosa, verdadero Thabor del espíritu humano, en que el hombre desentraña los secretos de la naturaleza, oye el movimiento de la

tierra, mide con el péndulo en la mano el camino que nuestro planeta lleva en su carrera triunfal por los infinitos espacios (*Bien, bien*), descubre nuevos mundos ocultos en el seno del Atlánlico, necesarios para la renovacion de la vida en este instante de la renovacion del espíritu, y aplicando la imprenta al pensamiento, lo eterniza y lo extiende sobre todas las frentes, y aplicando la brújula á la navegacion, domeña los mares, y aplicando el telescopio á las estrellas, lee sus ántes indescifrables enigmas, y aplicando la pólvora á la guerra, taladra con la bala del pechero la coraza feudal, y aplicando las matemáticas á la táctica, pone en vergonzosa fuga los ejércitos señoriales, y aplicando por último, la libertad al espíritu, lo levanta, lo trasforma, lo engrandece y lo prepara para recibir en su seno la santa idea del derecho, que vá á ser como el eje de toda la historia futura, como el resúmen de toda la ciencia. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Y, señores, lo que sucede en el más gran período científico, sucede en el más gran período político. Aquellos filósofos ligeros, excepticos, que se burlaban de Dios y de sus manifestaciones en el tiempo; que creian mentira toda religion, engaño toda fé, que menospreciaban

los sacrificios más nobles de la naturaleza humana, la muerte gloriosísima de Juana de Arco, el martirio de los primeros héroes del cristianismo; que tenian en poco lo que más debian apreciar, los descubrimientos de la química y de la geología, y hasta los progresos de la idea del derecho en su tiempo; aquellos filósofos, siempre con la sonrisa del desprecio en los lábios y la duda en la mente, engendran una edad de grandes sacrificios, de heroismo, de fé grandiosa, que rayaba en fanática, aquella edad, en que cae para siempre en el polvo el derecho divino de los reyes y se levanta el derecho humano de los pueblos. (*Aplausos.*)

Pues bien, señores; así como el más gran período filosófico de la historia está precedido por los sofistas, y el más gran período religioso por los esenios y terapeutas, y el más gran período teológico por los gnósticos, y el más gran período científico por los iluminados y los alquimistas, y el más gran período político por los enciclopedistas; el más gran período social; el que ha de resolver todos los problemas económicos; el que ha de grabar indeleblemente la idea del derecho en la conciencia humana; el que ha de convertir el antiguo Estado, aquel mónstruo que vivia de la vida de todos los

hombres, en una institucion destinada á realizar la justicia; el que ha de resolver la antigua contradiccion entre el individuo y la sociedad en una armonía viva; el que ha de acabar la guerra de las clases en una paz perpétua; el que ha de encerrar cada indivíduo en su derecho y cada nacion en sus límites; el movimiento que ha de obrar estas maravillas, se encuentra precedido por las escuelas socialistas, que si bien erróneas, son un esfuerzo, un trabajo para llegar á la verdad, y el esfuerzo del hombre nunca queda sin resultado, y el trabajo del hombre nunca queda sin premio.

Y si no, señores, mirad el largo camino de las ideas socialistas, y vereis cómo apartadas en un principio de todo ideal humano, van poco á poco, por su esfuerzo propio, por su natural desarròllo, acercándose á los eternos principios en que descansan las sociedades. La primer manifestacion del socíalismo en nuestro tiempo ha sido una teología. Comienza por donde han comenzado todas las ideas nacientes, por envolverse en el misterio, por ocultarse entre los resplandores del cielo. Una revelacion era su esencia; una iglesia su forma; la gerarquía su organismo; la teocracia su gobierno; la casta su principio social; la comu-

nidad de las fuerzas, del trabajo y del producto, su principio económico; la sujecion de todas á la sociedad y de la sociedad á Dios, su principio político; organizacion, señores, que si bien se decia ideada y convertida al bien de los menores, de los infelices, de los proletarios, resucitaba aquellos antiguos imperios asiáticos en que la religion, descendiendo de la conciencia al gobierno práctico de los pueblos, señalaba á cada indivíduo su trabajo y á cada trabajo su premio, y revindicando para sí todos los derechos y todas las propiedades y todas las fuerzas, ataba á unos á los piés de los altares, á otros á sus instrumentos de labranza, á otros á la cola de sus caballos de guerra, y quitaba al hombre la libertad, único elemento que conserva y purifica y engrandece la vida, como los vientos agitando y revolviendo las olas conservan pura el agua de los mares, que de otra suerte se corromperian y corromperian todo el universo. (*Grandes aplausos.*)

El socialismo tomó una tendencia más positiva y más práctica, como toda idea que crece y se desarrolla; de una teología, pasó á ser una cosmología. Nada más armonioso á primera vista que esta reforma, que así tocaba al mundo materíal como al espíritu. Dios reparte

su sér al mundo, renovándolo con una nueva esencia; los astros se aumentan como un nuevo florecimiento de los cielos, como una renovacion de la vida universal; la tierra se engalana y ciñe á sus sienes diademas de aureolas boreales, signos de su maravillosa trasformacion; la luna, ese astro muerto, resucita al beso del amor, y levantándose en el éter, y tomando más hermosos matices, inunda de una luz indefinible y pura á su eterna amiga la tierra; los desiertos se tornan florestas, los embravecidos mares, serenos lagos; las polares nieves se funden y se evaporan como una gota de rocío; las fieras doblan su cerviz y corren á lamer los piés de su dueño, el hombre, y huyen del globo que no puede abrigar el ódio y la guerra; y, por último, el hombre, habiendo encontrado en el trabajo la ley del amor, que es la ley de su naturaleza, vive vida placentera en comunion con toda la humanidad, y si muere, muere para despertar en otro astro más luminoso, en otro planeta más florido, hasta que, merced á esta contínua perfeccion de sí mismo, llega á convertirse en el aroma en que se perfuman todos los séres, en el éter en que se bañan todos los mundos, en la impalpable esencia de que se alimenta todo el universo.

El primer instante del socialismo fué una teología, y el segundo una cosmología, y el tercero fué ya más humano, más positivo, fué una psicología. No se invocó á Dios para reformar el mundo, no se estudió la naturaleza para trasformar al hombre; el socialismo descendió al estudio del alma. La nueva escuela examinaba la raiz de la vida, y allí encontraba la raiz de nuestras desgracias y el fondo de las grandes injusticias sociales. Se habia dicho que el hombre es libre, se le habia exigido la responsabilidad moral y material de sus acciones, y segun estas escuelas, el mal estaba en la responsabilidad humana, porque el hombre es hijo infeliz de la naturaleza, su siervo, y á cada instante siente el mundo exterior sobre sí, que le aplasta como el tardo paso del elefante aplasta el insecto y lo reduce á polvo. Sólo la virtud puede hacer feliz al hombre; pero la virtud no se consigue sin la educacion, y la educacion es hija de la sociedad. Para vivificar al hombre, es necesario matar su responsabilidad, segun esta escuela. De aquí se concluia, por una lógica inflexible, como un corolario supremo, que era necesario modificar la educacion para reformar al hombre, y tratar al bueno como á un sano, y al perverso como

á un enfermo. Para el bueno, el trabajo igual, la recompensa igual, y para el perverso una enfermería, un hospital del alma. El socialismo cada dia se iba haciendo más positivo, más práctico, y descendia de su nube á la tierra.

Así como en su primer manifestacion habia sido el socialismo una teología y en su segunda manifestacion una cosmología y en su tercera manifestacion una psicología, en su siguiente trasformacion fué una ciencia económica, una economía política. Entonces el socialismo se limitó á tratar los grandes problemas económicos de la distribucion de la riqueza, del crédito gratuito, de la organizacion del trabajo, de la armonía entre el capital y la produccion, de todo aquello que podia mejorar la vida material y la condicion de las clases pobres; de suerte que cada dia el socialismo iba descendiendo más y más, y armonizándose con la tendencia práctica y positiva del siglo, y entrando en la corriente de los hechos sociales, y levantándose á ser una escuela política.

Al llegar á este instante supremo, el problema del socialismo tomó un aspecto que nosotros no podemos apreciar aún, que apreciarán mejor los venideros. Apareció un hombre cuyo génio es como un enigma pavoroso, un

hombre que no podemos comprender, que comprenderán las generaciones futuras, destinadas á conocer el espíritu de los siglos que han pasado, mejor que las generaciones que en ellos viven. Este hombre es tal, que unas veces semeja el ángel del Señor, que viene con su clarin á anunciar el juicio final de esta sociedad, y otras veces el mónstruo de la Apocalípsis, que tiñe con su sangre todos los mares de la vida. Este hombre, educado en el dolor y en el trabajo; oyendo siempre los lamentos del pueblo, cúya es su alma por su educacion y por su cuna; conmovido con el espectáculo de esas revoluciones que pasan por el espacio, como el viento por las arenas del desierto; siguiendo todas las evoluciones del pensamiento moderno y condensándolas en su gigante alma; armado de una lógica tan grave y demoledora como la maza de Hércules; artista maravilloso por su estilo, que así se levanta á la majestad de Bossuet, á la ternura de Rousseau y á la poesía de Lamartine, como desciende á las burlas de Montaigne, á los equívocos de Rabelais, y á los ahullidos de Baboef; filósofo que condensa todas las sombras y todos los rayos rotos de luz de todas las escuelas; hombre positivo, que sólo se cree

hijo de la tierra, y que no quiere oir hablar ni de Dios ni del cielo, porque el instante que consagra á pensar en lo que hay más allá de la muerte no le robe el tiempo que necesita para trasformar lo que hay más acá de la tumba; sombra gigantesca, que penetra en el templo de todas las ideas divinas y humanas, y á todas las juzga en el tribunal de su conciencia, y todas las pesa en la balanza de su juicio, y á pesar de que condena todas las religiones y todas las escuelas, el catolicismo porque lo cree teocrático y feudal, el panteismo por absorbente y sofocante, el idealismo por vago y soñador, el misticismo por fantástico, el sensualismo, por brutal, el protestantismo por aristocrático, la monarquía absoluta por tiránica, la escuela doctrinaria por inmoral, la escuela democrática por inocente y platónica; á pesar de que arroja tantos penates, tantos altares, tantas reliquias queridas y adoradas en las corrientes de la idea del movimiento de Heráclito, reproducida por la extrema izquierda hegeliana, trasformacion de un pensamiento capital del gran maestro; á pesar de que quiere amontonar tantas antiguas ruinas en el espacio y grabar tantas afirmaciones nuevas en la conciencia, la única ruina que hay verdadera-

mente á sus plantas, es la ruina de las antiguas escuelas socialistas, como la única afirmacion que se levanta, cual una corona de luz sobre su frente cubierta de espesísimas tinieblas, es la afirmacion de la libertad y de la responsabilidad del hombre. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*) Señores, así como el socialismo en su primer momento fué una teología, y en su segundo momento una cosmología, y en su tercer momento una psicología, y en su cuarto momento una economía política, en su última evolucion comprendió que las organizaciones de las antiguas escuelas nada resolverian y que el problema pavorosamente planteado en el espacio, sólo podrá resolverse algun dia por la libertad, por el derecho. Así es, señores, que bien podemos decir que las antiguas escuelas socialistas se han disuelto, se han descompuesto á sí mismas, convencidas por un procedimiento racional y lógico de que sus problemas sólo pueden resolverse por la libertad.

Señores: Estudiada la descomposicion del socialismo, vamos á investigar la causa de este fenómeno social, de este gran fenómeno histórico. El Sr. Moreno Nieto, con ese profundo talento filosófico que tanto le distingue y

enaltece á mis ojos, ha dicho que el orígen del socialismo está en la tendencia que tiene el hombre á la unidad, como el orígen del panteismo en la tendencia que tiene la razon á lo absoluto. El Sr. Suarez lo ha considerado como un fenómeno, que se reproduce constantemente en todas las grandes épocas históricas. Los Sres. Echegaray, Rodriguez y Sanromá, especíalmente este último, con esa elocuencia distinguidísima que á todos nos ha conmovido tan profundamente, creen, siguiendo la escuela á que con tanta gloria pertenecen, que el socialismo es un resto del monopolio histórico, sostenido y conservado en pró de las clases inferiores, anteponiendo el criterio de utilidad al criterio de justicia. El Sr. Maldonado Macanaz ha creido ver el orígen del socialismo en el contrato social de Rousseau. Y el Sr. Moret, resumiendo en una sola palabra su pensamiento, ha dicho: *lo pasado es el socialismo, lo porvenir es la libertad, lo porvenir es la economía política.* Yo voy á decir mi opinion. Para esto necesito evocar dos épocas históricas: el imperio romano y la reforma religiosa; épocas capitales en la historía universal. ¿Habeis pensado alguna vez en el nacimiento del imperio? El pueblo romano estaba encorvado bajo el peso de la

esclavitud, y si bien se sentia siervo, se conocia libre; con su mano cargada de cadenas escribe un pacto con sus señores, y no contento con un pacto, quiere forjar en el yunque de la revolucion un escudo y nace el tribunado; y no contento con el tribunado pide una ley suya, y surge á sus plantas el código de las Doce Tablas; y no contento con una ley, quiere saber el orígen del derecho, y los velos sagrados se rasgan para revelar las fórmulas de jurisprudencia, y el antiguo derecho ciclópeo habla á los ciudadanos desde el fondo de sus oscuros geroglíficos etruscos; y no contento con saber el orígen del derecho, quiere una familia, un hogar, y la ley sella con un sello sagrado su casa como si fuera un santuario, y la matrona romana cae en sus brazos, llamando á su antiguo cliente, á su esclavo, esposo y padre de sus hijos; y no contento con un hogar, con una familia, quiere ser censor y es censor, quiere ser capitan y las legiones le llaman *imperator*; quiere calentar sus frias manos en el fuego sagrado, quiere besar con sus impuros lábios el ara de sus antiguos dioses, y la aristocracia le ciñe la toga de los pontífices; y no contento con ser censor, *imperator* y pontífice, quiere ser causa, orígen de la ley, y se abren de

par en par las puertas del campo de Marte y entra triunfante en los comicios por tríbus (*Bien bien*); pero ¡qué amarga decepcion, qué cruel desengaño! Para ejercer el derecho, para ser soberano, para legislar, se encontró con que no bastaba ni su razon, ni sus tradiciones; que necesitaba oro, mucho oro; y del fondo de aquella injusticia nació lo que nace del fondo de todas las injusticias; una protexta; y aquella protexta que representan los Gracos, á pesar de su justicia y de su amor á la humanidad, la aristocracia la ahoga en sangre y se levanta Marío á salvar de la cuestion social la república, como habia salvado á Roma de los cimbrios y los teutones, y la aristocracia arroja á Mario á las ruinas de Cartago, solitario, desnudo y hambriento; y se levantan Saturnino y Druso, y la aristocracia apedrea á Druso y Saturnino; y se levanta la última transaccion posible entre la república y la cuestion social, Catilina, y la aristocracia le persigue, le calumnia, le aniquila en los campos de batalla; y entonces, cuando en el movible mar de los acontecimientos aparece el hombre de la Providencia, el hombre del castigo, el hombre del génio, César, el pueblo que adivina su destino en la frente de sus predes-

tinados y de sus elegidos, le entrega su libertad, sus derechos, en cambio de oro y de venganza; y nace aquella dictadura horrible que por espacio de cinco siglos estuvo machacando las generaciones de la nobleza sobre los campos amasados con las lágrimas y la sangre del pueblo... (*Grandes y unánimes aplausos interrumpen por algun tiempo al orador.*)

Señores: Si no me hubiérais interrumpido, hubiera completado mi pensamiento, diciendo que nunca queda en la historia sin un gran castigo una gran injusticia. (*Bien bien.*)

Señores: Y lo mismo sucedió en Alemania con la revolucion religiosa; Lutero emitió un pensamiento, que yo no puedo, que yo no debo juzgar en este sitio. Y como la historia está regida por la lógica, cual le sucede al espíritu y á la mente, no se sienta ninguna premisa sin que de ella se deduzca inmediatamente una consecuencia. Y aunque se crea una lógica íntima y propia sólo de nuestra naturaleza espiritual, es tan objetiva, tan incontrastable como la ley de gravedad en los cuerpos, como la ley de atraccion en las esferas, y por consiguiente, siempre que se arroja una idea, deben medirse todas las conclusiones que esa idea encierra, que esa idea contiene,

en la seguridad de que ningun esfuerzo humano puede contrastar la inflexibilidad de la lógica. Así que Lutero arrojó su principio, inmediatamente las clases inferiores dedujeron todas las ideas contenidas en su doctrina. Lutero entonces se puso de parte de los reyes y de los nobles, contra el pueblo, que pedia su libertad. Y de aquí nació aquella terrible tragedia social, escrita con sangre en una ciudad célebre por un profeta, célebre tambien por sus errores y por sus desgracias.

Pues bien, señores; de las mismas ideas y de los mismos hechos se deducen siempre conclusiones idénticas, conclusiones armónicas. Miremos ahora con igual imparcialidad un dia no ménos trascendental en la vida de la humanidad; el dia en que se organizó la revolucion francesa, el dia en que pasó de su período demoledor á su período dogmático y de armonía. Juzguemos este hecho en Francia, porque en Francia nace el socialismo. La revolucion se habia consumado; el feudalismo se habia hundido en el polvo; los reyes absolutos habian dejado sus coronas de derecho divino en los campos de batalla, arrancadas de sus sienes por el viento que al agitarse levantaba las banderas del pueblo (*Aplausos*); las ho-

gueras de la Inquisicion se habian extinguido; las cadenas de los siervos se habian roto; las aristocracias antiguas se habian desplomado con estrépito; el trabajo habia dejado de ser un signo de envilecimiento; el derecho habia sido escrito con caractéres de fuego en la conciencia humana; la propiedad, redimida del censo y de la tasa; la libertad declarada universal; la igualdad consagrada al par de la libertad: y cuando el pueblo, que habia derramado su sangre en los campos de batalla; el pueblo, que habia dado la vida de sus hijos para escribir la iliada de la revolucion, fué á pedir la libertad de su razon, de su voluntad, su derecho, en una palabra, vió que para alcanzar ese derecho que se habia creido esencia de su sér, ingénito á su naturaleza, atributo natural de su vida, le decian: «si quieres tu derecho, cómpralo;» y entonces nació de esta injusticia la protexta del socialismo, que espantó á la clase media francesa, y puso terror en su corazon, y fué como el espectro de su conciencia y la negra sombra de su vida, porque el socialismo era la consecuencia de sus ideas, el socialismo el castigo de sus crímenes. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Pero, señores, por el desenvolvimiento natu-

ral de esta discusion, se ha llegado, despues de examinar su orígen, á esta pregunta: ¿en el fondo del socialismo hay algo aprovechable? El Sr. Moreno Nieto decia que el socialismo habia traido la ventaja de llamar la atencion hácia el problema del pauperismo. El señor Mata decia que el socialismo es útil como una crítica de la sociedad y de las ideas económicas reinantes, como un quejido lanzado por la sociedad en el lecho de sus dolores. Yo voy á llamar la atencion hácia otro linaje de consideraciones. Señores, el socialismo, entendiendo por socialismo la absorcion de nuestra personalidad en el Estado, tendrá siempre cierto encanto á los ojos de la raza latina, por su tendencia á la unidad, que está en el fondo de la civilizacion, en el seno de nuestro espíritu. Tres grandes ideas muestran y señalan toda la vida de la raza latina, y estas tres ideas tienden á la unidad humanitaria. Esta raza ha tenido su manifestacion histórico-social en el imperio romano; su manifestacion religiosa en el catolicismo; su manifestacion política en la revolucion francesa. Pues bien; el imperio romano tendió á dar á la humanidad un sólo cuerpo, y el catolicismo una sola conciencia, y la revolucion francesa un sólo derecho. (*Bien, bien.*)

Tres grandes ideas muestran y señalan la vida de la raza germánica, y estas tres ideas han tendido siempre al individualismo. La raza germana y anglo-sajona han tenido su manifestacion histórico-social en el feudalismo; su manifestacion religiosa en el protestantismo; su manífestacion política en la revolucion de Inglaterra. El feudalismo aislaba al hombre en su castillo, al revés del imperio romano, que disolvia al hombre en la sociedad; el protestantismo aislaba la conciencia en sí misma, al revés del catolicismo que depositaba la conciencia en la Iglesia; y la revolucion de Inglaterra se quedó aislada en una sola nacion y en una clase, y al revés de la revolucion francesa, que llevó su espíritu á todos los pueblos y derramó su fuego en todo el Continente. (*Bien, bien.*) ¿Pero la raza del Norte no puede ser humanitaria? Sí, señores, ahí están los Estados-Unidos, que se acercan, aunque imperfectamente, á esa idea. ¿Y la raza latina no puede ser individualista? Ahí la raza española de América, nuestra hermana, que en el suelo volcanizado de América escribe los eternos principios del derecho.

Y sin embargo, la lucha de las razas es evidente, es indudable. Así como en el mundo

antiguo hubo aquella sangrienta lucha entre la raza semítica y la raza indo-europea, que cubrió de sangre los mares y las campiñas; así en el mundo moderno hay una lucha constante, perpétua, entre la raza latina y la raza germánica. Si lo dudais, poner los ojos en las orillas del Adigio y del Tessino. (*Sensacion.*) Y esta antinomía; esta contradiccion, ¿es insoluble? No, mil veces no. La eterna contradiccion del mundo antiguo se resolvió en una síntesis suprema, que se llamaba Roma. Lo mismo sucederá en los tiempos modernos. Para llegar á una armonía entre la raza latina y la raza germánica, ¿qué se necesita? Que la raza germánica y anglo-sajona admita en su idea de libertad la idea de igualdad, trabajo titánico que hoy está verificando Inglaterra con su reforma electoral, y al mismo tiempo que la raza latina anime su idea de igualdad con la idea de la libertad, trabajo que están hoy haciendo la mayoría de las naciones latinas de uno y otro continente. Y aún se necesita más; se necesita que la idea del derecho, se extienda á todas las manifestaciones de la vida. Nosotros hemos tenido libre la voluntad, pero esclavo el pensamiento. La raza germana ha tenido, especialmente en Alemania, libre

el pensamiento, pero esclava la voluntad. Este antagonismo, pues, no se resolverá, sinó extendiendo la libertad y el derecho á todas las esferas de la vida, y á todas las manifestaciones del espíritu. Pronunciemos, pues, una palabra, que resuelve todas las contradicciones, todos los antagonismos; pronunciemos la palabra «derecho.» El derecho es individual, porque quiere que sea libre la voluntad, libre el pensamiento, libre el trabajo, libre el crédito, libre la enseñanza; pero el derecho es humanitario, general, porque quiere la libertad de todos los hombres, la autonomía de todas las nacionalidades, la confederacion, primero por razas, despues por continentes, el cosmopolitismo económico, la libertad de comercio, que ha de destruir las fronteras, que ha de volver el equilibrio entre la produccion y el trabajo, que ha de destruir el egoismo de las razas, que ha de fundir todo el género humano, auxiliada por la electricidad, por el vapor y la imprenta, para que se cumpla el bien de la humanidad en toda su grandeza, y se realice en toda su plenitud la santa idea de justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Despues de examinado el socialismo en todas sus fases, habeis venido á tratar de las soluciones políticas. Cuatro gran-

des escuelas hemos visto aparecer aquí, representadas todas por ilustres campeones; la escuela antigua, que en su sentido trascendental y religioso ha sido sostenida por el señor Alcalá Galiano, y en su sentido histórico por el Sr. Malo; la escuela filosófico-histórica, sostenida por los señores Moron, Capalleja, Moreno Nieto; la nueva escuela, sí, la escuela que llamaré moderna, en contraposicion al absolutismo, cuya negacion radical es dividida en tres grandes fases: la fase económica, representada por los señores Bona, Sanromá, Echegaray, Rodriguez, Moret; la fase filosófica, representada por los señores Suarez y Moraita, y la fase política, que sin excluir la económica y la filosófica, representan más pronunciadamente los señores Alzugaray y Canalejas. Trataré brevísimamente de esta cuestion.

Señores: La escuela monárquica antigua ha expuesto sus doctrinas de esta ó parecida manera. La razon del hombre es débil, y necesita de un auxiliar superior que le sostenga, y este auxiliar es la Iglesia, que tiene solucion para todos los problemas; que resuelve el problema filosófico por medio de la fé, y el problema político por medio del derecho que del cielo

han recibido todas las potestades terrestres, por el derecho divino, y el problema económico por medio de la tasa del interés del dinero, que mata la usura, y el problema social, predicando la caridad á los ricos y la resignacion á los pobres, enseñando á los ricos á ser misericordiosos y á los pobres á ser sufridos y pacientes. Y despues de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en un discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedia con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sábios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Brocense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de las *Querellas*, del *Laberinto*, del *Quijote*; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderon; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velazquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el concilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrian en Asia Filipinas, encontraban una nueva creacion, premio de su

arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribian con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimian contra su corazon á Nápoles, á Palermo, á Milan, y sostenian en el monte Tauro, en el Eta, en el Bósforo con sus robustos brazos el vacilante imperio bizantino, y cubrian con sus banderas sin rival, el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto, y vencian á Francia, y amenazaban á Inglaterra, y dominaban á Flandes, y extendian sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de África y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una alfombra arrojada á nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que

use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy á decir muy pocas palabras. Vuestro sentido religioso, al confundir la religion con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es sólo la fé, puede aniquilar la ciencia, que necesita tambien de la razon; vuestro criterio político, si es el derecho divino, anula al hombre, porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solucion económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad, de que os declarais defensores; vuestra solucion social, si es la solucion del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho á la asistencia; pero será el derecho á la ociosidad, el derecho á la vagancia. (*Ruidosos aplausos interrumpen por algunos instantes al orador.*)

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles: vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortizacion, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia á provincia, de pueblo á pueblo, despues de ser la injusticia absoluta, es el

empobrecimiento universal. (*Grandes aplausos.*) Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes é Islolacio eran jefes de tribu, jefes de familia; y Sagunto, que protextó contra Annibal, y Numancia que protextó contra Escipion, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; y pobres campesinos aquellos astures que aterraban á Agrippa y á Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus cruces, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de enclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del pais; yo no veo el absolutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, é idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta Leon, porque lo que veo es un pue-

blo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trotones de batalla claros fueros á sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde Leon hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí, en el pecho; la semilla de nuestro jurado, la trasformacion del Concilio en Córtes, la idea feudal penetrando por el Pirineo con Sancho de Navarra, y extendiéndose invasora como toda idea hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no veo el absolutismo desde Toledo hasta las Navas, porque lo que veo es nuestra legislacion municipal florecer, nuestros ayuntamientos robustecerse, nuestras Córtes reunirse al pié de Cuenca, nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado, porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano, los jurisconsultos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de

los pueblos, el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es don Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial tambien bastarda, Juan I sellar nuestro movimiento político democrático, don Álvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida é impotente en don Enrique IV, la gran revolucion social concluida en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que conquistaron á Nápoles y Sicilia y sostuvieron á Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habian sido educados á la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todos habian visto nuestras Córtes, habian respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Córtes mudas, nuestros municipios destrozados, la amortizacion exten-

diéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta á pedir limosna; absolutismo extranjero, traido á este suelo por gente extraña, la misma que hoy atormenta á nuestra raza en Italia (*Profunda sensacion*); absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nacion se limpió cuando fué dueña de sí misma en 1812, y que si más tarde restauraron bayonetas extranjeras, fué para demostrar á todas las generaciones, para decir á todos los siglos siempre, que el absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra pátria. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores: Despues de haber examinado la escuela monárquica, debo examinar la escuela doctrinaria; pero voy á ser muy breve, porque ya estoy cansado de hablar, y la seccion debe estar cansada de escucharme. (*Muchas voces, ¡no, no!*) Señores, yo siento mucho que el tiempo no me permita extenderme, pero siento mucho más que no me lo permitan mis fuerzas. Estoy fatigado, y creo que el público lo estará tambien. (*¡No, no!*) De todos modos, doy gracias á los señores que me escuchan por su benevolencia; pero les ruego encarecidamente

que me dispensen si paso de muy ligero por todo lo que resta. Yo, señores, no podré ser muy fiel á definir la escuela doctrinaria, porque, francamente, no alcanzo bien á entender las armonías doctrinarias. (*Risas.*) El Sr. Moron nos decia que él no queria oir hablar de libertad absoluta, porque en el mundo todo es contingente y todo es práctico. Yo creo, señores, que en la conciencia toda idea es incondicional y absoluta; creo que las sensaciones y las nociones puedan ser relativas, fraccionarias; pero la idea es incondicional, ó no es idea. ¿Qué política es esa que no tiene ideas? ¡El señor Moreno Nieto! Han sido tan varias, tan ricas, tan profundas las ideas del Sr. Moreno Nieto, que no acertaré á compendiarlas, y anticipadamente le pido perdon por mi impericia. El Sr. Moreno Nieto queria que la filosofía moderna se reconcilie con el catolicismo, que éste se abra sus moldes para recibir las nuevas ideas, elaboradas por la conciencia, como las abrió para recibir á Aristóteles en la escolástica, á Platon en los jardines de Florencia, á Descartes en Bossuet y Malebranche. El señor Moreno Nieto dice que el criterio de libertad es tambien su criterio, mas no para hoy, para lo porvenir. El Sr. Moreno Nieto quiere que le

hablemos al pueblo de libertad, pero no de igualdad, porque teme que la igualdad sea como un incentivo á las pasiones del pueblo. El Sr. Moreno Nieto se aparta del pensamiento absoluto que nuestra escuela ha presentado como un ideal próximo á realizarse, y se abraza á esa escuela que sostiene que los principios se desarrollan por séries, á esa escuela que no quiere que se presente una nueva premisa hasta que se agoten las consecuencias de las premisas presentadas por las generaciones anteriores, porque un ideal absoluto arrojado de pronto á un pueblo, puede, segun el Sr. Moreno Nieto, romper toda la trama de la vida, enturbiar toda la corriente de los hechos. Yo, señores, siento no poder examinar esta escuela tan brillantemente presentada. Yo creo que su criterio, sin hacer más filósofos á los religiosos, ni más religiosos á los filósofos, puede dañar á la religion y á la ciencia; yo creo que esa libertad para lo porvenir, siempre esperada, nunca recibida, es como esos espejismos del África, que á lo léjos fingen rios y mares y lagos, y provocan la sed y la aumentan, y cuando llega el viajero, sólo encuentra las abrasadas arenas quemando sus lábios y acrecentando su martirio. (*Aplausos.*) Yo creo que

la libertad sin la igualdad no puede existir, porque esa libertad es una espada más larga en manos del fuerte, y un yugo más duro sobre la garganta del débil; yo creo que la desigualdad trae consigo un elemento exterior para valuar el derecho, y que este elemento ha de ser el censo, y el censo convierte los comicios en mercados. (*Bien, bien.*) Yo creo que esa doctrina hiere mi personalidad, porque si el Estado es mi pensamiento, si el Estado es mi voluntad, si el Estado es mi maestro, doy en el absolutismo, porque el Estado me roba mi alma. (*Aplausos.*)

Señores: La última fase de la discusion la han representado mis amigos, sí, amigos por el corazon, amigos por la comunidad de ideas. Mis amigos me dispensarán que no resuma sus ideas. El Sr. Rodriguez, el Sr. Echegaray, el señor Moret, el Sr. Bona, el Sr. Sanromá, han dicho nuestra idea económica; el Sr. Suarez y el Sr. Moraita, nuestra idea filosófica; el señor Alzugaray y el Sr. Canalejas, nuestra idea política. Nuestra religion es la religion cristiana, la religion de los desheredados, de los pobres, de los desvalidos; nuestra filosofía es la filosofía espiritualista, que empieza en Sócrates y concluye en Krausse, pasando por Des-

cartes y por Kant; nuestra idea fundamental es el derecho, sí, el derecho que traduce las leyes de la personalidad humana, las leyes de la conciencia á la sociedad y á la vida política; nuestro ideal es la libertad, sí, la libertad, esa palabra que han pronunciado todos los héroes, esa idea que han acariciado todos los sábios, ese sentimiento que han tenido todos los mártires; la libertad, esencia de nuestro sér, fuente de la vida; nuestra idea social es acabar con el antagonismo de las clases, y elevar á la libertad y á la vida política los últimos restos de la servidumbre, las últimas sombras de la casta; nuestra idea económica es la libertad del crédito, del trabajo, del comercio, de la industria; la expansion de todas las fuerzas humanas, y el ideal que entrevemos es la paz perfecta, los pueblos reconciliados, la justicia sonriendo como el sol en un cielo sin nubes, toda la tierra reconociendo por único Señor, como decia Jesucristo, á nuestro Padre que está en los cielos. (*Aplausos.*)

Señores, he concluido. Yo no querria que nos separáramos en distintas ideas, ó al ménos en sentimientos enemigos. Todos cuantos han hablado en esta brillante controversia, han merecido bien de la ciencia. Unamos nuestras inteli-

gencias en unas mismas ideas, nuestros corazones en los mismos sentimientos. Donde quiera que los hombres se reunen para buscar la verdad, encuentran el auxilio de Dios Todos somos religiosos, levantemos nuestra alma al Creador. Como hombres, pidámosle el bien de la humanidad, la verdad para su inteligencía, el amor para su corazon; como hijos de una misma raza, pidamos que la eterna artista de la historia, la eterna musa de la civilizacion y del progreso, nuestra gran raza latina, se salve en esta crísis suprema de su vida (*Aplausos*); como españoles, como hijos de esta nacion querida, tan grande y tan heróica, pidamos que se unan bajo un pabellon, bajo una idea todos sus pueblos; tendamos nuestros brazos al través de los mares á nuestros hermanos de América para formar la gran confederacion ibérica; grabemos la idea cristiana, la idea de la civilizacion en los desiertos de África, que al sudor de nuestras frentes y al suspiro de nuestros pechos se tornarán fecundos, y así seremos dignos de llevar el nombre inmortal de nuestros padres, y levantaremos nuestra España á ser una de las primeras naciones de la tierra. (*Prolongados aplausos.*)

LA IDEA DEL PROGRESO

—

Señores:

Puesto que es necesario resumir, y la necesidad tanto obliga, á pesar del estado de mi ánimo, resumamos. Fatal estrella, en verdad, la de esta seccion, que despues de haber elegido por su presidente á uno de los oradores más grandes, á uno de los repúblicos más ilustres del país, se ve por su mal forzada á escuchar mi palabra, humilde, pobre, falta de elocuencia y de doctrina; palabra que de ninguna suerte podria resonar aquí, si los que me escuchan no me prestasen la única inspiracion que puede alentarme, la única fuerza que puede sostenerme: la corriente eléctrica de sus simpatías, que pido, no á su justicia, sinó á su benevolencia, para con algun ánimo rematar esta larga

esta importante, esta trascendental controversia, en que se han tocado todos los problemas que traen hoy más ó ménos conturbada á la razon humana, y se han oido sonar las cuerdas de todos los sentimientos que vibran en el corazon de las presentes generaciones, venidas, no á reposar en paz bajo la grata sombra de las instituciones seculares plantadas por sus progenitores, sinó á trabajar dia y noche, sin descanso, entre los desencantos de la crítica, entre los torcedores de la duda, entre la explosion de las revoluciones; á trabajar sin descanso; que sólo á este precio se alcanza la libertad y se consigue arrancar al tiempo que está por venir su secreto, la idea, que es el preciado vellocino de oro del progreso.

Pero de esta discusion sólo tenemos motivo para felicitarnos, porque en todos los que en ella han tomado parte, por uno ó por otro camino, bajo uno ó bajo otro ideal, han convenido en la idea del progreso, armonía tanto más grande, cuanto que no hace mucho tiempo dominaba en los ánimos el dogma del retroceso, signo seguro de inevitable decadencia. Todos recordareis á qué tiempos aludo. Cuando la revolucion de Febrero, obra de un poeta, desvanecida como el sueño de oro de la poesía, se in-

clinaba al sepulcro á sus piés abierto por su misma indecision, por sus mismas faltas, y por los traidores que olvidaron toda idea de justicia, todo sentimiento de derecho, y que hoy se ven oprimidos y castigados por la Providencia para nuestra enseñanza y nuestro ejemplo; en aquellos instantes en que la desolacion era universal, y no se veia asomar por los bordes oscurísimos del horizonte ni siquiera el lejano albor de nuevo dia, un filósofo ilustre, que en esta misma cátedra, y si no en esta misma cátedra en esta misma corporacion, habia explicado el espíritu del siglo y defendido las leyes de la naturaleza humana, con elocuencia verdaderamente grande y apocalíptica anunció á la faz de Europa, trémula y asombrada, la impotencia de la razon para llegar á la verdad, la impotencia de la voluntad para llegar al bien, la impotencia de la humanidad para salvarse, mostrándonos entre los pliegues de las tinieblas que á más andar habia venido sobre nosotros, como siempre que se apaga la libertad, el ángel del Señor con la trompeta del juicio en los lábios, pronto á llamar al postrero tremendo castigo á esta sociedad descreida que no habia acertado á levantar sobre sus basílicas arruinadas, sobre sus altares destruidos,

sobre sus antiguos ídolos rotos, ni siquiera una nueva idea; sociedad azotada por un diluvio mucho más pavoroso que el antiguo diluvio bíblico, por un diluvio de errores y sofismas, en que se pierde no solamente la vida del cuerpo, sinó la vida de la conciencia, la vida del alma; palabras que de tal suerte movieron los ánimos, que los ancianos renunciaron á sus recuerdos de libertad, y los jóvenes á sus trabajos por la libertad; y todos convirtieron los ojos á la idea satánica del gran Danton teórico de la reaccion, á la idea del conde de Maistre, apercibiéndose á sacrificar en los altares, ya harto ensangrentados de la naturaleza, derecho, conciencia, libertad, la humanidad entera si se creia preciso, para desagraviar al Dios de los cielos, que en realidad debia apartar su luminoso rostro de una generacion enferma, paralítica, que habia perdido el aroma de toda virtud, la luz de toda vida, la obra más pura del cristianismo, la santa, la consoladora esperanza. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Comparad, señores, aquellos tiempos en que corrian con gran aplauso y boga los más grandes errores: en que se decia que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que todos los caminos, hasta los más opuestos, con-

ducen á la perdicion; que no hay en Europa un varon eminente, ó si le hay, Dios disuelve para él, con su dedo inmortal, un poco de veneno en los aires; que las vias están preparadas para un despotismo gigantesco, universal, como nunca lo conocieron las edades; que no se trata de elegir entre la dictadura y la libertad, sinó entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable; que nuevos bárbaros aperciben su tea para quemar el cadáver de esta podrida civilizacion; que el ángel de las ruinas va á dar la señal del último dia del mundo, desde las nubes preñadas de la cólera de Dios; comparad aquel desfallecimiento, que á haber prevalecido hubiera hecho de la humanidad un Job, pero un Job perverso, podrido, canceroso, inmóvil al pié del estercolero de sus errores y de sus vicios; comparadlo con el soplo de vida y de poesía que ha corrido por nuestra sociedad, como el aliento creador por el caos; que ha enjugado el sudor del trabajo en nuestra frente, las lágrimas del dolor en nuestros ojos, y pronunciando misteriosas y divinas palabras en nuestros oidos, nos ha dicho que, léjos de perderse la conciencia en las ideas nuevamente concebidas, hay gérmenes de nueva vida para nuestros hijos; que léjos de perderse la socie-

dad en los torrentes de las revoluciones, hay gérmenes de nuevos derechos para los pueblos; que léjos de perderse la naturaleza en esas nubes de materia cósmica que brillan en los confines del espacio, hay gérmenes de nuevos mundos para el universo; y decidme si no es más racional, si no es más cristiana esta esperanza que nos enseña la prometida tierra, buscada por todas las generaciones en su camino; que nos anuncia el reinado de la libertad y de la justicia, y que nos asegura que despues del combate y del trabajo, si cumplimos fielmente nuestro destino, que es el bien, nuestra alma se espaciará y se perderá nuestra vida en el inmenso seno del Eterno.

Pero, señores, resumamos brevemente las principales ideas que se han presentado en esta larga discusion, para que pueda despues ofreceros mi idea en cumplimiento de mi deber. El señor Mata, privilegiado talento que á manera de Anteo crece y se agiganta cuando toca en la realidad de la vida, nos ha dicho con esa fácil y poderosa palabra, que es el secreto de su popularidad y la revelacion de su peregrino ingenio, que el progreso consiste en ir realizando y cumpliendo las leyes de la naturaleza. El señor Leal, espíritu antitético al del señor Mata, espí-

ritu que se goza en volar por las etéreas regiones del pensamiento, sostenido en las matizadas alas de su brillante fantasía, nos ha dicho que el progreso, ántes de Cristo, consistió en preparar á Cristo, y que despues de Cristo, consiste en realizar la idea de Cristo; magnífica fórmula expresada en magnífica elocuencia. El señor Alegre, cuya inteligencia brilla como la luz de nuevo dia, cuyo corazon es generoso como el corazon de todos aquellos que aman la buena nueva religiosa ó social, dulce esperanza de los pueblos, nos ha mostrado admirablemente el progreso arrancando la conciencia á las garras del Estado; la libertad á las garras del destino; el derecho á las garras del privilegio. El señor Rayon, pensador dotado de grandes facultades, rico en nuevos y originales pensamientos que se resisten á entrar en el troquel de la palabra, nos ha predicho que las ideas de justicia y libertad, propias de nuestra civilizacion, unirán á los pueblos en un ideal superior de la humanidad, que á su vez tendrá cada dia un conocimiento más claro de Dios. El señor Saavedra, valiente soldado, hábil orador, profundo matemático, fiel reflejo de aquellos caballeros de los siglos décimo-quinto y décimo-sexto, que así manejaban la pluma co-

mo la espada, ha puesto con gran acuerdo el fin del progreso en la armónica aplicacion de todas nuestras facultades á la vida. El señor Becerra, con su incontrastable dialéctica, con sus conocimientos universales, ha presentado en séries lógicas, propias de la ciencia de nuestro siglo, que tan profundamente posee, las ideas por cuya virtud la razon se ha levantado desde el bárbaro fetichismo hasta el conocimiento de sus facultades, y los hechos por cuya fuerza el hombre ha pasado desde pária hasta ciudadano de las grandes democracias futuras, con todas las cadenas rotas á sus piés, todos los derechos coronando su frente, y el rayo del cielo, arrancado por el génio á las nubes, el rayo del cielo en sus manos, como en señal de que sólo el hombre libre es verdaderamente rey de la naturaleza. Los señores Malo, y Merry, y Colon, inteligencias clarísimas, profundísimas, nobilísimas, que yo respeto y admiro, y contemplo con aquella religiosidad con que suelo contemplar las estátuas yacentes que duermen sobre los sepulcros góticos de nuestras catedrales de la Edad media, han proclamado el progreso, aunque han creido que debia cumplirse bajo el ideal político y científico de nuestros padres; porque imaginan

que aún ese ideal no ha muerto, como los antiguos druidas creian al pié del tosco *dolmen*, con sangre de víctimas humanas manchado, que nunca dejaria de resonar en las ráfagas del viento y en las ramas de las sagradas selvas el gemido del espíritu de sus progenitores. El señor Estér, cuyo corazon poético ama lo pasado, pero cuya inteligencia viril y jóven ama lo porvenir, ha expresado en brillante discurso, que todos habeis aplaudido, la idea de que, merced al progreso, la autoridad deja de ser fuerza para ser razon, y la libertad deja de ser el privilegio de los ménos para convertirse en el derecho de todos. El señor Gonzalez Llanos, que ha traido de allende el Atlántico el tesoro de su experiencia, los maduros frutos de su privilegiado talento, nos ha exhortado á buscar la norma del progreso en una legislacion primitiva, en un derecho primitivo, en una edad primitiva, representada por la ciencia y las virtudes patriarcales. El señor Carrascon, talento profundísimo, de gran severidad en las formas, de gran fondo en el pensamiento, ha reconocido la humanidad como un sér total y armónico, idea luminosísima en que ha fundado todo el progreso. El señor Moreno Nieto, erudito, sábio, orador que posee una de las palabras más fáci-

les, galanas y floridas que se pueden oir en esta tierra tan abundante en grandes oradores, ha revindicado la idea del progreso para el cristianismo, y la realizacion del progreso en su más alta universalidad para nuestro siglo. El señor Rodriguez San Pedro, que piensa con madurez, que habla con notabilísima facilidad, que hace el proceso de las ideas contrarias á la suya con toda la lógica y toda la minuciosa habilidad de un jurisconsulto, ha fundado el progreso en un criterio científico, y lo ha reconocido en la vida con un criterio histórico, presentándolo como una verdadera série. El señor Nougués, jóven de gran porvenir, cuya palabra varonil y elevada nos promete un nuevo orador, cuyo corazon, que late en su palabra, nos promete un nuevo defensor de la libertad, ha reconocido necesaria la reconciliacion del espíritu religioso con el espíritu moderno, y necesario tambien el movimiento creciente del progreso. Y por último, el señor Berzosa, el dialéctico por excelencia, el habilísimo discutidor, nuestro buen lógico, que se parece al Cid en que gana batallas, y batallas gloriosas, pero con ideas muertas, ha escrito en la profunda oscuridad de la metafísica anterior á Descartes, con el fósforo que produce la descomposicion

de los huesos de las antiguas escuelas, grandes verdades, como la de que el progreso consiste en identificarnos con Dios en cuanto sea posible, sin traspasar el límite que separa la criatura del Creador, para que no vayamos á dar en el nefando panteismo. Palabras todas que, ecos de distintas escuelas, expresadas por pensadores diversos y áun contrarios, forman un cántico unísono, como esas armonías que los grandes maestros producen con instrumentos distintos y cadencias diferentes, cántico unísono del progreso, que es el gran *Te-Deum* que el hijo del siglo diez y nueve, del siglo del vapor y de la electricidad, del siglo de la libertad del pensamiento y del trabajo, eleva al Creador, diciéndole: soy más digno que mis predecesores de llevar en la conciencia tu eterna imágen, porque soy más grande; y soy más grande porque soy más libre. (*Estrepitosos aplausos.)*

Y comprended, señores, mirando la historia, que es la conciencia de la humanidad, cómo trasciende esta idea del progreso á la vida, y comparad los pueblos que la alcanzaron con los pueblos que no la tuvieron. Hace pocos dias pintaba yo en solemne festividad, consagrada á una de las instituciones más altas de nuestro

tiempo, los terrores incomparables del mundo cristiano al aproximarse el año 1000, época que creian las gentes de aquel siglo prefijada para fin de la tierra y el cumplimiento de las visiones del Apocalipsis. Quisiera poder recordar aquel cuadro que los continuados estudios históricos á que mi deber me fuerza, presentan siempre con viveza ante mis ojos. El recuerdo histórico, decia yo, que dilata la vida en lo pasado, se perdió; la luz de la ciencia, que dilata la vida en lo porvenir, se apagó; el hogar doméstico tornóse como sepulcro, la sociedad como vasto cementerio; el trabajo dejó de ser la ley de la actividad, y cayeron de todas las manos los instrumentos con que el hombre domeña la naturaleza; la tierra, siempre fecunda, se tornó ingrata y estéril, como un monton de frias cenizas; el hambre fué tal, que los humanos comieron carne de sus semejantes; y la peste tanta, que regiones enteras quedaron yermas, pues hasta las aves del cielo caian sofocadas por los miasmas de la universal podredumbre; señales terribles por do quier movian á espanto, pues el emperador Othon vió palidecer el sol; y el rey Roberto, en vez del hijo de su amor que esperaba, recibió en sus brazos un mónstruo; y un papa, mago, hechicero, segun

vulgar decir, subió al Capitolio, y en el mismo altar eternamente consagrado al sacrificio, encendió la mistura alquímica, aprendida en las escuelas árabes, á cuyo calor venian, no los rubios querubines que escucharan ántes con las manos plegadas el sacratísimo sacrificio de la misa, sinó brujas y endriagos; y los príncipes cristianos de la Península, los vencedores de Clavijo y de Simancas, volvieron á todo correr á refugiarse en los despeñaderos de donde habian descendido, asustados por el redoblar del atambor árabe, que turbaba hasta el sueño de Santiago en su sepulcro de Galicia; y el siervo se hundió en la gleba, y bajo el peso de sus cadenas esperó, bien hallado con su servidumbre, que sonara su hora; y los señores feudales, alzados en las cimas de las montañas para defender aquella sociedad, corrieron como bandadas de aves nocturnas á refugiarse en los cláustros (*Bien, bien*); y los monjes abandonaron los civilizadores trabajos con que desecaban lagunas infectas y abrian bosques inesplorados y fecundaban tierras estériles, aguardando que se viera aparecer en las enrojecidas nubes el mensajero de la terrible sentencia; y perdidos todos los resortes de la vida y acabada toda esperanza, Satanás subió al vacío trono del mundo á

regir aquella desgraciada sociedad, de la cual no podemos formarnos aproximada idea, sinó mirando esas esculturas que se levantan en las catedrales bizantinas del siglo diez, horribles como la desesperacion, demacradas como la muerte, que parecen exhalar de sus lábios de piedra un cántico de ira, cuyos ecos, añadia yo, se pierden horrísonos en los tercetos del gran poeta del siglo trece, del gran desterrado, del hombre de mirar torvo que las mujeres de Verona creian huido del infierno; y que sobre aquel mundo de ahullidos, de rechinamiento de dientes, de ayes lastimeros, de lagos helados, de rios de lava, de ruedas donde se quiebran los huesos y se deshila horriblemente la carne, sobre aquel mundo pone algo más espantoso que el dolor físico y el tormento, y es el «dejad toda esperanza,» escrito en sus puertas: verdadera sentencia de muerte grabada por la mano de un mártir de las injusticias sociales sobre la pálida frente de la Edad media. *(Estrepitosos y entusiatas aplausos.)* ¿Quereis, por el contrario, ver lo que vale una esperanza, aunque esa esperanza sea ilusoria? Hay un pueblo en el mundo que no es ni tan místico como el indio, ni tan guerrero como el persa, ni tan audaz navegante como el cartaginés y el fenicio, ni tan sábio

como el egipcio, ni tan artista como el griego, ni tan político y astuto como el romano, y que sin embargo, domina todos los pueblos con sus ideas metafísicas; y abatido, abate á los Faraones de Egipto; y esclavo, escribe sentencia de muerte en los festines de los Baltasares de Asiria; y desarmado desarma á Ciro, en cuya presencia enmudeció el Oriente; y aislado en su santuario, desoye el cántico de la sirena griega que llevaba en sus lábios Alejandro, y que á tantos pueblos cautivó, turbando el recuerdo de sus antiguas teogonías; y caido bajo el yugo del destino, bajo el yugo de Roma, sube las gradas del Capitolio, tintas en sangre de todas las razas, y sobre el Júpiter Capitolino, sobre el panteon, levanta su Dios, escapado de las ruinas del templo, como el anciano Anquises de Troya; milagros obrados, aparte de la Providencia divina que nunca abandona la historia, por el sentimiento que tenia aquel pueblo de la renovacion de su raza, de la venida de su Mesías; sentimiento que nunca le abandona, ni en el desierto, ni en la tienda del patriarca, ni en las amarguras de su vida, ni en la esclavitud, ni entre los seleúcidas, ni bajo los romanos; sentimiento con que ha salvado toda la historia, con que ha recorrido toda la tierra, con que ha

salido incólume de todas las hogueras atizadas por todas las intolerancias en su daño; sentimiento cuya virtud ha sido tan eficaz, que mientras los pueblos, sus dominadores, han pasado, han muerto, sin dejar de sí ni siquiera la huella que deja el reptil en la arena, ese pueblo privilegiado está aún de pié viendo indiferente cómo se estrella la catarata de los siglos contra su invencible esperanza. (*Aplausos.*)

Señores: Puesto que la idea del progreso tiene en sí tanta virtud, historiémosla; que su historia acaso nos dé la clave para conocer muchas épocas. Desde luego no busqueis esa idea en la antigüedad, porque ó no existe, ó si existe no existe con claridad. El indio creia que esta tierra es un lugar de expiacion, donde el alma viene á purgar delitos anteriores á su vida terrestre; el persa imagina que en un principio el bien dominó al mal, y despues lucharon mal y bien, y despues el mal venció al bien, y para que el bien vuelva á vencer al mal, será necesario que pase como una sombra este nuestro mundo; el órfico, que une el Oriente con Grecia, proclama toda existencia una degeneracion y un tormento; el pitagórico piensa que cuando los astros vuelvan á tocar en ciertos

puntos del espacio ya recorridos, volverán los hombres, las instituciones, las sociedades que se tragaron los pasados tiempos; Platon, el espíritu más grande sin duda de su siglo, al querer encarnar la idea de su mente en una sociedad tipo y maestra de sociedades, resucita la bárbara casta destruida ya en su pátria; Aristóteles, aunque en su filosofía de la naturaleza presiente una série progresiva, dice que el bien y la luz y la armonía están en las regiones del cielo, mientras en la tierra sólo existe el mal, las tinieblas, el desconcierto; Lucrecio, uno de los poetas más grandes que guardan los anales del arte, al ver á Roma en el lodo de las guerras civiles, y á Júpiter con el rayo apagado en la mano, reniega de los dioses y de los hombres; Ovidio, como Hesiodo en su teología pagana, ofrece primero una edad de oro, á la que sucede una edad de plata, y á su vez suceden á ésta otras edades malhadadas y de sucesivas degeneraciones; Horacio, el republicano Horacio, descendiente de esclavos, y sin embargo libre, cree que las entrañas de su generacion tan sólo pueden engendrar el mal y la servidumbre; Caton, que la antigüedad nos legó como uno de sus más perfectos tipos de virtud, al oir el cántico de las legiones de César, ven-

cedoras, se parte aquel corazon en que no resta ni una gota del bálsamo de la esperanza; y Bruto, el último Romano, Bruto, que habia llevado su amor á la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, en aquella última noche de la república, cuando los soldados de los triunviros le cercan, de rodillas, á los piés de un esclavo, le pide con anhelo la muerte, y al recibirla y expirar como el cielo sonriera sereno, y los astros brillaran tranquilos cual si nada sucediese en la tierra, exclama: «¡Virtud, nombre vano, engañosa palabra, esclavo del destino! ¡ay! ¡y he creido en tí!» grito de maldicion horrible, escapado, más que del pecho herido de aquel hombre, del seno de una sociedad falta del sentimiento del progreso.

Sin embargo, una sociedad no puede vivir si no hay en su seno alguna esperanza. Aunque el sentimiento de la degeneracion humana sea el sentimiento de la antigüedad, no dejareis de encontrar en filósofos y en poetas algunos destellos de esperanza. Sobre todo, al aparecer el cristianismo, la poesía florece anticipadamente. La conciencia humana late como la yema del árbol cuando se acerca la primavera. Hay en este tiempo un poeta que parece ya cristiano. Todos, absolutamente todos, estais ya

murmurando el nombre de Virgilio, y trayendo á las mientes su Egloga IV, uno de los cánticos más dulces y más bellos que la antigüedad nos ha legado. El poeta ruega á las musas de Sicilia que levanten su cántico; pide amparo á Lucina y Apolo, porque va á rasgar los velos que envuelven los misterios de las Sibilas, á señalar un nuevo órden que nace del seno alterado de los siglos, una nueva progenie que desciende de los altos cielos, un redentor, en virtud de cuyas leyes la tierra perderá las manchas de sus crímenes, y la conciencia la sombra de sus errores, y el leon su fiereza, y la engañadora serpiente su astucia, y la adelfa y demás plantas venenosas su ponzoña; y por tan misteriosa manera lo purificará todo, que el campo se llenará sin necesidad de trabajo, por sí mismo, de doradas espigas, y la vid de purpurinos racimos, y la dura corteza del roble destilará regalada miel, y el vellon del cordero se teñirá con los matices del iris, y la juguetona cabra irá de grado con sus tetas cargadas de leche al aprisco, y la tarda vaca al establo, y la yerba no sentirá la mordedura de la hoz, ni el buey el peso del yugo, y las colinas se coronarán de lirios, y los valles se ornarán de plantas aromáticas de Asiria, y la tierra en

sus fundamentos, y el mar en su inmenso lecho, y el cielo en sus concavidades, saludarán este nuevo reino de Saturno, este nuevo dia de Astrea, cuya gloria será tanta, que no podrá ensalzarla ni Lino, ni el Tracio Orfeo, y el mismo Pan arrojará léjos de sí el caramillo y la flauta con que despertaba á las ninfas de los arroyos y hacía resonar las azuladas montañas de Thesalia, dejando á otro poeta más grande que cante este florecimiento de la naturaleza y del espíritu con cántico sublime que asombre al universo. *(Entusiastas y repetidos aplausos.)*

Señores: Jesucristo, que debia cumplir esta esperanza de la antigüedad, abre con su celeste doctrina horizontes infinitos á la idea de progreso, y en el sermon de la montaña, verdadera transfiguracion de la conciencia, dice, si no estas, parecidas palabras: «Vuestros padres os dijeron: ojo por ojo y diente por diente, y yo os digo: al que os abofetee en la mejilla derecha, presentadle la izquierda; vuestros padres os dijeron: no mancheis con la concupiscencia el cuerpo, y yo os digo, ni el corazon ni el pensamiento; vuestros padres os dijeron: amad á vuestro prójimo y odiad á vuestros enemigos, y como esto tambien lo hacen los

paganos, yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, orad por los que os persiguen y os calumnian;» y para que esta doctrina de absoluta moral fuera coronada con un ideal de progreso para toda la vida, añade: «y sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto;» y como nuestro Padre que está en los cielos es verdad, bondad y hermosura perfecta, Jesucristo da por vez primera á la humanidad, como obligacion moral y religiosa, el perfeccionamiento infinito y progresivo, en cuanto es dable á la naturaleza humana; y por eso yo, que tengo el cristianismo por la religion de mi vida moral, y la libertad por la religion de mi vida política, creo, á pesar de que se haya intentado ungir con la idea cristiana la frente de todos los tiranos, y legitimar con la idea cristiana la humillacion de todos los esclavos, creo que Jesucristo abre al extender los brazos en la cruz la nueva edad de la justicia y del derecho, y que las gotas de su sangre caidas en nuestra conciencia, nos han dado ese anhelo de lo infinito, que es nuestro martirio y nuestra gloria, nuestro dolor, pero tambien el signo de nuestra inmensa grandeza. *(Aplausos.)* Esta doctrina de progreso debia ser comentada y

extendida por los grandes maestros de la verdad cristiana, por los Padres de la iglesia. Se necesitaria más tiempo del que yo puedo emplear, y más conocimientos de los que yo puedo poseer, para expresar toda série de ideas. No os hablaré, pues, del reino de Dios, segun San Pablo, porque ese reino está fuera del tiempo y del espacio; ni de la accion del Verbo sobre el mundo, segun San Juan, aunque es la ley de perfeccionamiento; ni de las palabras de San Clemente, que ve dos preparaciones á la verdad, una religiosa, obra de los profetas hebreos, y otra científica, obra de los filósofos griegos; ni de Lactancio, que nos enseña de qué suerte el paraiso, perdido en nuestros recuerdos por la culpa de Adan, renace en nuestras esperanzas por los méritos de Cristo; ni de Tertuliano, que señala tres revelaciones progresivas, la revelacion de lo pasado, hecha por el Padre en el Sinaí, la revelacion de lo presente, hecha por el Hijo en el Calvario, la revelacion de lo porvenir que hará el Paracleto, el espíritu, cuando extienda sus alas de luz sobre los mundos, como en el primer dia de la creacion; ni os hablaré, por último, del gran defensor de la nueva idea, del que llevó su ascetismo hasta suicidarse para todo placer, del que

quiso resucitar con el regocijo de la buena nueva hasta los huesos de Sócrates y Platon, ya confundidos con la madre tierra, del que reunió en su ciencia el espíritu de Oriente á las ideas platónicas, y las ideas platónicas al gnosticismo, y el gnosticismo al sueño magnético de lo infinito, que era el carácter de la escuela de Alejandría; no os hablaré de Orígenes, en fin, cuyo celo, á veces exagerado, le llevó á ideas condenadas por la iglesia; de Orígenes, que despues de habernos mostrado las almas unidas á Dios en la creacion primera por el lazo de la inocencia, y de llorar su caida por la culpa en la materia, tiene fé tal en la eficacia de la idea cristiana y en la virtud de la redencion, que nos muestra las almas todas volviendo en progresion contínua á bañarse en el éter divino de la gloria, sin que de esta salvacion universal se exceptúe ni el mismo génio de las tinieblas, que muchas veces, al leer las palabras de este exaltado y elocuente doctor, he creido ver allá en mi fantasía, sacudiendo la ceniza del infierno, restaurado en su primitiva inocencia y en su hermosura perdida, volando en las esferas, ceñido de luz, sembrando de mundos los surcos del espacio, arrobado delante del Eterno, cuya misteriosa esencia veia yo

sobre los abismos de la creacion, sin alumbrar ni una gota de hiel ni una lágrima, eterno sol de verdad y de justicia. (*Aplausos.*) Mas no he menester decir que estos principios que expongo y no juzgo, dieron gran impulso á la idea del progreso, impulso que se conoció cuando en los amargos trances de la irrupcion de los bárbaros, el mundo no tuvo ni más consuelo ni más refugio que la vision beatífica de la ciudad celeste, levantada por San Agustin sobre aquella pavorosa tormenta.

La idea del progreso durmió durante la Edad media en aquel gran caos, hasta que se despertó en el renacimiento. En efecto, cuando la humanidad comenzó á limar muchas de las cadenas que la ataban á la tierra, y la naturaleza á revindicar muchos de los derechos que habia perdido, y la conciencia á sacudir muchos de los terrores que la habian paralizado, uno de los hombres que primero se arma contra la escolástica, Bacon, conoce que no hay esfuerzo de la humanidad que se haya perdido, ni idea de la humanidad que no haya fructificado, y presenta el gérmen de la historia tal como hoy la conocemos, historia de todos los adelantos, de todos los esfuerzos, de todas las luchas, historia de la cual resulta una série de hechos

en el espacio, y una série de ideas en la conciencia, que son el testimonio vivo del progreso. Y así como al concluirse el fatalismo religioso apareció la idea del progreso en la esfera de la religion, y al concluirse el fatalismo científico aparece la idea del progreso en la esfera de la ciencia, al concluirse el fatalismo político aparece con el gran Condorcet el progreso en la esfera política, y la humanidad entrevé que el derecho no está ni en las castas, ni en las teocracias, ni en las aristocracias feudales, ni en las monarquías absolutas, sinó en el seno de la conciencia. (*Bien, bien.*) Y así desde el renacimiento la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos.

Señores: He dicho que la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos, y he dicho mal. Hay un pueblo que todos admirais por sus grandezas, que todos compadeceis por sus desgracias. Italia, Italia, pátria de nuestro espíritu, cuna de nuestro pensamiento, madre de nuestra habla, templo de nuestra religion (*Bien, bien*); Italia, la más grande pero la más infortunada de las naciones; Italia, cuya vida ha sido un eterno tormento, cuya historia ha sido un prolongado calvario; desgarrada, al comerzar la Edad moderna, por los bárbaros

que no encontraban ni Marios ni Escipiones en su triunfal camino; suspensa de una sombra de imperio, cuyo trono se alzaba en las oscuras selvas del feroz Arminio; dividida entre sus castillos feudales y sus turbulentos municipios, sin acertar, ni con la libertad, ni con la autoridad, ni con la aristocracia, ni con la democracia; enamorada de un ideal de gobierno perdido en lo pasado, amor tan puro y tan estéril como el amor de Petrarca; abierta á todos los vientos de la tempestad y á todos los pueblos de la tierra por su teocracia cosmopolita, ora desesperada y sumida como austera penitente en el polvo con Savonarola, ora alegre y risueña como una Bacante con Bocaccio y Ariosto, pero perseguida y violada siempre por los reyes de la tierra, que iban á buscar un rayo de sol á su cielo y un rayo de inmortalidad á su historia (*Aplausos*); obligada á cubrir de cuadros, á ornar de estátuas, á poblar de armonías desde el potro del tormento sus mismos calabozos, es decir, los palacios de sus verdugos, como el ruiseñor prisionero regala con sus endechas el oido del bárbaro que le ha arrancado á la libertad de los bosques (*Frenéticos aplausos*); siempre desgraciada, aunque reparte su corazon entre todas las

regiones de la tierra para que le perdonen su grandeza, y da á Francia el pensamiento de Santo Tomás, á Alem nia el pensamiento de Giordiano Bruno, á España el alma de Cristóbal Colon, al cielo el comentario de Galileo (*Frenéticos y repetidos aplausos*); Italia, que vé á sus hijos ó errantes, ó muertos, ó esclavos, así como en literatura nos ha dejado el cántico de la desesperacion desde el Dante hasta Leopardi; y en música el sollozo del destierro desde Palestrina hasta Bellini (*Bien, bien*); y en pintura, al lado de tantas imágenes rientes, el Jeremías de la desesperacion, trazado por la titánica mano de Miguel Angel, en historia nos ha legado el dogma de la retrogradacion con Maquiavelo y el dogma del fatalismo con Vico: venganza que toma de todos los siglos, por las injusticias de que ha sido víctima ese Lázaro de los pueblos, cuya resurreccion mostraremos á nuestros hijos como el milagro que prueba el poder y la santidad de nuestro siglo. (*Estrepitosos y unánimes aplausos que interrumpen por algun tiempo al orador.*)

Señores: Me habia distraido contemplando el espectáculo de la historia de Italia; volvamos á reanudar el hilo de la historia de la idea del

progreso. La habeis visto presentida en el arte de Virgilio, enseñada en la religion por Jesucristo, comentada en teología por los Padres, explicada en filosofía por Bacon, extendida á la política por Turgot y por Condorcet. Pero puede asegurarse que la universalidad de la idea del progreso no se ha conocido hasta nuestro siglo, y que este es su carácter. Cada siglo, si lo estudiais á fondo, tiene un carácter preeminente que le separa de los demás siglos. El siglo primero es el siglo del imperio de Roma y de la revelacion del cristianismo; el siglo segundo es el siglo de los estóicos en el imperio, de los gnósticos en la filosofía, de los apologistas en la religion (*Bien, bien*); el siglo tercero es el siglo de los filósofos alejandrinos y de los Padres de la iglesia (*Bien, bien*); el siglo cuarto es el siglo de la definicion del dogma, de Iliberis, de Nicea, de Constantinopla, de San Atanasio (*Aplausos*); el siglo quinto es el siglo de los bárbaros, de Ricimero, de Genserico, de Odoacro, de Atila; el siglo sexto es el siglo de la reconciliacion de los bárbaros con la Iglesia por Clodoveo, y de la reconciliacion del derecho romano con la idea cristiana, por Justiniano (*Aplausos*); el siglo sétimo es el siglo de los árabes; el siglo octavo es el siglo del encuentro de

los árabes con los godos en España, y del encuentro de los francos con los longobardos en Italia, el siglo de la guerra de todas las razas; el siglo noveno es el siglo en que desaparece la última sombra del imperio con Carlo-Magno, y aparece la primer sombra del nuevo feudalismo con los normandos (*Bien, bien*;) el siglo décimo es el siglo en que se fortifica la idea feudal, y en que el califato de Córdoba trae al seno de Europa un soplo de orientalismo (*Bien, bien*); el siglo undécimo es el siglo de la gran lucha del pontificado y el imperio, el siglo de Gregorio VII; el siglo duodécimo siglo de las Cruzadas; el décimo-tercio es el siglo de la teología, que tiene su pensamiento en Santo Tomás, su poesía en el Dante, su arquitectura en las catedrales de Colonia y de Toledo, su código en las Partidas, su política en San Fernando y San Luis, su personificacion en Inocencio III (*Aplausos*); el siglo décimo-cuarto es el siglo en que los jurisconsultos comienzan á combatir el predominio político del Papa, la idea general de la Edad media, y los reyes á combatir el predominio social de la nobleza, la idea particular de la Edad media, el siglo en que más se pelea por la unidad de la monarquía, el siglo de Felipe el Hermoso de Francia, de

Pedro IV de Aragon, de Alfonso XI y Pedro el Cruel de Castilla; el siglo décimo-quinto es el siglo del despertar de la naturaleza y del arte, el siglo de los grandes descubrimientos, de la brújula, de la imprenta, del viaje épico de los portugueses á Oriente, del viaje mitológico de los españoles á América (*Aplausos*); el siglo décimo-sexto es el siglo de las luchas teológicas en la conciencia, y de las guerras religiosas en el espacio, el siglo de Lutero y Leon X, el siglo de Cárlos V y Francisco I, últimas personificaciones de la caballería de la Edad media, el siglo de Enrique VIII, el maquiavelismo de los protestantes, y de Felipe II, el maquiavelismo de los católicos; el siglo décimo-sétimo es el siglo de la filosofía, en que el espíritu se conoce á sí mismo en Descartes, y se dilata en la naturaleza con Espinosa y con Loke, y en Dios con Bossuet y con Leibnitz (*Bien, bien*); el siglo décimo-octavo es el siglo de la crítica de todas las antiguas ideas en la conciencia y de la revolucion contra todas las antiguas instituciones en la sociedad, el siglo que comienza con la *Enciclopedia* y concluye con la *Crítica de la razon pura*, que comienza con Voltaire y concluye con Kant; el siglo de Rousseau, la idea; de Mirabeau, la paladra; de Danton, la accion; y el

siglo décimo-nono es el siglo en que la humanidad tiene conciencia de sí misma y de su larga vida, el siglo de la armonía de todas las facultades, de todas las direcciones del espíritu, el gran siglo de la filosofía de la historia y de la idea del progreso. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Podemos, pues, decir, que la idea reflexiva del progreso pertenece de derecho á nuestro siglo. Segura la conciencia en el primer momento de esta idea en nuestro siglo, de que la tierra no envejece, se volvió á mirar el espíritu subjetivo; pues si la tierra envejeciera, la haria rejuvenecerse el hombre, empapándola con el sudor de su frente. Tres soluciones pueden darse á la cuestion del progreso: ó la humanidad retrocede, porque perderia la experiencia, lo cual es absurdo; ó la humanidad se para, porque perderia la actividad, lo cual es imposible; ó la humanidad anda hácia adelante, lo cual es verdadero y legítimo. Como en la naturaleza nada representa ni nada vale el acaso, en la historia nada significa lo fortuito. Estudiando maduramente la historia, se encuentra primero la libertad del hombre, despues la humanidad como un sér que tiene vida propia, y por último, una ley general histórica.

El hombre tiene facultades y aptitudes, y en la aplicacion de estas facultades y en el cumplimiento de estas aptitudes se encierra la determinacion verdadera de la idea de progreso. Mas no vive el hombre sólo como indivíduo, sinó tambien como humanidad; y así siente su vida en todo lo pasado, se reconoce á sí mismo en sus padres, y dilata su esencia á lo porvenir, sin ser injusto con ninguna de las manifestaciones del espíritu en la historia, porque en cada una de esas manifestaciones hay algo de su propio sér. Por último, limitando el horizonte del progreso á la historia y vida presente, su objeto es una sociedad en el derecho; respetando todas las facultades humanas, les deja espacio para moverse y para realizar en su totalidad y en su armonía la vida del espíritu. Observando las tendencias de la religion, de las artes, de las ciencias, se ve que además del carácter propio y de la ley íntima de su sér, tienen por objeto crear un hombre mejor y una sociedad más perfecta. El espíritu, pues, en este instante, habia encerrado el progreso en sí mismo, en la propia subjetividad.

La naturaleza no puede ser menospreciada, y en frente de este progreso subjetivo se plantea la idea del progreso objetivo. Y no se puede,

negar que al ménos el conocimiento de la naturaleza ha progresado explendorosamente en nuestro tiempo. La bóveda de cristal en que la ciencia de la Edad media encerrara, como bajo inmensa máquina pneumática, nuestro sistema planetario, cayó hecha trizas cuando el lente de Galileo esploró los espacios; la tierra, tenida ántes por plana é inmóvil como la losa de un sepulcro, comenzó á sentir que se movia, y á impulsar con su propio movimiento el movimiento de la humanidad; y si bien perdimos el imaginario centro de las esferas, y dejamos de referirlo todo á nuestra misma existencia, en cambio pesamos en el pensamiento de Newton la gravitacion universal; anotamos con Keplero las notas misteriosas del concierto de los orbes; conocimos con Laplace las leyes de la mecánica celeste; contamos los planetas que se acercan al sol á enrojecerse como mariposas de oro, en sus ardientes llamas; los grandes mundos, que fuera ya casi del alcalce de la atraccion, andan con tardo paso acompañados de sus lunas, que amorosas les van siguiendo en su carrera triunfal por lo infinito; perdimos el temor que nuestros predecesores tuvieran á los cometas, y donde ellos vieron la espada de fuego pronta á expulsarlos del eden de la

vida, vemos nosotros, ó una débil gasa de materia cósmica, ó la esperanza y el prensentimiento de un nuevo mundo: adivinamos que más allá del alcance de nuestra vista, de los telescopios y de nuestras observaciones, acaso hierven nuevos planetas, renovándose todos los dias el milagro de la creacion; y léjos de caer abrumados con la idea de nuestra pequeñez bajo la inmensa pesadumbre de tanta grandeza, como la materia misma se espiritualiza en nuestras manos con el gas, la electricidad y el impalpable magnetismo, aunque perdidos en las ondas de orbes y de soles, prorrumpimos en himnos de triunfo, conociendo que la inmensidad y el cielo son tambien la pátria de nuestro organismo, y que por habitante del gran cosmos, nuestro cuerpo tiene, como nuestro espíritu, lo infinito por sagrario y luminoso santuario. (*Bien, bien.*)

Mas era necesaria una síntesis de estas dos determinaciones subjetiva y objetiva del progreso, síntesis que dió la filosofia que ha sido llamada filosofía del siglo décimo-noveno. El sér es el primer principio de esta filosofía, primer principio como el universo índico, el dios platónico, la materia aristotélica y la unidad alejandrina; y el llegar á ser ó el suceder, es el trabajo

del sér para realizarse, y es respecto al sér lo que la energía es respecto á la causa en Aristóteles y los peripatéticos, y lo que el acto es respecto á la potencia en Santo Tomás y los escolásticos; y la esencia del sér es la idea tan abstracta y tan indeterminada en su principio, que se confunde casi con el no sér; y la idea tiene tres términos, generacion, destruccion, reproduccion, esencia, nocion, juicio, tésis, antítesis, síntesis; y el llegar á sér de la idea, ó el movimiento de la idea, es la dialéctica que encarna estos tres términos en todo lo existente y en todo lo posible, y los encarna en série progresiva; y la primer encarnacion de la idea es la naturaleza, donde la trilogía, tésis, antítesis y síntesis, se reproduce en la naturaleza mecánica, química y orgánica; y la naturaleza mecánica es cohexion, repulsion y armonía ó atraccion; y la naturaleza química es ázoe, carbono y oxígeno; y la naturaleza orgánica es mineral, vegetal y animal; y la idea concreta de la naturaleza es la tierra que reproduce los tres términos en su vida: primero, vida solar cuando está confundida en el caos del gran todo: segundo, vida de cometa cuando comienza, desprendida del sol, á errar por los espacios; tercero, vída planetaria y esférica; y como

planeta reproduce los tres términos en los terrenos primarios, secundarios y terciarios; y en el *humus* brota ya un nuevo progreso de la idea el vegetal, que reproduce los tres términos en la lignificacion, la circulacion de la sávia y la reproduccion, por la flor, el fruto y la semilla; y sobre el vegetal se levanta el animal, que reproduce los tres términos en sus sistemas bilioso, sanguíneo y nervioso, y que se desarrolla en série progresiva desde el infusorio al zoófito, desde el zoófito al pólipo, desde el pólipo al molusco, desde el molusco al pez, desde el pez al anfibio, desde el anfibio al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al mamífero, desde el mamífero al hombre, donde la naturaleza se agota y comienza el espíritu (*Bien, bien*); y el espíritu no muere porque no es orgánico, y no se descompone, ántes vive por sí, por su libertad, y encierra tambien la trilogía como sujeto, objeto, y sujeto-objeto ó absoluto: y el espíritu como sujeto se encarna en tres términos; en la familia, en el Estado, en la humanidad; y la humanidad vive en la historia que tiene su trilogía en el Oriente; el mundo greco-romano y el mundo moderno; y como objeto, el espíritu se encarna en el arte, que es simbólico, clásico y romántico; y del

arte pasa á la religion, que es primero religion de la naturaleza, desde el culto fetichista hasta el culto de la luz; religion del espíritu, del arte en Grecia, del entendimiento y la política en Roma, de la idea metafísica en Judea; y por último, la religion es religion de lo absoluto en el cristianismo; y de la religion el espíritu pasa á la filosofía, donde tiene plena conciencia de sí mismo; ¡sistema asombroso, que podreis negar, en el cual no querreis arrojar vuestros penates, ni confundir vuestra personalidad; rio sin riberas, movimiento sin término, sucesion indefinida, série lógica, especie de serpiente que desde la oscuridad de la nada se levanta al sér, y del sér á la naturaleza, y de la naturaleza al espíritu, y del espíritu á Dios, enroscándose en el árbol de la vida universal (*Bien, bien*); sistema asombroso que podreis rechazar, pero qne no podreis de ninguna suerte desconocer como el esfuerzo más grande que la razon humana ha hecho para dar conciencia de sí á la gran idea del siglo, á la idea del progreso. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores: El escollo de esta filosofía se vió bien pronto. Al pié de ella brotó una escuela que era, respecto á su fundador, lo que los sofistas respecto á Heráclito, y los cínicos respec-

to á Sócrates. La extrema izquierda negó todo principio absoluto; no reconoció más ley moral que el desarrollo de esta idea en la conciencia que ha sacrificado al anciano inútil y al niño deforme; ni más derecho que el guardado en los Códigos, justificando así toda tiranía y toda servidumbre; ni más arte que los monumentos esparcidos por la humanidad en su camino, desde el templo troglodita que se hunde en las entrañas de la tierra, hasta la aguja gótica que se pierde en los arreboles del cielo; ni más ciencia que la série de sistemas por donde ha pasado el hombre desde el excepticismo al dogmatismo, desde el materialismo al idealismo; ni más sustancia que el fenómeno, ni más esencia que el accidente, ni más principio que el movimiento; ideas que en todos tiempos rechazará la razon humana, pues en nombre de la eterna moral aprobará el bien y condenará el mal; y en nombre de la eterna verdad anatematizará el error; y en nombre de la eterna hermosura comprenderá el arte, y pondrá todas sus ideas en lo incondicional y en lo absoluto, y separando los movibles y transitorios hechos, buscará en Dios, en ese primer principio, el sér que preside toda la vida, y el motor inmóvil que impulsa todo el movimiento de la historia.

Y en verdad, señores, el progreso sin Dios, sería un efecto sin causa, una consecuencia sin principio, un movimiento sin impulso, una vida sin fundamento, porque Dios es la palabra que todo lo explica, el sér que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu. (*Bien, bien.*) Y así como el progreso sin la idea de Dios seria un efecto sin causa, el progreso, la idea de humanidad como sér, el progreso, sin esta idea, seria una série sin principio lógico, sin unidad, sin explicacion, sin vida. En la gran idea de humanidad se unen todos los pueblos y todos los indivíduos, se destruyen todas las antimonias de la historia, se acaban todas las limitaciones de la vida, se encuentra todo lo que hay de fundamental en nuestro carácter y de esencial en nuestra naturaleza, se ve la unidad de nuestro derecho, la consustancialidad de una edad con las demás edades, la interioridad de nuestra vida, y se explica, por consiguiente, el progreso. Ahora bien: la humanidad no es sólo naturaleza; la humanidad es tambien espíritu, ó mejor dicho, la humanidad es la armonía de la naturaleza y del espíritu. Y la humanidad tiene facultades para ir realizando su esencia, extendiendo su vida. Tiene la actividad del trabajo, que la une á la tierra; la

actividad del sentimiento, que la une con sus semejantes; la actividad de la imaginacion, que le da su primer obra, el arte; la actividad de la inteligencia, que le revela todas las leyes generales del sentimiento de la vida; la actividad de la razon, que le da la ciencia y la une á Dios, y por último, la actividad de la voluntad, que bajo forma de libertad impulsa á todo su sér á realizarse, á existir, á cumplir su esencia y á llegar al bien, término último de todos los esfuerzos de su prodigiosa naturaleza. Las facultades son el medio del progreso; el bien es el fin del progreso. Cada sér realiza en su esfera el bien, cuando cumple el destino providencial que le está determinado en las varias escalas de la naturaleza. El hombre es el foco donde todos los rayos rotos de la vida se concentran; es la única personalidad que existe en la creacion; es el único sér creado que realiza su esencia con libertad completa. En la realizacion libre de la esencia, está el secreto y la determinacion de la idea del progreso. Ahora bien: estudiemos el progreso en la naturaleza, en el trabajo, en el sentimiento, en el arte, en la ciencia, en la religion y en las dos ideas, que son leyes de las demás ideas, en la moral y en el derecho. Para recorrer tan largo espa-

cio, bien necesito que no me abandone ni un instante vuestra benevolencia. Busquemos todas estas ideas en su desarrollo y en su série lógica. El progreso está manifiesto en la naturaleza. La geología, la ciencia que ha revelado la vida del planeta y su historia, os dirá que la tierra en su primer momento era como ígnea masa que ocupaba con la dilatacion de sus varias sustancias inmensos espacios; masa que llevaba en su corona de fuego materias disueltas, agua evaporada, tonante electricidad, y en sus entrañas, profundas é incandescentes como un horno, el hervidero de los gérmenes de los minerales combatidos por diluvios de llamas, por tempestades gigantes, en que cada rayo era como una tromba de electricidad, cada estallido como la explosion de mil volcanes, cada hilo de lluvia bituminosa y roja como inmensa catarata que al estrellarse y chocar con otras corrientes, con nuevas ebulliciones de la materia, elevaba en remolinos á las alturas lava encendida, aereolitos abrasados, oscuros gases en cuyas alas impalpables y etéreas iban ya escondidos los gérmenes químicos de los séres que habian de coronar más tarde, con sus varias y brillantes organizaciones, el entonces enrojecido planeta. Pero poco á poco el

planeta, por la rotacion y por el movimiento, se enfria; las aguas se condensan y caen; el mar, solitario y majestuoso, se extiende por los espacios vírgenes; las materias que lleva disueltas en sus profundas entrañas, se juntan; las islas flotan; los continentes se determinan, merced á las graníticas montañas cinceladas por el fuego creador; de los amores del agua con la tierra, surge ya el terreno vegetal, y mientras el líquen palpita en las entrañas del Océano, el humus engendra la mohosa pelusa, las yerbas, y el calor anima grandes arborizaciones; y poco á poco el infusorio se vivifica, el zoófito nace, el pólipo crece, el pez se mueve, el anfibio pugna por traspasar su atmósfera y respirar en otra atmósfera más pura y más etérea, el reptil se arrastra en el polvo, el ave quiebra su huevo y se pierde cantando en los cielos, como una aspiracion de la tierra á lo infinito; los grandes mamíferos, tipos monstruosos y gigantes, engendrados por las entrañas de titánica naturaleza, como el megaterio y el mastodonte, andan al borde oscuro de los abismo, á la orilla de los lagos profundos, entre selvas adornadas por una flora exuberante é iluminadas por el reflejo de los volcanes que se apagan; hasta que toda la naturaleza toma

líneas más bellas, formas mucho más puras y graciosas para celebrar sus nupcias con el espíritu (*Bien, bien*), para recibir al hombre, el último que viene á elevar un pensamiento sobre tanto sér dormido, una conciencia sobre tanto sér inconsciente, á dar direccion á tantos instintos diseminados; el hombre, que completa esta obra cuyas edades aún podeis ver hoy si subís al árido cráter de los volcanes; si os perdeis en el seno solitario del Océano, suspendidos entre dos infinitos; si visitais los bosques tropicales en que la tierra parece agitada aún por la fecundacion primitiva; si os parais á contemplar nuestras graciosas campiñas; y así conocereis el eterno Pluton de los geólogos, que aún ilumina y abrasa; el eterno Neptuno, que aún os besa con sus brisas y os seduce con sus fosfóricas estelas; el eterno Pan, que aún deja huellas de flores al hollar con su pezuña hendida los campos; y conocereis la edad de fuego, la edad de agua, la edad de la vegetacion y de los animales, la edad del hombre; y todas estas edades, tan admirablemente encadenadas, escribirán á vuestros ojos con lavas, con líquenes, con carbonos, con varios organismos el gran poema del progreso en la naturaleza. (*Aplausos.*) El progreso, pues, de la na-

turaleza consiste en acercarse á ser digna habitacion del espíritu.

El primer esfuerzo del hombre es el trabajo, por el cual se apropia la vida de la naturaleza. Decia un sábio que si Dios le dijera: «en una mano tengo la verdad, y en la otra el camino para llegar á la verdad, elige;» elegiria el camino de la verdad. Y yo creo, señores, que si os dijera: «en una mano tengo el dominio de la naturaleza, y en la otra el camino para llegar á ese dominio,» elegirais el camino, aunque lo sembrárais con vuestro sudor y vuestra sangre; pues si el hombre ama mucho el goce tranquilo, ama mucho más las obras que son hijas de su dolor y de su esfuerzo. La ley del trabajo es la ley más noble, la ley más santa de nuestra naturaleza. Los antiguos tenian la teoría de que el trabajo era una señal de miseria y degradacion, y de aquí la práctica de dejar el placer, el goce indolente para el pode roso y para el afortunado, y el esfuerzo, el trabajo, para el miserable y el humilde. ¡Ah! señores; el corazon se oprime, los ojos se nublan al recordar la historia de los trabajadores, que son nuestra prosápia, nuestra estirpe; historia que hemos olvidado, y que está escrita con la sangre de nuestros padres. Indi-

víduos de la clase media sois todos ó casi todos los que me escuchais. Pues bien; inclinaos al abismo de los tiempos pasados; buscad en el polvo las cenizas de vuestros padres; que no encontrareis, porque para los desgraciados y los pobres no hay sepulcros en la tierra *(Ruidosos y redoblados aplausos)*; reunid algunos de sus huesos que se hayan salvado de las catástrofes de la naturaleza y de las catástrofes de la historia, y los vereis taladrados por el clavo vil de la servidumbre (*Profunda sensacion)*; porque vuestros padres eran escrescencias de la creacion, y lo emponzoñaban todo con su maldita sombra en la teocracias índicas; servian de víctimas en los sacrificios consagrados á Astarte y á Baal, dioses bárbaros que abrian sus narices para aspirar el olor de la carne humana; iban atados á las guerras pérsicas á pelear con los enemigos de sus eternos enemigos; levantaban con un grillo en el pié y una cadena en la mano sus propios calabozos en los palacios gigantescos de sus déspotas; servian de animales de carga á los comerciantes cartagineses y fenicios; peleaban en Marathon por la libertad, y sólo encontraban la libertad de sus verdugos; enrojecian con su sangre los circos, las naumaquias, para divertir

los ócios de un pueblo rey de la tierra; eran aplastados por los carros de los bárbaros; trabajaban dia y noche empapando con sus amargas lágrimas, con su ácre sudor, la gleba, y recogian frutos y flores para los caballeros feudales, clavándose ellos tan sólo las espinas de la tierra (*Bien, bien*); y si vosotros, sus descendientes, sus hijos, teneis la propiedad de vuestra persona, de vuestro hogar, de vuestro trabajo, de vuestra pátria, lo debeis sin duda á esta electricidad revolucionaria que ha grabado la idea de la justicia en vuestra conciencia, y os ha dado aliento para recabar la libertad, sí, libertad que debeis trasmitir incólume á vuestros hijos, como la más preciosa herencia, y que debeis pedir y obtener para los desgraciados que aún viven fuera de la ciudad santa del derecho, para que no seais reos de las mismas injusticias de que han sido víctimas vuestros padres. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*) El trabajo ha tenido tres momentos en su larga historia. En la antigüedad dominó el egoismo; despues del cristianismo la caridad, que emancipó religiosamente al trabajador; pero despues de la revolucion, que aplica la idea cristiana á la política, debe reinar la justicia, la libertad del trabajo, que emancipará políticamente al trabajador.

Examinado el trabajo, examinemos el segundo grado de la vida, el sentimiento y la institucion augusta que más vivamente encarna el sentimiento, la familia. La misma idea egoista que reinaba respecto al trabajo, reinaba tambien respecto á la familia. De la desigualdad moral y religiosa de los sexos, nació el serrallo oriental, en que la pobre mujer vivia esclava, falta del dulce calor del sentimiento; nació la hetaira griega, que acompañaba al ciudadano á la plaza pública, al teatro, coronada de flores, mientras la esposa legítima en el fondo del hogar velaba por la tranquilidad de la familia; nació la cuncubina legal de los romanos, menospreciada siempre por la matrona; y nació por último, la barragana de la Edad media, que tambien tenia esta excelencia, entre otras muchas, la Edad media (*Risas)*; manchas todas de la santidad del hogar, de la pureza de la familia y de la educacion de los hijos. El tipo de la familia antigua es la familia romana. El patricio, que se esfuerza en resucitar la casta asiática, es rey y tiene su trono en el hogar; legislador, al vibrar su lanza en las curias; propietario, al poner la pesada losa del sepulcro en el campo; pontífice, al ofrecer culto y holocausto á los dioses lares: génio misterioso que

no manda, encadena; no personifica, absorbe la familia. Desde el momento en que trata de cimentar sus hogares, busca una jóven, la compra, ó la une á sí por los misterios de la confarreacion, le parte la cabellera con la punta de su lanza, la hace pasar dentro de la casa sin que toque el dintel de la puerta con sus plantas, y la destina á ser su esclava y á darle hijos. Y á su vez los hijos vienen á la vida sin personalidad, sin representacion legal, sin derecho. Y más allá del hijo está el cliente, que necesita hasta para presentarse en juicio de su aristócrata patrono. Y más allá del cliente está el esclavo, sin religion, porque los dioses serviles no son más que un espejismo religioso que el ardor del alma levanta en la conciencia, dioses sin culto y sin poder; y no sólo no tiene dioses, sinó que no tiene familia, porque la compra y la venta se la arrebata de su lado; y no sólo no tiene familia, sinó que tampoco tiene dignidad; siempre herido por el látigo, contado siempre entre el perro y el caballo de la casa, obligado á beber aquel brevaje, compuesto de agua del mar y vinagre, y algunas gotas de miel que el severo Caton, el censor, propinaba como muy idóneo para mantener sus fuerzas y refrescar su sangre. Y sobre la piedra negra y maldeci-

da de aquel sombrío hogar, mujer, hijos, clientes y esclavos, se perdian en la misteriosa personalidad del patricio, verdadera reminiscencia histórica del déspota de Oriente. (*Aplausos.*)

La familia moderna es una por la confusion de todos los espíritus en el amor. El padre es la razon que manda, el pensamiento que enseña, la autoridad que dirige, la providencia que ampara, la fuerza que protege, el nombre que simboliza toda la familia; al paso que la mujer es la hermosura que en todo sonrie, la caridad que todo lo cura, la fé que se comunica perpétuamente con el cielo, la virtud benéfica, la santa poesía del hogar, el ángel que se inclina sobre la cuna y sobre el lecho del dolor, y deposita con sus lágrimas el rocío del cielo en nuestra vida, el espíritu de órden, de economía, el consuelo de todos los dolores, la sonrisa celeste, el bálsamo que quita toda su ponzoña á las heridas de la existencia, la oracion que de contínuo levanta la familia á Dios y llena de armonías y de vírtud todo el hogar; y el pensamiento y el amor, la razon y la fé, la ciencia y la poesía, el valor varonil y la virtud femenina se concentran en la tercera persona de esta trinidad misteriosa, en el hijo, que es la realidad

de todos los ensueños, la concentracion de todos los amores, el alma donde se pierden dos almas, la promesa de la dilatacion de la vida, el sér destinado á llevar á otra nueva familia, á la pátria, á la sociedad, á la humanidad, con los resplandores de la educacion que ha recibido, y que trasmite á sus hijos, la esencia más pura de la vida y del espíritu de sus padres. (*Bien, bien.*) El espiritualismo, el amor puro, es el progreso en la familia, y la excelencia de la familia cristiana sobre la familia oriental reunida por el instinto, ó la familia romana reunida por la espada de la ley.

Pero el hombre no es sólo sentimiento, sinó tambien imaginacion. El arte ha tenido su cuna donde la tuvo el hombre, y tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre. La hermosura es una de las leyes del alma; el arte, una de las necesidades más vivas de la humanidad. Seguidlo en la historia, y vereis un progreso ascendente: su contínuo camino es un ideal que abraza toda la vida. Vereis el arte magnífico y colosal en la tierra de los misterios, en la region de los templos monstruosos, en la pátria de los puranas, el arte sublime, cuando el semita separa á Dios del mundo, convierte la naturaleza en un altar, la vida en un sacrificio, y

el lenguaje en una perpétua oracion; el arte hermoso, armónico, clásico, cuando la vida dél hombre y la vida del mundo se confunden y se identifican en el lecho de amores de Grecia, y surge la estátua, el símbolo de aquella edad, con el cántico en los lábios y la radiosa inspiracion en la frente; el arte elegiaco, satírico, de los romanos, verdadera descomposicion del clasicismo, arte profético en Virgilio, triste en la amarga sonrisa de Horacio, trágico en Tácito, el Shakespeare de los historiadores, arte que es el último suspiro del Dios-naturaleza; el arte místico, descuidado en las formas, pero tierno y purísimo en el fondo, arte asceta y macerado de los primitivos cristianos; el arte feudal en los juglares y en los sirventesios provenzales; el arte nacional en el Cid y en la cancion de Roldan; el arte teológico en Dante y en las catedrales góticas; el arte que pugna por unir la idea cristiana con la forma clásica, desde Petrarca hasta Rafael y Leonardo de Vinci; el arte filosófico en Shakespeare, que aleja todos los antiguos ídolos del teatro, y los sustituye por el eterno protagonista de la naturaleza, el hombre; en Rabalais, que parece un sileno esculpido al pié del bajo relieve del Renacimiento; en Cervantes, que talla la inmensa losa,

bajo la cual se encierra la Edad media; el arte revolucionario, arte de oposicion, desde Moliere hasta Beaumarchais, que destruian la antigua ciudad del privilegio, y arte de afirmaciones, desde el *Emilio* de Rousseau hasta el *Telémaco* de Fenelon, que mostraban la nueva ciudad del derecho; el arte, en fin, humano, universal, propio del siglo diez y nueve, que ha cantado la ciencia con Goethe, la duda y el dolor con Byron y Espronceda, el sentimiento con Schiller y Lamartine, la humanidad entera en esa obra de gigantes, monstruosa, pero inmensa y grandiosa, que ha levantado el cíclope de nuestra literatura, en que nos ha mostrado á Dios en su soledad; la primera luz brotando inmaculada en lo infinito; el Eden de la inocencia; la retina del remordimiento, comiéndose los sesos de Cain; el despotismo asiático, dormido en brazos de sus esfinges; el Salvador despertando de su sepulcro á Lázaro; el mundo romano coronado de yedra y de azafran en la orgía del imperio, que vierte mezclados vino y sangre; el castillo feudal y los hambrientos buitres que lo cercan; el cruzado que corre á Jerusalen; el sátiro del renacimiento que se ciñe la tierra como una túnica, los mares como un manto, los astros como una diadema, la

cadena de los séres como un collar, y absorbe por sus poros todos los dioses; la revolucion moderna, el vapor y la electricidad tomando posesion de la tierra, el Leviathan del mar, el globo del aire, nuevos mundos, descendiendo, si es preciso, á dilatar nuestra vida; y así se oye en este templo, en que cada columna es una montaña como el Atlas, la voz tonante de todas las generaciones, y se ve la conciencia de toda la humanidad, la vida de toda la historia. (*Entusiastas aplausos.*)

Pero la ley general de la vida se determina en la ciencia que abraza todas las esferas del sér, todo el conocimiento, y que dá al hombre conciencia de sí mismo y eleva la naturaleza hasta enrojecerla y eterizarla en el espíritu. La base y la cúspide de la ciencia es la metafísica; la metafísica no puede nacer sinó en los pueblos donde el espíritu individual se aparta del espíritu general, y la conciencia se emancipa del Estado. Por eso la ciencia oriental es puramente religiosa, y Grecia, en que la ciencia es humana, será saludada por todos los siglos, como la pátria del pensamiento filosófico. El primer principio de la ciencia es: primero el agua, lo que está más cerca del sentido de los jonios; despues el fuego, ya más espiritual; despues el

aire, ya más espiritual que el fuego; despues el número, nocion que es un término medio entre lo real y lo ideal; despues un infinito indeterminado; despues la conciencia humana, cuyas leyes se aplican al mundo divino y más tarde al mundo de la naturaleza; hasta que esta filosofía, tan penosamente elaborada, tiene dos grandes tendencias, la una práctica y moral, la otra ideal y mística; la una positiva, la otra teológica; la primera, que se va á perder con los estóicos en el derecho romano, epílogo de la antigua civilizacion; la segunda, que se va á perder con los alejandrinos en la teología cristiana, prólogo de la nueva civilizacion. La filosofía antigua puede decirse que en resúmen plantea el problema de la naturaleza. La filosofía de la Edad media estudia principalmente la idea de Dios traida á la ciencia por Philon, explicada por San Agustin, comentada por San Anselmo, encerrada como en su templo en la Suma Teológica de Santo Tomás. Así como la ciencia de la antigüedad plantea el problema de la naturaleza, la ciencia de la Edad media plantea el problema de Dios. Y la ciencia moderna desde Descartes hasta Kant, tiene por objeto principal el estudio de la conciencia, del alma, de sus facultades, del conocimiento, y

de las categorías ó leyes del conocimiento. Así como la filosofía de la antigüedad planteó el problema de la naturaleza, y la filosofía de la Edad media el problema de Dios, y la filosofía moderna el problema del espíritu humano, la filosofía novísima ha unido Dios, el hombre y la naturaleza, no en las profundidades oscurísimas del panteismo, sinó en una armonía viva y eterna, que es la luz de la ciencia, y la honra de nuestro siglo, y la clave para resolver todos los problemas que en su seno guarde lo porvenir.

Pero no llenan toda la vida las determinaciones que acabamos de señalar; el hombre es un sér sensible, un sér racional, y es tambien un sér religioso. Subid con el pensamiento al principio de los tiempos, y al lado de la cuna del hombre encontrareis su templo. La ídea religiosa no se pierde, no se puede perder nunca, como no se pierde, como no se puede perder, ni el sentimiento, ni el arte, ni la ciencia. Yo, señores, finjo en mi imaginacion el instante en que las razas se apartan, azotadas por la tempestad, desposeidas de la primera inocencia de la infancia, y emprenden el camino á los cuatro puntos del horizonte; y confundidas con la naturaleza, como el feto que duerme en el

vientre de su madre, é imposibilitadas de levantarse á una concepcion metafísica de Dios, vivo tan sólo el sentimiento, oyen el estruendo de las olas, y adoran el mar que refleja al cielo, que resuella como un gigante, que se pierde en lo infinito como la idea religiosa; miran al cielo, observan los astros que las han guiado al través de los desiertos, y les llaman sus dioses, y les consagran las flores cogidas en el oasis; contemplan la aurora que luce tras noche tempestuosa, y divinizan la pura luz que sonrie en todas las cosas; gozan con su propia vida, sienten esa voluptuosidad que inspira la vida jóven, la naturaleza exuberante, y levantan templos en que el culto es un festin, una orgía; conocen los servicios que les han hecho ciertos animales, el elefante que las ha llevado en sus espaldas y las ha defendido con su trompa, el can que guardó sigilosamente el sueño de la caravana, el cocodrilo que limpió las orillas de los rios, y los alzan á los altares, hasta que despues de larga meditacion religiosa, ven que todos los rayos de la vida se concentran en el hombre y adoran la organizacion humana, el primer reflejo del espíritu; progreso religioso muy parecido al progreso filosófico y que se conoce por esos dioses que

se han salvado del olvido, por el Indra índico, el dios de las aguas, que lleva el rayo de la primera luz del universo en la frente, la copa de rocío en la mano, el arco iris en las espaldas, y las nubes por alas en los piés; por el Mitrha persa, el dios de la luz, todo ojos, todo oidos, que vé desde el sol de los soles hasta el insecto dormido en una hoja de rosa; por Millitta asiria, diosa del amor, que encendió con un beso de sus lábios el fuego en la naturaleza; por el Melkart fenicio, dios de la fuerza, que nació en el mar de Eritrea, que holló la cima del Líbano, que arrojó el tronco del cedro al agua, donde se celebró el primer milagro de la union de las razas; por la Shotis egipcia, diosa de la naturaleza orgánica, que guarda los astros en el cielo como el perro el ganado en la tierra; por Vénus, là diosa de la hermosura humana; por Apolo, dios del arte humano; dioses todos que se reunen cuando Roma los lleva en su carro de guerra al Panteon y congrega allí los génios del agua, los númenes protectores del aire, las divinidades pérsicas de la guerra que llevan por espadas sangrientos cometas, los toros fenicios de áureos cuernos, los serafines medas que despiertan con su clarin los orbes, los colosos egipcios que hunden la tierra bajo su in-

mensa pesadumbre; dioses todos, decia, que se reunen allí en el Panteon para morir; y que mueren cuando aquel Divino Hombre, que llevaba en sus lábios la hiel de todas nuestras dudas, y en sus heridas la sangre de todos nuestros dolores, entra allí con su Cruz, y obliga al Dios-naturalaza á que arroje por la Roca Tarpeya su áureo tirso y su corona de verbenas, para dejar el trono del mundo, el Capitolio, al Dios-espíritu, que en su eterna y santa palabra vá á dirigir á otras regiones más limpias y serenas el revuelto rio de los tiempos. *(Aplausos.)* Hablemos ahora, señores, con todo el respeto y toda la fé de que somos capaces, hablemos del cristianismo. Mucho se han dolido los enemigos de la libertad de pensar de que aquí se haya tratado la cuestion religiosa. ¡Qué terror, señores, qué terror! Ellos que lo dominan todo, gobierno, prensa, escuelas, hogar doméstico, hasta las conciencias, temen que una voz sea la trompeta que arruine los muros de la Jerusalen celeste: tan débiles los creen esos escépticos. *(Aplausos.)* Yo, señores, y no temo decirlo, he dado aquí toda la expansion posible al pensamiento; porque el Ateneo ha sido siempre la Holanda pacífica de España, donde se reunen todas las escuelas, y se oyen todas las

opiniones. (*Aplausos.*) Hablemos del cristianismo, eterna fé de nuestras almas. Yo no creo progresivo el dogma religioso. Lo que es absoluto, no progresa. Pero yo creo que puede progresar el sentido del dogma, y lo creo con San Pablo y San Agustin, y lo creo con la iglesia, que ha reunido concilios para definir dogmas oscurecidos ú olvidados en la conciencia. Contemplad cómo ha caminado la idea cristiana. El paganismo clásico fué religion, primero sencilla, inocente, personificada por los dioses pelásgicos; teocrática, oriental, misteriosa, cuando apareció el sacerdote Orfeo y el dios Apolo; semi-teocrática, y semi-civil en Baco, que sustituye al culto del sol el culto de los campos, culto que combatió con tanta tenacidad la teocracia; completamente humana, en el Lutero del paganismo, que en su Iliada encerró los antiguos dioses en nuestras formas, y dió el cántico de los poetas por toda teología. Mas la razon humana se fué apartando del paganismo, y Xenóphanes arranca á los dioses homéricos la lira de las manos, y la corona de verbena de la frente; y Empedocles proclama la unidad en que todas las divinidades antiguas caen confundidas; y Sócrates declara que la conciencia humana está sobre los dioses, y al llamarle la

Pitonisa de Delfos el hombre más sábio de su tiempo, da la señal de que la teología griega abdica sus privilegios ante los derechos de la ciencia; y Platon eclipsa el olimpo con su metafísica, y Aristóteles arroja los dioses de la naturaleza, y Evehemero del espíritu, y Lucrecio de la historia, y Ciceron de los símbolos, hasta que los diseca Varron; y cuando ya han huido de la ciencia, y se han acabado todos los resortes de la religion, de la naturaleza, baja del cielo la religion del espíritu, la religion cristiana que predica la unidad de Dios, la caridad y el amor entre los hombres; idea que salva de todos los grandes peligros; del egoismo semítico por el dogma de la unidad del género humano; del misticismo gnóstico, que proclamaba gerarquías en las almas, por el dogma de la igualdad fundamental de nuestra naturaleza; del maniqueismo, que suspendia la vida de dos fuerzas iguales y contrarias, por el dogma de la libertad; del pelagianismo, que separaba el mundo de Dios, por el dogma de la Providencia y de la gracia; del arrianismo, que al quitar al Hijo la consustancialidad con el Padre, quitaba al hombre una norma de perfeccion absoluta, por el dogma de la Trinidad; de los montanistas, por el dogma de la virtud de las obras;

y al mismo tiempo reune todo lo que hay de grande y racional en la obra de la ciencia y en el desarrollo de la vida humana; y toma las verdades de la filosofía griega con San Basilio y San Juan Crisóstomo; las verdades del Oriente con Orígenes; las verdades de la ciencia romana con Tertuliano y San Agustin; el Aristóteles de la Edad media con Santo Tomás; el Platon del renacimiento con la escuela de Florencia; las formas clásicas con Rafael y Miguel Angel; el cartesianismo con Bossuet y Mallebranch; y mañana el jefe augusto de esa religion, el que representa la unidad de su doctrina y de su espíritu, al sacudir el polvo de la Roma pagana que está pegado á su corona de rey, verá, como los apóstoles veian el reino de Dios al sacudir los átomos de ceniza de la Jerusalen terrestre, que la libertad, la igualdad, la fraternidad, predicadas por el siglo diez y nueve, son consecuencia tan lógica, tan indeclinable, como la emancipacion de los esclavos, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, selladas con la sangre de Jesucrito en el sublime sacrificio del Calvario. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Pero, señores, todas las ideas han de tener una ley interior, que es el bien, y todas han de

desarrollarse necesaria, precisamente, al salir á la vida, por una determinacion objetiva, que es el derecho. Reflexionad, señores, y vereis todas las ideas de progreso ligadas á una idea fundamental, á una idea madre, á la idea sagrada del derecho; pues sin derecho no hay, no puede haber libertad, y sin libertad, el trabajo desciende al instinto del bruto ó al movimiento ciego de la máquina (*Bien, bien*); sin libertad, el arte es irreflexivo como la naturaleza, es la imitacion de lo pasado, es el vuelo del ave prisionera, que se ensangrienta contra los hierros de su cárcel (*Aplausos*); sin libertad, el hogar doméstico, que el ángel de la familia debe guardar, está expuesto á la delacion del espía y á las violaciones del esbirro; sin libertad, el pensamiento, alma de la ciencia, cae en el silencio, y muere; sin libertad, toda discusion de escuelas es burla; sin libertad, toda justicia es mentira, todo castigo es infamia, toda religion hipocresía (*Aplausos*); sin libertad, no existe el espíritu, no existe el hombre; y por eso el movimiento de la historia, el anhelo de todas las artes, el secreto de todas las investigaciones científicas, el alma de toda revolucion, el ideal de todo progreso, los deseos de todas las generaciones, van encaminados infaliblemente á

romper las cadenas, á sacudir las tiranías, á recabar esa libertad, sin la cual es triste, es odiosa, es imposible la vida. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*) Mirad, señores, los esfuerzos que el hombre ha necesitado hacer para alcanzar esa libertad sagrada. Ha necesitado abrir la naturaleza en que estaba encerrado, como la flor en su capullo; superar la casta teocrática que suprimia su conciencia; vencer la casta guerrera que suprimia sus fuerzas; hundir en el polvo la casta mercantil que esterilizaba su trabajo; romper con mano fuerte los muros de la egoista ciudad antigua, que aislaba al hermano del hermano, al pueblo del pueblo; quebrar la coyunda de hierro de Roma; hacer que el bárbaro vencedor le reconociera su igual en presencia de Dios y de la ley; arrojar sus propias cadenas enrojecidas al castillo feudal, para sepultarlo en el polvo; henchir sus ideas y elevarlas al santuario donde se ocultaban los reyes absolutos, para arrancarles la corona del derecho divino que ellos creian forjada con un rayo de la aureola de Dios; camino de amarguras, señalado por el tormento, por el potro, por la copa de cicuta, por la hoguera donde se achicharraban las carnes y se calcinaban los huesos del pensador, pero no su pensamiento,

cuyas alas no podian ser oprimidas en el calabozo ni abrasadas en el fuego; y así, señores, los que sabemos cuánto puede el pensamiento, no tememos las últimas nubes de humo de la apagada hoguera de la inquisicion que aún quedan en los aires (*Bien, bien*), y miramos con menosprecio las maquinaciones que contra el pensamiento, vencedor del hierro y del fuego, arman en su ódio á la libertad, no los tiranos, que ya no existen, sinó los imponentes sofistas. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Para continuar esta obra de progreso, pedimos que se realice la doble naturaleza individual y social del hombre; que la personalidad sea inviolable, la propiedad inviolable, el trabajo inviolable, el hogar doméstico inviolable; que la conciencia pertenezca al hombre y no al Estado; que el pensamiento pertenezca al hombre y no al censor; que el trabajo pertenezca al hombre y no al señorío ó al gremio feudal; que la palabra sea tan libre como el pensamiento, y la imprenta y la tribuna tan libres como la palabra; que no se desaproveche ninguna actividad y todas las voluntades concurran al bien comun por el sufragio universal; que el jurado y en él la conciencia, la voz de Dios en la vida, juzgue á los hombres y temple la sévera infle-

xibilidad de las leyes; que el derecho encarne en el Estado la naturaleza del hombre; que la asociacion libre y voluntaria realice los fines morales, religiosos, artísticos, científicos del hombre; que la enseñanza sea libre y el comercio libre, sin que tema ni la sombra de la aduana ni la garra del fisco (*Aplausos*); que toda vida política se funde en la libertad, y toda libertad en igualdad, para que no degenere en privilegio (*Aplausos*); que la sociedad sea para los espíritus lo que es el espacio para los cuerpos, una necesidad, sí, pero una necesidad que no dañe la impenetrabilidad de nuestro derecho (*Bien, bien*); para que lleguemos á los tiempos en que los hombres libres se reunan en pueblos libres, los pueblos libres en razas afines, las razas en sus continentes, los continentes en la humanidad, y la humanidad se aproxime por la justicia y el derecho á Dios. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Señores: El progreso en la naturaleza, consiste en acercarse al espíritu; el progreso en el trabajo, consiste en apropiarse libremente la naturaleza; el progreso en la familia, consiste en unirse más estrechamente cada dia en el mútuo respeto y en el mútuo amor; el progreso en el arte, en hermosear toda la vida humana;

el progreso en la ciencia, en extender y dilatar las relaciones del espíritu con la humanidad, con el universo, con Dios; el progreso en la religion, en asemejar nuestra existencia en virtud, hermosura y verdad á Dios; el progreso social, en la realizacion del derecho, y el progreso total, en el desarrollo de nuestra esencia y en el cumplimiento del bien. Seguramente, señores, ya estais cansados de oirme. (Muchas voces: *No no.*) Y si no es tais cansados de oirme, á lo cual os obliga vuestra caballerosidad, lo que os aseguro, y no podeis negar, es que yo estoy cansado de hablar. (Muchas voces: *Que descanse, y que siga, que descanse.*)

Agradezco infinito vuestra benevolencia. Puesto que se ha tratado la cuestion tambien históricamente, daré algunas pinceladas históricas para terminar esta controversia, que ha durado, señores, todo el año. Veamos. Mirad el Oriente, y observareis el principio de la historia y la infancia de la humanidad, la naturaleza exuberante, la tierra cubierta de bosques gigantescos, cruzada por rios caudalosos, quebrada por montañas inaccesibles, ceñida de mares tempestuosos; la sociedad inmensa como la naturaleza, y como la naturaleza absorbente; la teocracia recelosa, con un dedo en los

lábios para imponer silencio á toda palabra que no sea su palabra; la ciencia cabalística y misteriosa, oculta al pié del altar, como un fuego que abrasa; la verdad encerrada en un geroglífico; los animales más gigantes en los altares; los vicios más voluptuosos en el culto; las castas como única organizacion social, de donde brota el placer para el poderoso y el amargo dolor para el humilde; la inmovilidad tenida por ley de la vida; el misticismo por ley del espíritu; la obediencia por la ley de la sociedad; el aislamiento por ley de los pueblos; la contemplacion por ley del arte; ideas todas que borran el espíritu del hombre, que abruman su conciencia; que hubieran hecho de la humanidad una esfinge sosteniendo un altar, si la lógica viva, oculta en todos los hechos, no hubiera despertado dos pueblos, el uno en el dintel del Africa y el otro en el dintel de Europa: el primero, que saca el geroglífico del santuario y lo escribe en la pared del templo; que talla las piedras y encuentra el embrion de la aérea columna; que pronuncia la palabra misteriosa de su ciencia en los oidos de otra raza; que presiente en sus dioses la estátua; que embalsama los cadáveres, y arranca así la idea de la individualidad á la oscura muerte de las

antiguas teogonías (*Bien, bien*); y el otro que tiende un leño en el mar, una vela en el aire; que impulsa con el trabajo la vida inmóvil del Oriente; que lleva los dioses informes en las barcas para que los talle y convierta en hombres el cincel del artista; que trasforma el geroglífico en letra alfabética, la imprenta de la antigüedad, para que pueda expresar todas las ideas y comunicarse á todas las razas; y así entre estos dos pueblos, entre Egipto y Fenicia, trasmiten el alma soñolienta, mística, panteista del Oriente á otras regiones, donde pueda amanecer la primer luz de la libertad y celebrarse, libre de las cadenas de la naturaleza, la emancipacion del hombre. (*Aplausos.*)

La infancia de la humanidad es el Oriente; pero la juventud primera de la humanidad es Grecia. La naturaleza es riente, graciosa, de costas ondulantes, de mares serenos, de arroyuelos que corren entre adelfas, de montes ceñidos de lentisco, de bosquecillos de mirtos, donde arrulla la paloma y el ruiseñor eleva sus arpadas endechas; los dioses son alegres jóvenes, vestidos de luz, ceñida la frente de flores, cantando y riendo siempre; el templo es armonioso, abierto á todos vientos, porque no tiene ningun misterio; cortado por columnas

que llevan, como la vírgen griega una guirnalda, su diadema de acanto; el culto se celebra, no con sacrificios humanos, sinó con danzas y cánticos, y libaciones y comidas, donde se reparte el vino de Chío y la dulce miel de Hibla; la república se encierra en una ciudad donde los hombres viven perpétuamente en compañía de sus dioses; el teatro es un templo; la plaza pública un teatro, donde el orador no habla, sinó canta; la historia se recita en los juegos olímpicos; las batallas se empeñan entre los acordes sonidos de los coros y la inspirada voz de los poetas; la filosofía se explica entre jardines, á la sombra de los plátanos, viendo el sol quebrarse en el mar, y respirando las dulces áuras que bajan del azulado Hymeto; las grandes navegaciones son *teorías*, son procesiones en que el barco ostenta su popa dorada, y el navegante aleja la tempestad con su sonrisa, y se corona de verbena para despedir al sol ó saludar á la luna; las grandes conquistas, como la de Alejandro, más que por las armas se alcanzan por el amor de aquella raza á todas las razas, por la lira que lleva en las manos y la armonía que lleva en los lábios; el mar allí está poblado de sirenas que cantan en las ondas, los arroyos de náyades que cantan en

la linfa; los campas de fáunos que suenan el caramillo en los bosques; las ciudades de estátuas cuyas formas son una armonía; y hasta la muerte, en todas partes tan triste y tan solemne, es allí alegre, pues el griego la recibe contento, como un beso de amor, y se duerme en sus brazos sonriendo, como pudiera despues de un festin dormirse en brazos de su amada hetaira; que religion, política, ciencia, vida, muerte, son en la pátria del arte un prolongado cántico. *(Vivos y repetidos aplausos.)*

Era necesario unir el Oriente y Grecia, y entrar en la edad madura del mundo. Roma, hija de Marte, alimentada en su cuna por la leche de salvaje loba, teniendo por primitivo dios una lanza enmohecida y ensangrentada puesta de punta en el suelo, es la fuerza que viene á reunir, á condensar toda la vida precedente y toda la historia anterior: en sus patricios y en sus plebeyos, el Oriente y Grecia; en sus tablas y en sus códigos, el derecho de todos los pueblos; en su ciencia ecléctica, el pensamiento de todas las filosofías; en su panteon, los dioses misteriosos de todas las religiones; en su imperio, la soberanía de todas las razas; en su ejército, la columna macedónica, el elefante oriental, el salvaje galo desnudo, el íbero

vestido de lino y envuelto en su manto negro, el hondero balear, el ginete númida, verdadero centáuro, cubierto de pieles de tigre, que vuela en su caballo, en pelo y sin rienda, como el simoun por el desierto; y por último, en el recinto de su Pœmerium todas las regiones: la que protextó con Antioco y con Mitridates, el Oriente; la que protextó con Sagunto y con Viriato, el Occidente; la que protextó con Amilcar y con Annibal, Africa; la que protextó con Breno, las Galias; la que protextó con Arminio, la Germania: que no hay fuerza bastante á resistir al leon que sacude de su guedeja en el coliseo el polvo de todas las regiones de la tierra; á la espada que disciplina todas las razas de la humanidad; al cíclope que levanta con las ruinas de todos los altares el templo gigantesco del nuevo Dios; al profeta que amasa con la sangre vertida á sus piés, el cuerpo de la nueva humanidad; al misterioso pueblo que trae á la vida la unidad material del género humano, y á la so iedad la unidad civil del derecho; términos que son completados en una sublime trilogía por la unidad espiritual del cristianísmo. *(Bien, bien.)*

Pero el mundo antiguo se perdia por el sensualismo. Los emperadores subian al trono en

hombros de la guardia pretoriana, no para regir el mundo, sinó para vengarse como Tiberio; para ser el primer farsante de su siglo como Neron; para comer como Vitelio; para mancharse con las enormidades del sensualismo, como Heliogábalo; la matrona desnuda en su carro de marfil á gozarse en ver morir los gladiadores; los hijos delataban al espía que sus padres habian maldecido en sueños al emperador, sólo para heredarles; el patricio dejaba caer las armas de sus progenitores, que no podia levantar del suelo, y pasaba su vida en el baño, huntándose el afeminado cuerpo con nardo; el amor habia llegado á todas las brutalidades que puede imaginar en sus desvarios la naturaleza viciada; la crueldad encalleció las conciencias y los corazones, pues el camino triunfal de Craso al Capitolio estaba ornado de seis mil esclavos; y el camino de Neron á su palacio, estaba alumbrado de hombres cubiertos de resina y pez, que ardian como hachones, y en una fiesta de Claudio morian diez y siete míl gladiadores; los misterios de Eleusis, ántes tan puros, se habian convertido en una orgía; las Vestales, ántes tan castas, en miserables prostitutas; el pueblo romano, ántes tan fuerte, en una plebe ociosa que la Anno-

na mantenia y el Circo distraia; sociedad horrible, cuya imágen nos ha quedado en aquella cena de Trimalcion, en que se comen lenguas de ruiseñores, se beben perlas en el vino diluidas y encerradas en copas hechas de una sola esmeralda, se saborean murenas alimentadas con carnes de jóvenes esclavos; orgía en que todas las fuerzas humanas se hubiera agotado, si del Rhin, del Danubio no hubieran venido á interrumpirla aquellos bárbaros, crueles, feroces, que traian el martillo de Thor en una mano para demoler los templos y las estátuas, la espada de Odino en la otra para sacrificar las generaciones; bárbaros castos pero horribles, que aparecian desnudos, ó cuando más, cubiertos con algunas pieles de osos y de ratas; que arrojaban por flechas huesos humanos, y llevaban las cabezas de sus enemigos pendientes del cuello de los caballos; y que guiados por Alarico, por Genserico, por Radagusa, por Atila, hubieran en mares de sangre anegado toda aquella civilizacion, si el sacerdote cristiano, armado de la nueva idea, no les hubiera obligado á olvidar las divinidades antropófagas de sus selvas por el Dios de la mansedumbre y del amor; y derramando el bautismo sobre aquellas razas, no hubiera bautizado una nueva

civilizacion; triunfo sublime del espíritu sobre las fuerzas, de la idea sobre las armas.

Señores: No busqueis la Edad media, la antítesis del mundo pagano, en los castillos feudales, que son unas cuantas piedras arrojadas para contener nuevas irrupciones de bárbaros; no la busqueis en la gleba empapada de lágrimas y sangre, porque allí está la servidumbre, y donde está la servidumbre no está la vida; no la busqueis en los municipios, cuya libertad es privilegiada como la libertad antigua, y como la libertad antigua egoista; no la busqueis en las guerras que agitan al mundo en delirio infinito, como si estuviera embriagado en sangre; no la busqueis en los esfuerzos de algunos grandes reyes para constituir naciones, que acaban siempre por abortar mónstruos; no la busqueis ni en la protexta prematura del racionalista Abelardo, ni en la protexta imposible del republicano Arnaldo; buscadla en su gran carácter, en el predominio de la idea religiosa sobre todas las ideas; en su gran personificacion, en el Papa arrogante, que tiene á sus piés, de rodillas, ayuno, lívido, trémulo, azotado por la escarcha, al emperador de Alemania; buscadla en su gran símbolo, en las catedrales góticas, en aquellas maravillas de piedra, hechas por generaciones anima-

das por el espíritu religioso, maravillas que llevaban, como el arca de Noé, en sí toda la civilizacion de su tiempo, pues á su sombra se agrupan las casas, como los polluelos bajo las alas de su madre (*Aplausos*); en su plaza se reune el mercado; en su pórtico se bendicen los alimentos; en su cláustro se verifican las fiestas teatrales; al son de sus campanas se congregan las Asambleas; al pié de sus altares se arman los caballeros; de sus capillas salen los peregrinos; en su tribuna resuena la única palabra que se oye en aquella edad, la palabra del sacerdote; en su atmósfera se une el cántico del clero á la voz tonante del pueblo, que forma el coro y llena las bóvedas henchidas de oraciones; en sus aras está la madre de todos los hombres, la Vírgen pura; en sus letanías, el triunfo del amor místico; en sus procesiones, perfumadas de incienso, bendecidas por el órgano que anima cuadros, estátuas y columnas, iluminadas por los cirios y por las lámparas que parecen estrellas errantes que han ido á beber su luz en el santuario, en sus procesiones, todos los misterios del alma; en su arquitectura, todo el arte, la columna griega, cortada en haces, el arco romano, agrandado como las puertas eternales, y el obelisco orien-

tal, pero no empotrado en la tierra, sinó perdido en los aires (*Bien, bien*); en el suelo, compuesto de lápidas sepulcrales, la vida de ayer, la muerte; en la forma de la iglesia, que es una cruz, la vida de hoy, el sacrificio; en las hojas cinceladas en los arcos, la naturaleza; en la ventana rasgada que se abre allá arriba, y que recoge la luz y la descompone en los matices del iris, el cielo; y en la aguja calada, aérea, que se levanta á lo infinito, que se pierde en los arreboles del firmamento, la escala mística, misteriosísima, por donde la vida contingente aspira á confundirse con la vida eterna, y el hombre, movido por la fé, sube á perderse en el seno de la gloria. (*Vivos y redoblados aplausos*.)

Pero la Iglesia sola no podia llenarlo todo, absolutamente todo, en la vida del hombre. No se puede negar la naturaleza sin que se levante á revindicar sus derechos. La Edad media, dejando aparte su ideal religioso, es un caos; la guerra embriaga á los hombres de sangre; el caballero feudal ha sido admirablemente representado en aquel Beltran del Bornio que iba pisando fuego, y llevaba su propia cabeza en las manos, centelleando de sus ojos hundidos torva luz, y escupiendo de sus lábios san-

gre coagulada; la tierra se perdia por la maceracion; el hombre por no tener confianza en sí mismo, cuando un soplo de vida vino á despertar el renacimiento, y la lira de Grecia sonó con todas sus armonías, y Bruneleski levantó el templo griego agigantado con la idea cristiana, y Rafael encerró el espíritu místico en la forma de la Psiquis griega; y Miguel Angel puso el *Te-Deum* de la redencion en las gigantescas figuras del mundo clásico, y Descartes arrancó la razon al yugo de la antigua autoridad científica, y la pólvora hizo volar en pedazos los castillos feudales, y la brújula conquistó el mar, y Colon dió á la tierra la conciencia de sí misma, y el lente de Galileo dilató los cielos, y un hombre oscuro é ignorado sacó del hierro de las cadenas unas letras en el fondo del cláustro de Strasburgo, y trajo en su mano con esas letras de imprenta el filtro de la inmortalidad, para lo que hay de más sagrado en nuestra naturaleza, para el inviolable pensamiento. *(Aplausos.)*

Pero como el progreso es tan lento, y el impulso de la humanidad hácia su perfeccion tan débil, la inquisicion pesaba aún sobre la conciencia; la censura sobre el pensamiento; la tasa sobre el comercio; el privilegio sobre el

trabajo; el señorío sobre la propiedad; el rey sobre el derecho; el último eslabon de su cadena sobre el esclavo; la última piedra del feudalismo sobre la tierra, cuando la monarquía absoluta, que materialmente se moria de hambre, buscó un auxilio en las entrañas de Francia; llamó á los sacerdotes que creia teócratas; á los nobles que creia feudales; á la clase media que creia aún realista, y se encontró espantada, con que buscando unos Estados á la manera de la Edad media, habia encontrado al pueblo inspirado por la filosofía, al pueblo trasfigurando por la idea *(Bien, bien)*, cuya fuerza habia roto todas las cadenas y habia subido á todas las conciencias desde las hogueras y la Bastilla; y en aquella noche, la más augusta que guarda la libertad en sus anales, en aquella noche, del 4 de Agosto de 1789, fecha que todo hombre debe llevar grabada en el corazon, y trasmitir entre bendiciones á sus hijos *(Aplausos)*, el clero perdió sus privilegios, la nobleza arrojó la coyunda feudal que habia pesado mil años sobre el mundo (*Aplausos*), el eterno esclavo irguió la frente y se encontró igual á sus señores por sus infortunios; y la última sombra que huia de aquella noche, se llevaba consigo lar-

gos siglos de servidumbre, y la primera luz que alboreaba venia á iluminar el derecho que nadie pobrá arrebatarnos, porque en el Sinaí del pueblo se escribió ese derecho, no en bronces, no en mármoles, no en tablas, no; se escribió en nuestra conciencia, en el cielo inmortal de nuestro espiritu. *(Ruidosos y repetidos aplausos.)*

Así veis el hombre confundido con la naturaleza en el Oriente, el hombre comenzando su emancipacion en Grecia, el hombre uniéndose á la humanidad en Roma, el hombre redimido del antiguo sensualismo por la idea cristiana, el hombre reconociendo su personalidad en el aislamiento en que le encerraba el derecho bárbaro, el hombre educando su espíritu en la catedral de la Edad media, el hombre uniéndose á la naturaleza en el renacimiento, el hombre coronándose con su derecho en la Constituyente francesa, el hombre entrando más libre en el siglo diez y nueve. Ahora bien: decidme con la mano puesta sobre el corazon, con los ojos puestos en la conciencia, aquí donde no nos oye nadie: ¿Quereis pertenecer á la raza de los Crasos ó á la raza de los Espartacos? ¿Quereis pertenecer á la raza de los tiranos ó á la raza de los Sócrates? ¿Quereis

pertenecer á la raza de los inquisidores ó á la raza de los Galileos? ¿Quereis pertenecer á la raza de los enemigos del hombre ó á la raza de sus redentores? No tembleis, no desmayeis. La tierra rueda bajo nuestras plantas; y como Colon, vemos desde el pobre esquife que nos sostiene sobre los abismos, la luz misteriosa que nos descubre la anhelada tierra, cuyas brisas besan ya nuestra frente. No desmayeis. Los que dicen que la sociedad se muere, lo dicen porque se mueren ellos y se mueren sus ídolos. *(Aplausos.)*

Yo, alentado por vuestras manifestaciones de simpatía, muestras unánimes que indican, no el aplauso á mi palabra por lo que tiene de mia, sinó el reconocimiento de que sentís lo que yo siento; yo, alentado por vuestras simpatías, entro con el ánimo sereno en la ciudad del porvenir, y veo la tierra trasfigurada, espiritualizada; el trabajo redimido; las relaciones de los pueblos libres; las naves bogando por todos los mares á su antojo; el globo aereostático, alas de nuestra organizacion, hendiendo la atmósfera; las entrañas del Océano esploradas; los tesoros de la tierra abiertos al hombre; todas las tiranías hundidas; todas las servidumbres acabadas; la cuestion social resuelta por la liber-

tad; el derecho grabado en las conciencias; los pueblos unidos; el verdugo descendiendo del cadalso; la guerra envainando su sangrienta espada; la familia penetrada del amor divino; el arte hermoseando la vida y descubriendo nuevas armonías; la ciencia levantando la escala luminosa de las investigaciones desde la tierra al cielo; la humanidad creándose por su trabajo un nuevo mundo en lo infinito; la idea de Dios siendo una en todas las conciencias, una para todos los hombres; hasta el instante en que, cumplido todo nuestro destino, realizada toda nuestra esencia, confundidos todos los espíritus, la eternidad, que únicamente tiene el secreto final de nuestra vida, pronuncie el *Consumatum est* del gran Evangelio del progreso. He dicho. (*Estrepitosos, y unánimes y prolongados aplausos.*)

LA LIBERTAD Y EL TRABAJO.

Señores:

Nunca me he sentido tan vivamente impresionado como esta noche, en que debo hablar al pueblo trabajador en el lenguaje del pueblo, á ese pueblo que despues de tantos sacrificios, despues de tantos progresos, aún no ha entrado en la ciudad santa de la libertad y del derecho. Pero no es mi ánimo de ninguna suerte exacerbar dolores y recrudecer heridas, pues en mi confianza por la causa del progreso, en la seguridad que tengo de que la injusticia no ha de ser eterna; cuando os veo durante el dia inclinados sobre vuestras máquinas, sobre vuestros artefactos, aceptando gustosos la ley del trabajo para ser útiles á vuestra familia, á vuestros semejantes; y en las horas de la velada, en vez de ir en pos del placer, viniendo aquí á comu-

nicaros mútuamente vuestras ideas, á educar la generacion que ha de sucederos, á despertar en el corazon del niño ese gran sentimiento del arte, que es como el resplandor del bien; no puedo ménos de bendecir á Dios, que para las crisis futuras, para los acontecimientos que preveen todos los que tienen abiertos los ojos del alma, nos prepara un pueblo fuerte en el trabajo, conocedor de su derecho, esclavo de su deber, moralizado por la ciencia, que á un tiempo da vuelos á las grandes inspiraciones del espíritu y freno á los apetitos del cuerpo; pudiendo ante este espectáculo anunciar á los que tanto recelan de lo porvenir, que el dia de la libertad será tambien el dia primero de la fraternidad de todas las clases, de la union entre todos los hombres, confundidos en la santa idea de la justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Podremos sentirlo, podremos celebrarlo; pero no se puede negar que los dias que se acercan, los dias que vienen á más andar sobre nosotros, son los dias de la emancipacion del cuarto estado, del pueblo: que así está escrito en la ley de la vida, en el movimiento de la historia y en los arcanos de la Providencia. Notad, señores, que todo cuanto sucede en el mundo, sucede para este fin. La ciencia ha sa-

lido del cláustro para bajar al taller: la imprenta ha destruido las antiguas aristocracias científicas, para llevar el verbo de la idea á todas las inteligencias en su misteriosa hoja de papel, que penetra hasta en el fondo de las cabañas: la pólvora ha hecho saltar en mil pedazos el alto castillo donde anidaba el águila feudal que tenia clavadas sus garras en nuestro pecho: las mismas monarquías absolutas han pasado el rasero de la igualdad sobre todas las frentes y han preparado con su cetro de oro el dia del derecho, como la antigua Roma preparó con su espada el dia del cristianismo: la clase media, al erguir su frente é imponer sus derechos á los antiguos poderes, nos ha enseñado el camino de la emancipacion: los guerreros que parecian más soberbios y omnipotentes, han sido el instrumento, el hacha con que el pueblo ha herido la vieja encina de los antiguos imperios, para infundir la sávia de su idea; pues el dia en que no sirvieron para este fin se vió el más gran capitan del siglo morir aislado en una roca, en mitad del Océano: los milagros de la industria, el vapor que borra las distancias, la electricidad que lleva en sus chispas por toda la redondez de la tierra la palabra humana, la prensa periódica, que es el gran

libro de las muchedumbres, todo, todo cuanto sucede, sucede como el trabajo interior del planeta, ántes de que apareciese el hombre; sucede para preparar la sociedad á la necesaria, á la inevitable emancipacion de los pueblos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

En verdad, señores, nunca ha sido más necesario instruir, educar al pueblo, llevar á su inteligencia la idea y á su corazon la virtud. El esclavo, que no tiene conciencia, que no tiene derecho, sujeto á la voluntad de su dueño, atado con sus cadenas á la tierra, sin más fin que empapar con el sudor de su frente los campos para ofrecer á su señores los frutos de su trabajo; como el desgraciado está sujeto al fatalismo de la materia, como es ménos que una máquina, seguramente no ha menester educacion alguna para arrastrarse en el polvo y ahogar en el polvo sus sentimientos, sus ideas, su vida; pero el hombre del siglo diez y nueve, jefe de su familia, dueño de su trabajo, responsable ante Dios y los hombres de sus acciones, poseedor de su pensamiento, llamado á los comicios, á la imprenta, á la tribuna por la libertad, destinado á ejercer todos sus derechos, necesita un conocimiento claro de sí, de sus facultades, de su relaciones con Dios, con la huma-

nidad y con la naturaleza, de sus derechos individuales y de sus deberes sociales; porque si el error le lleva al suicidio, entierra consigo la sociedad, y mata de su misma muerte la salud y el porvenir de sus hijos. (*Vivos y redoblados aplausos.)*

Señores: Yo no vengo aquí á adular al pueblo, sinó á decirle lo que creo verdad, con toda la franqueza y con toda la honradez de mi alma. En tres ocasiones el pueblo ha sido dueño de su destino y de su derecho, y en las tres se ha perdido por sus propias culpas. (*Sensacion.*) Sí, la responsabilidad de ciertos males no debemos exigirla á los tiranos y á los enemigos del pueblo, porque esos, obrando mal, han cumplido su destino, han hecho su oficio. (*Estrepitosos aplausos.*) Los que tenian el deber de conservar la libertad y no la han conservado, son principalmente responsables de las desgracias que nos han afligido. Las tres ocasiones en que el pueblo alcanzó su derecho, fueron 1789 en Francia, 1812 en España, 1848 en Francia. Nunca pueblo alguno vió la luz con tanta claridad como el pueblo francés en su gigante revolucion. Aniquiló el feudalismo, el buitre que roia las entrañas de la humanidad encadenada; demolió la Bastilla, negra cárcel del pensamiento; acabó

con la monarquía absoluta, la cual depuso á sus piés la soberbia corona del derecho divino; llamó á la libertad á todos los esclavos, y á la vida de la idea á todas las conciencias; inspiró el sentimiento de igualdad á las clases y el sentimiento de fraternidad á los pueblos; dia de triunfo gloriosísimo, que pudo y debió ser eterno, si el pueblo, mal aleccionado por las enseñanzas de los antiguos tiempos, no hubiera vertido sobre la tierra tanta sangre, la misma sangre de sus tribunos, de sus filósofos, de sus mártires; sangre que cayó gota á gota sobre los hombres de la revolucion; sangre que levantando mefíticos vapores engendró el falso espejismo de la gloria militar, y llevó al pueblo á abdicar su soberanía en aras del génio, que era el dios de las batallas; sacrificio tanto más doloroso, cuanto que era inútil, pues años ántes ese mismo pueblo, desnudo, hambriento, sin más armas que sus ideas, venció, más que con sus fuerzas, con sus principios, alentado por los ecos del cántico de la libertad, á todos los antiguos reyes, forzándoles á reconocer la grandeza y la justicia de su derecho. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

A no menor altura se alzó el pueblo español en otra ocasion semejante. Desarmado, venció

al guerrero que tenia bajo las alas de sus águilas asombrada y muda la tierra; emancipado de una esclavitud de tres siglos, escribió con su sangre, al fulgor de la tempestad, el Código inmortal de 1812, que toda Europa admiró, que Italia tomó por carta de sus libertades, que Grecia unió en su memoria al recuerdo de sus venerandas leyes, como unia en sus lábios al nombre de sus héroes el nombre de los héroes españoles, pues siempre que trate un pueblo de recobrar su nacionalidad hollada, invocará el númen de este pueblo, que perdió tanta gloria y fué esclavo por haber confiado la custodia de sus libertades á los mismos que le habian vendido al extranjero; error que nuestros padres pagaron, unos con las amarguras del destierro, otros con las ignominias del cadalso. (*Estrepitosos aplausos.*)

Y vino un nuevo dia, el de 1848, que imaginábamos que habia de ser eterno para la causa de la civilizacion, y el pueblo se levantó de su postraccion y ahuyentó con su menosprecio á los mercaderes de la libertad, y no manchó los timbres de su soberanía con una gota de sangre, y proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad, palabras sagradas que resonaron desde el Volga hasta el Bétis entre las aclama-

ciones de los oprimidos; y despertó á Hungría, Polonia é Italia, que se incorporaron en sus sepulcros; y hubiera afianzado su victoria, á no caer en el error de pedir al Estado, al poder, el trabajo, el pan de la familia, la solucion del problema social que el Estado no resolverá, que el Estado no puede resolver, que el Estado no resolverá nunca sinó levantando sobre los restos de la libertad vencida el bárbaro cesarismo, que en cambio de un pedazo de pan, arrancado al pueblo con una mano y devuelto con la otra, pero empapado en la hiel de su vergüenza, en cambio de ese amargo pedazo de pan, le arrancó lo que más necesitan los pueblos, su dignidad, su derecho, y con su dignidad y con su derecho el trabajo y la liberdad de sus hijos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Todos estos hechos igualmente gloriosos y tristes, os enseñan que el pueblo, en este siglo de su emancipacion, necesita ántes que todo alimentar su alma con una moral y sábia educacion, que le muestre dónde se esconden los escollos contra que se estrellan sus derechos; dónde se forjan las cadenas que le detienen por su mal en el camino de su perfeccionamiento. Hé aquí, señores, el beneficiosísimo fin que

cumple esta sociedad, y por el cual merece bien de la pátria, bien de todos los corazones honrados.

Educar al artesano y á los hijos del artesano, es la obra más meritoria que puede cumplirse á los ojos de Dios y de los hombres, y es imitar aquel eterno modelo de virtud y de perfeccion que se gozaba en dar la verdad divina á los niños, como el ave del cielo da el grano de trigo á sus tiernos polluelos que pian en el nido. Hoy, moral, civil, religiosamente, todos somos iguales. El mejor de todos no es el que desciende de más ilustres abuelos, sinó el que más trabaja. En otro tiempo, señores, el envilecimiento estaba en el trabajo (*Aplausos*); hoy el envilecimiento está en la ociosidad. (*Redoblados aplausos*). En otro tiempo el trabajador era despreciado, tenido por vil, estimado en ménos que la materia bruta; pero hoy cada uno es hijo de sus obras, y la honra y la virtud nos igualan á todos, y el trabajo, ley divina, á todos nos ennoblece.

El trabajador deshila cuidadosamente las plantas, las tege, las tiñe con los colores del iris, y viste la inclemente desnudez humana; desinfecta lagunas, abre bosques, lanza sobre los abismos los puentes, y en el aire vago ex-

tiende la cadena mágica que da á la palabra humana la celeridad del relámpago; pone el cincel en la piedra, el color en la paleta, la cuerda vibrante en el arco, la idea en la imprenta, y levanta el mundo de las artes y de las ciencias, que es el espacio de nuestro espíritu; lanza sobre los mares el tosco leño, desplega á los aires la leve lona, y desafia las tempestades y cruza de region en region, de gente en gente, llevando á todas en los productos de apartadas zonas la comunidad del espíritu humano; destila el sudor de su frente sobre los campos, y los corona de flores y de frutos, y les arranca los manantiales de la vida; pues el trabajo que ha de luchar con las leyes de la gravedad, con la diferencia de las estaciones, con los rigores de los climas, con la brevedad del tiempo, con la flaqueza de nuestras fuerzas, por estos mismos obstáculos, sin duda alguna, es el cincel con que el trabajador, este artista divino, perfecciona la tierra, y la ofrece en los altares del espacio hermoseada, más digna de la providencia de su creador que en los primeros dias de su creacion, pues centellea de todo su sér lo que hay más divino en la creacion, el grande, el gigantesco, el inmenso espíritu del hombre. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

La instruccion, señores, que ha de darse al sér que así contribuye á la perfeccion de la tierra, debe abrazar los tres caractéres de la vida, como hombre, como ciudadano, como trabajador. Educad en el primero al hombre, despues al ciudadano, y despues, señores, con más especialidad lo que hay de más especial en su destino, el trabajo. Las primeras edades que no vieron en el trabajador al hombre, le llamaron pária; las segundas edades, que no vieron en el trabajador al ciudadano, le llamaron esclavo ó siervo; nuestra edad lo considera como parte integrante de la humanidad, y como parte integrante de la sociedad, igual á todos los hombres en naturaleza, é igual á todos los hombres en derechos. La educacion como hombre debe tener dos enseñanzas: moral y religiosa. La educacion como ciudadano debe tener dos enseñanzas: la enseñanza de los derechos de la personalidad, que trajo á la vida, y la enseñanza de sus deberes para con la sociedad en que vive. La educacion como trabajador debe tener dos partes: primera, enseñanza de las condiciones morales y económicas del trabajo, ó sea su ley general, y además enseñanza particular del trabajo á que consagre sus fuerzas. De esta suerte, lejos de envilecer su cora-

zon en el vicio, ó de entregar su conciencia á la duda; lejos de amar la cadena de la servidumbre, ó de ser piedra de anarquía; lejos de dejarse explotar por los que viven de la explotacion de las fuerzas humanas, ó de perturbar las leyes económicas que son eternas, el trabajador será hombre moral, amante de sus padres, fiel á la mujer que elija por compañera, próvido para sus hijos, ansioso de realizar en su vida el bien, la virtud, la hermosura que están esencialmente en Dios; será buen ciudano, que en vez de prestarse á servir de instrumento de tiranía, como esos desgraciados en quienes la ignorancia borra toda idea de la propia dignidad, prestará firme apoyo á la libertad y á la justicia; y será por último, buen trabajador, y por lo mismo no irá á pedir al Estado un sustento que el Estado no puede darle; no aborrecerá la propiedad, fuente del trabajo; no deseará esa proteccion del fisco, que es la causa del atraso de la industria y de la paralizacion del trabajo; no vivirá en el aislamiento, expuesto á no tener abrigo en el dia del infortunio, ni ahorros y lecho en el dia de la enfermedad, sinó que pedirá la libertad de asociacion para centuplicar sus fuerzas, para obrar los milagros que obran siempre los hombres reunidos, para

realzar toda su naturaleza en todas las graduaciones de la vida, y para ser digno de la explén-dida alma que recibió de su Creador. (*Aplausos.*)

La educacion moral es indispensable al trabajador. El hombre cuando se contempla á sí mismo, en su reflexion, se siente capaz del bien y del mal; ve la luz de la razon que ilumina todo su sér; oye la voz de la conciencia que le premia con la propia satisfaccion ó le castiga con el remordimiento; conoce que es libre, que puede hermosear su existencia, ó perderla y afearla; observa que su actividad le lleva á la accion, y que toda accion es aprobada ó reprobada por una ley escrita con caractéres indelebles en su naturaleza; se mira creado, y busca un creador á quien le ligan estrechos deberes, y es sér religioso; unido á los demás hombres á quienes ha de prestar su amor y su auxilio, y es sér social; formando parte de la naturaleza, que ha de cuidar y perfeccionar, y se siente llamado al trabajo; y así cuando desea y alcanza el amor puro para el sentimiento, la belleza moral para la imaginacion, la verdad para la razon, el bien para la voluntad, el cumplimiento del deber para la vida, se trasfigura, y hermosea y abrillanta con la luz

verdadera su alma, haciéndola digna de que en el dia en que este frágil cuerpo de barro se pierda en el polvo de la tierra, Dios la recoja enrojecida en el amor al bien, y la eleve hasta engarzarla más allá de los astros en la expléndida corona de su gloria. (*Ruidosos aplausos.*)

Suele decirse que esta educacion moral, esta educacion cristiana ha menester de mucha ciencia, y que el trabajador no ha nacido para la ciencia. Pues qué ¿no es hombre? Pues qué ¿no tiene una alma igual á los demás hombres? Pues qué ¿no tiene los mismos derechos y los mismos deberes que todos, puesto que delante de la naturaleza, como delante de Dios, no hay privilegios ni distinciones? Además, registrar la historia y vereis que del oleaje popular, de ese abismo donde pasan y mueren sin dejar una huella tantas generaciones, se han levantado los hombres que más han honrado con sus obras al género humano. Homero, que separa á Grecia del Oriente, es un mendigo que va de choza en choza, de cabaña en cabaña, pidiendo una limosna que sostenga su cántico; Xenóphanes, el gran filósofo que separó por vez primera el espíritu de la naturaleza, es un soldado sin más patrimonio que su lira y su espada; Sócrates, el justo Sócrates que dió conoci-

miento de sí mismo á la conciencia, era hijo de un artista; Terencio, el más gran poeta cómico de Roma, fué esclavo; Horacio, el más gran lírico, liberto; y Virgilio, el más gran épico, labrador nacido en las cabañas, entre pastores, bajo los sáuces, oyendo el mugir de los bueyes, el balar de las ovejas; los tres génios más profundos de la literatura moderna, Shakspeare, Cervantes y Moliere, pobres eran tambien, pues Shakespeare fué palafrenero y no lord; Cervantes soldado y no rey, y Moliere un cómico, á quien negaba hasta la sepultura la barbárie de su gran siglo; pero ¿qué mucho? hasta el mismo Divino Mártir que os ha redimido, eterno modelo de perfeccion moral y religiosa que adorará mientras tenga conciencia el género humano, Jesucristo, nació en un establo, llamó padre á un artesano, vivió la vida del pobre, buscó por apóstoles pescadores, diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si hubiera querido que así como su muerte redimió del error el alma, su vida redimiera del envilecimiento el trabajo. (*Ruidosos y prolongados aplausos que interrumpen por algun tiempo al orador.*)

Señores: Las inmerecidas muestras de entusiasmo con que recibis mis palabras, me han distraido un momento, y despues de daros gra-

cias, vuelvo á seguir el hilo de mi discurso. No basta con la educacion moral y con la educacion religiosa. Es necesario educar al pueblo tambien para la vida política. Si estudiais al hombre, no podeis desconocer en él una doble naturaleza, individual y social. Dos ideas han prevalecido, igualmente funestas, dos ideas que deben combatirse en toda buena educacion política. La primera es la idea de que el hombre puede ser libre fuera de la sociedad; la segunda es la idea de que el hombre no debe ser libre para vivir en sociedad. Señores: la sociedad es tan necesaria al hombre, como el espacio al cuerpo, como la inteligencia á la idea, como la atmósfera á nuestra vida. El hombre, léjos de ser libre fuera de la sociedad, sería esclavo de la materia bruta, la más dura, la más deshonrosa de todas las esclavitudes. La sociedad es un sér real, con vida propia, con leyes propias; un sér tan real, tan verdadero como el hombre. Por eso donde quiera que el hombre se aparta de la sociedad, se entrega al dominio de las fuerzas ciegas de la materia, que lo sojuzgan y lo tiranizan. Mirad esos hermosos territorios, donde vive el indio á su capricho, donde no ha entrado la fuerza social, y vereis que la naturaleza es bella como una serpiente, pero como

una serpiente traidora y venenosa. Los grandes árboles entrelazan sus ramas y defienden sus frutos de la mano del hombre con la coraza de sus zarzas y de las plantas parásitas; el polvo oculta ponzoñosos insectos; las flores y las hojas reptiles; los huecos de los peñascos fieras; el terremoto azota una tierra no domada; el volcan abre por do quier sus fauces; los lagos se corrompen con su inmovilidad y emponzoñan los aires, y el hombre muere en brazos de tan hermosa madre, porque falta el trabajo asociado, el trabajo social, que es la condensacion de nuestro espíritu sobre la tierra. (*Aplausos.*) Por eso me atrevo, señores, á recordaros vuestros grandes deberes sociales, el respeto que estais obligados á guardar á las leyes y á las instituciones que representan la sociedad. Mas al propio tiempo, no creais que la sociedad os exige para vivir en su regazo el sacrificio de vuestros derechos. La sociedad no quiere, no puede querer la muerte de sus hijos. Pedir que niegue un derecho, sería tan insensato como pedir á una madre que para ser buena madre mutile á su hijo al salir de sus entrañas. (*Aplausos.*) Señores: debeis pedir en todo tiempo lo que es esencia de nuestro sér, ley de nuestra naturaleza, alma de nuestra al-

ma; la libertad, sí, la libertad, que es una como nuestro pensamiento, que reside en todas nuestras facultades, que dirige los movimientos de nuestro cuerpo, que es nuestro título de soberanía sobre la naturaleza; la libertad de vuestra personalidad, porque sin ella desciende el hombre á la miserable condicion del bruto; la libertad y seguridad de vuestro hogar, para que no sea profanado el paraiso de la vida, la familia; la libertad de vuestra conciencia, porque la oracion más propicia á Dios es la oracion que se levanta del alma, y no la palabra que modulan descuidadamente los lábios, porque Dios vé hasta el fondo de nuestro sér; la libertad política, sin la cual es imposible la vida social; santa libertad, en cuyas aras se han sacrificado todos los héroes; santa libertad, que explica todo el movimiento de la historia; santa libertad, que buscarán instintivamente todos los esclavos, como la planta nacida en los abismos busca la luz y el aire, pues sin ella puede asegurarse que no vive, que no es nuestra armónica naturaleza. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero además de la educacion moral, de la educacion social, debe recibir el trabajador la educacion propia para conocer las leyes gene-

rales del trabajo. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo. Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarre el corazon. Señores: la historia moderna, compasiva, profundamente humanitaria como toda la ciencia, ha sostenido siempre el principio de que la civilizacion de los Estados no se mide por la felicidad de sus aristocracias, por la grandeza de sus poderes, por el brillo de sus ejércitos, sinó por las condiciones morales y materiales en que vive el pueblo; y cuando en su constante anhelo de conocer la vida pasada para explicar la vida presente, ha buscado los huesos y las cenizas de las generaciones que fueron, ha sondeado los abismos de las edades, ha oido un sollozo profundo, amarguísimo, un grito de dolor que se extiende como una maldicion de siglo en siglo, de generaciones en generaciones; y es el grito del trabajador, errante, desnudo, hambriento por los bosques; amenazado por la caza como las fieras; arrastrado al ara del sacrificio, y allí herido, degollado para ofrecer holocaustos á los dioses; confundido en un mar de sangre con el toro, con el cordero de las fiestas sáceas sobre los altares de Babilonia; encerrado en las entrañas de la tierra para bus-

car el oro de Ophir, mientras el hierro pesa sobre sus espaldas; hecho despojo del soldado, y presa del pirata; vendido por algunas *minas* en públicos mercados á ménos precio que el buey del campo y el caballo de guerra; pobre ilota, que lleva la cabeza cubierta con una piel de perro para mayor escarnio, el cuerpo mal oculto entre vestiduras de fieras, y el rostro herido por el látigo; mísero esclavo que es degradado hasta en su alma, hasta en su conciencias, pues su señor, en las últimas agonías del imperio romano, lo busca, no para la guerra, no para el trabajo, sinó para sus infames y vergonzosos vicios; eterna víctima en cuyo favor se mueve en vano la guerra servil, sobre cuya frente en vano cae la sangre divina de la redencion religiosa, pues los apóstoles del nuevo mundo que rediman su alma, no pueden romper sus cadenas; y el bárbaro pasa á su lado y lo ata á su carro nómada; y el señor lo clava como un hierro á los terrenos alodiales y á la propiedad sálica; y el mismo abad que le dice en la iglesia que todos los hombres somos iguales ante Dios, lo compra y lo vende en el mercado que se celebra á la puerta del convento; y pasan ocho siglos de civilizacion moderna, y no se alivia del peso de sus cadenas, has-

ta que asoma el primer reflejo del pueblo, el municipio; y pasan diez siglos más, y no es civilmente igual á sus semejantes hasta ese gran dia del juicio de Dios sobre los antiguos poderes, hasta esa gran tempestad de la revolucion de 1789, que grabó el derecho indeleblemente en nuestra conciencia, y dijo al señor y al esclavo que todos son iguales delante de la sociedad y de las leyes porque todos son hombres. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

He querido recordaros, señores, la triste historia de la esclavitud, para que comprendais que el progreso consiste en que el trabajo sea propiedad del trabajador y no del Estado; pues en la esfera social como en la esfera política, como en la esfera económica, el acrecentamiento de la personalidad humana es el fin del progreso. Esta ley os tendrá prevenidos contra la influencia del comunismo, que yo juzgo deletérea, y que no es más que la reproduccion de la antigua servidumbre. Pues una de dos, ó el comunismo no ha de cumplir sus promesas, ó ha menester organizar un estado fuerte, poderoso, que sea bastante á señalar desde el pensamiento comun hasta el trabajo comun, y desde la religion de todos hasta el alimento de todos. (*Bien, bien.*) Señores, en una sociedad así

organizada, donde la propiedad es del Estado, donde la ciencia es del Estado, donde la religion es del Estado, donde el Estado señala desde el vestido hasta el alimento, muerta la actividad individual, que es el móvil de las grandes empresas; ahogada la protexta contra lo presente, que es el ideal del progreso para lo porvenir; rota esa variedad infinita de caractéres, de inclinaciones, de aptitudes, que es la ley de la vida; destrozada la familia en ese caos de amores; trasladada la primera educacion del alma, de la madre, ese ángel del cielo, destinado á descubrirnos los horizontes de la vida, á los rigores de la disciplina de un maestro sin entrañas; organizado todo, y por consiguiente destruida la libertad, tan necesaria á la vida como el rocío al campo, como el viento á los mares, vendria bien pronto la ignorancia de todos, la miseria de todos, y la inmovilidad, que, paralizando los movimientos del espíritu y por consiguiente el progreso, reducirian esa sociedad á ruinas, como sus antiguos modelos, Esparta, y las sociedades esenias y moravas; eterno testimonio de la impotencia del comunismo, que no deja ni huellas de sí sobre la tierra, que emponzoña con su aliento la naturaleza, pues al matar la actividad del espíritu,

de la misma muerte mata al hombre. (*Ruidosos aplausos.*)

Pedid, señores, pedid las dos grandes ideas de los tiempos modernos, la libertad de trabajo y la libertad de asociacion. El glorioso movimiento de nuestro siglo ha destruido las grandes tiranías que pesaban sobre el trabajo, el *jurandum,* ó impedimento de trabajar; la córvea, ó el trabajo para otro; la tasa, ó sea el límite ficticio del trabajo; el gremio, ó sea el trabajo privilegiado; la creacion de oficios, ó sea el trabajo explotado por el poder; pero no se ha concluido aún esta grande obra de libertad, pues el trabajador está expuesto á morirse de hambre en el dia de una crísis ó de la suspension del trabajo por accidentes imprevistos ó por perturbaciones de las leyes económicas; expuesto á no tener auxilio ni lecho en el dia de las enfermedades á que está sujeta nuestra débil naturaleza, expuesto, despues de haber consumido toda su vida en el trabajo, todas sus fuerzas en el taller, á no encontrar un báculo á su ancianidad, á morirse tal vez por causa de los servicios mismos que ha prestado á los hombres; males gravísimos, inmensos, que en vano pretenderiamos desconocer y ocultar, y que sólo pueden remediarse por la aso-

ciacion libre y voluntaria, que centuplica las fuerzas del trabajo, que socorre al trabajador en sus necesidades, que vela al lado del lecho del dolor, que le ampara en una crísis, que es su providencia, pues le protege contra la idea de un porvenir incierto, y le asegura contra el temor al desamparo y la muerte por la miseria y el hambre; remedio tanto más grato, cuanto que está en la vida del trabajo, y en las fuerzas y en los derechos del trabajador. (*Aplausos*).

Señores: Jesús decia: buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura. Y yo, á semejanza del Divino Maestro, os digo: buscad la libertad y la justicia, que la libertad y la justicia armonizarán en sus verdaderas leyes el capital y el trabajo. (*Aplausos.*) Suele decirse que nuestro pueblo es presa del materialismo. Si algun pueblo ha dado muestras de desinterés, de frugalidad, de preferir la libertad y la justicia á los intereses y medros de un dia, es el pueblo español, que se distingue por su moralidad, por su generoso carácter y hasta por su despego á los bienes de la tierra, y su amor á todo lo espiritual, á todo lo grande, á todo lo sublime. Los que dicen que el pueblo español está consagrado al culto del materialismo, son

los sofistas, que han exigido dinero para ser elector, dinero para ser representante del pueblo, dinero para ser escritor, como si el dinero fuera el pensamiento, la conciencia, el espíritu, la ley, desmoralizando así la sociedad entera, que al ver que el derecho está en el oro y no donde Dios lo puso, en el alma, cree que vale más el oro que la conciencia y que el alma. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*) No, señores, no. Lo que más brilla en el mundo, lo que vale más que el oro, más que el talento, más que la gloria, es la virtud. (*Aplausos.*) ¿Qué vale una gran palabra si nace de un corazon corrompido? ¿Qué vale una gran gloria si está manchada de sangre? ¿Qué vale un poder inmenso si ese poder sólo ha acertado á oprimir? La virtud, la virtud brilla con la luz inmortal de los horizontes de la vida. Así, señores, yo no puedo dejar de recomendaros siempre la práctica de todas las virtudes cristianas, como un deber de vuestra vida, como una enseñanza perenne para vuestros hijos. Nada hay más triste que no sentir á Dios en el alma; y no está Dios en el alma corrompida, manchada por el lodo de la tierra. No lo olvideis tampoco; la nobleza de nuestro tiempo está en el trabajo. Si yo tratara de calificar con una palabra la

historia pasada, la llamaria la historia de la guerra; si yo tratara de calificar con una sola palabra la historia por venir, la llamaria la historia del trabajo. (*Bien, bien.*) La historia antigua nos ofrece por do quier cascos que brillan con la siniestra luz de la guerra; escudos que se quiebran; armas que se cruzan movidas por el ódio; caballos que relinchan al ronco son de la trompa guerrera; hoguerasque humean en honor de dioses sangrientos; teas encendidas que alumbran siniestramente el camino de la humanidad; gritos de espanto, ayes de moribundos, pueblos desplomados, lloros y sollozos de madres, de esposas que pierden las prendas de su corazon, fuegos fátuos que nacen de la huesa de los cadáveres hacinados en el planeta, que es como inmenso cementerio (*Bien, bien*); mas la historia de lo porvenir será la historia del globo acreostático que hiende los aires, del barco mágico que esplora las entrañas del Océano, de la electricidad aplicada al movimiento, de los cielos descubiertos por nuevos y más penetrantes telescopios, del comercio libre que la navegacion más rápida llevará por todas las riberas, del trabajo moral y material, que espiritualizará y hermoseará nuestro globo, devolviéndole los resplandores y la

inocencia y la hermosura del primitivo Eden. (*Aplausos.*) La grandeza del trabajo anuncia la emancipacion de los trabajadores. En ese gran dia, señores, no os acordeis de volver mal por mal; no querais ser opresores porque hayais sido oprimidos; no querais ser injustos porque hayais sido víctimas de la injusticia; coged el hacha del verdugo, pero que sea para destruir el cadalso, y luego arrojadla léjos de vosotros, porque una gota de sangre mancha para siempre las manos del pueblo y no pueden lavarla ni las lágrimas de cien generaciones; y estrechando contra vuestro corazon á los que os han creido enemigos, llamadles hermanos aunque os hayan llamado siervos; y así añadireis al explendor de vuestra libertad y vuestro derecho, el explendor de vuestro ejemplo y de vuestra historia. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

He concluido, señores, he concluido. Os he dado consejos con el corazon, y ahora mismo no puedo recapitular y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados á ilustrar esta sociedad, además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debeis aconsejar á vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejeis nunca de infundirles el amor vivo, profundo, á la nacion española, á esta tierra sa-

grada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamándola el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del íbero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres más grandes del imperio romano, cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió, ántes que ningun otro pueblo, el génio inquieto de los bárbaros con los restos de la civilizacion romana; que fué querida y hermoseada por los árabes como el Eden prometido por su profeta; que, mártir de la civilizacion universal, contuvo en su pecho las irrupciones de los pueblos bárbaros del África, cuyo álito, ardiente como el simoun, hubiera secado el árbol de la civilizacion europea; que tuvo en Castilla libertades democráticas ántes que Italia, y en Aragon libertades constitucionales ántes que en Inglaterra; que al finalizar la Edad media descubrió el camino del Asia, doblando audaz el cabo de las Tormentas con las naves portuguesas, y leyó con el génio de Colon el secreto de Dios en la soledad del Atlántico, dando un nuevo mundo á la tierra; que salvó, mientras Europa se preocupaba con las cuestiones metafísicas y religiosas, el cristianismo y la civilizacion en las

hirvientes aguas de Lepanto; que protextó contra la esclavitud de Polonia, y peleó por los derechos de la primer república que se levantó en América; que enseñó á los pueblos á principios del siglo á derribar en el polvo los conquistadores; tierra sacratísima en que reposan las cenizas de nuestros mayores, y que en el dulce nombre de pátria resume todos los amores y todas las ideas de la vida; tierra que nuestros padres amasaron con sangre, y que vosotros debeis fecundar con el rocío del trabajo. He dicho. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*)

EXPOSICION UNIVERSAL

DE FILADELFIA

Señores:

El Gobierno que actualmente rige los destinos de la república española, y en su nombre el distinguidísimo estadista que desempeña la cartera de Fomento, nos han congregado aquí para alcanzar por todos los medios propios de nuestro celo, digna representacion á la pátria en el gran certámen de la industria que á la primavera de 1876 inaugurarán los Estados-Unidos en la ciudad de Filadelfia. Demostrando de una manera palpable la igualdad sobre que esta comision se funda, ha sido destinado á encabezarla y presidirla el más humilde y el ménos competente entre todos vosotros. Razones políticas que nunca faltan ciertamente en las peripecias de nuestras lamentables tragedias; escrúpulos de delicadeza que omito; el

sentimiento profundo de mi inferioridad para tan alto encargo; la apreciacion exacta de los obstáculos y de las dificultades á veces insuperables con que habremos de tropezar en el camino para salir un tanto airosos en la empresa, me retrajeron de aceptarla y casi me determinaron á declinar esta nueva responsabilidad.

Pero bastó á contrastarlo todo un recuerdo que descendia de la memoria al corazon; un recuerdo al cual no pude sustraerme, porque era, señores, un recuerdo de agradecimiento. Corria el año solemne y crítico de 1873. El trono levantado por la revolucion de Setiembre acababa de hundirse; la república le sucedia naturalmente; casos graves, consecuencias necesarias quizá de todo tránsito desde una forma á otra forma social, sobrevenian á cada instante; el gobierno más avanzado, si no por sus actos, por sus personas, que tuvo nuestra pátria en el presente siglo nos regia; y en aquella crísis, un general conservador, mártir ilustre del deber, cuyo nombre resplandecerá inextinguible en los anales de nuestras glorias, presidia trabajos idénticos á nuestros difíciles trabajos; y un grande de España, que lleva sangre de reyes en sus venas, aceptaba de los

ministros de una república avanzada y democrática la honrosa pero difícil representacion de nuestra autoridad y de nuestro nombre en la córte más tradicionalista de toda Europa, en la córte de aquellos que creen vincular en sí el génio y el nombre de Cárlos V y de María Teresa, en la córte de los Lorenas y de los Austrias.

Y movido de esta gratitud y de este recuerdo, yo dije para mí: «Si un gobierno que se llama avanzado encontró un grande de España que lo representara en la córte de vasto imperio europeo, un gobierno que se llama conservador debe encontrar tambien, si lo busca, el nombre de un republicano, siquiera sea tan modesto y humilde como el mio, para que lo represente ante el gobierno de una vasta república americana; y así demostraremos que no se sirve solamente á la nacion allá en los cargos retribuidos y políticos, sinó en otros cargos de ménos lustre, pero de igual importancia; que no se sirve á la nacion sirviendo sólo al Estado, sinó sirviendo á otras fuerzas que no caben todas dentro del organismo del Estado, sirviendo á la sociedad; á ver si logramos que sobre nuestros gobiernos, los cuales se suceden más que para continuarse para perseguirse y anularse

22

unos á otros; sobre nuestros partidos, los cuales se combaten entre sí no con la próvida emulacion del trabajo, sinó con el desolador ódio de la guerra, hiriéndose y calumniándose; sobre las serpientes venenosas de tantos males, se alce pura, inmaculada, luminosa, la mujer sin pecado, la madre sin mancilla, eterna fuente de nuestras inspiraciones y eterno objeto de nuestro culto; la imágen de la pátria.

Yo puedo deciros que sólo he visto y sólo he estudiado una Exposicion en mi vida, la última Exposicion de París. Y jamás olvidaré las emociones que llevó á mi corazon y las enseñanzas que llevó á mi inteligencia. Todo se contenia allí: desde el alimento hasta el hogar, desde el hogar hasta el vestido; la hogaza que sale caliente del horno para satisfacer el hambre y la blonda que sale aérea del taller para agraciar la hermosura; el libro cargado de ideas sudadas por nuestras prensas y la campana cargada de sonidos que llaman á la oracion y traen á nuestra baja atmósfera los ecos de la eternidad; la sorda linterna que desentraña las oscuras profundidades de la mina y el expléndido faro que derrama con su resplandor la esperanza en los infinitos espacios; el estridente vibrar de la máquina de vapor que ha borrado las dis-

tancias y combatido y domeñado las tempestades del Océano, y la nota cadenciosa, melancólica del órgano que ha sacudido con los escalofrios de lo sublime todo nuestro sér y ha domeñado las tempestades interiores del alma; el azadon que ha abierto fecundo hoyo á la semilla en la tierra de labor, y el pincel que ha puesto un color, un matiz más en los cielos y en los irís del arte; las moles de granito y de mármol que guardan en sus partículas testimonio de las revoluciones de la materia, y la estátua triunfante que ha obedecido al golpe del cincel y al conjuro de la idea; la trampa en que el cazador aprisiona las ligeras aves, y el telescopio en que aprisiona el astrónomo las sólidas estrellas; el eslabon del cable donde ha vibrado la chispa de la electricidad, y la cuerda del arpa donde ha vibrado la chispa de la inspiracion; la economía doméstica con sus rudimentarios procedimientos, y la ciencia química que ha encontrado nuevos elementos en los elementos de Aristóteles, y ha analizado el incienso de oxígeno que exhalan esos pebeteros de la creacion llamados plantas, y el ácido carbónico que exhalan las fraguas de nuestros pulmones; todo este universo, obra del Titan, sujeto á la cadena del límite, y sin embargo, divino, crea-

dor, animal en la naturaleza, ángel en lo infinito, que perfecciona y pule con el cincel de su trabajo, como se merece su grandeza, el templo del espíritu, nuestro hermosísimo planeta.

Y despues, al sacudir esta primera emocion artística, si entraba en reflexiones más hondas, veia en toda Exposicion un cambio, y un cambio grande, grandísimo en las relaciones humanas y en la cultura universal. Convencido, penetrado de que todo progreso terreno tiene un límite, el mismo límite que nuestra condicionalidad y nuestra contingencia; convencido, penetrado de que no podemos jamás acabar con la contradiccion que reina en los cielos y en la tierra, en todo el universo; convencido, penetrado de que la guerra se extiende allá donde se extiende la vida; convencido, penetrado de que no quitaremos al aire sus huracanes, al mar sus tormentas, al mundo animal sus batallas eternas entre todos los séres por una pulgada más de espacio, por un minuto más de tiempo y por un soplo más de animada existencia; al cuerpo su oposicion de humores y de temperamentos; á la economía política su ley necesaria, fatal, de la concurrencia; al entendimiento sus dudas, al corazon sus penas, á cada hora su angustia, á cada dia su trabajo; puesto

que estamos condenados á guerra perpétua y somos guerreros incansables y venimos armados de una armadura á luchar y reluchar constantemente, luchemos en buen hora; pero no en los ensangrentados campos de batalla, sinó en los pacíficos certámenes de la industria; no por la muerte, sinó por la vida; no con enemigos, sinó con rivales; no para arrancar á la esposa su esposo, á la madre su hijo, sinó para conservárselos, para vestírselos, para fortalecérselos, para llevar de la tierra las partículas más vivificantes á sus venas, del espíritu las ideas más luminosas á sus cerebros, á fin de que la guerra del trabajo sea una guerra sin término de la cual resulte una victoria incruenta que nos comunique en comunion sacratísima directamente con la naturaleza, con la humanidad y con Dios.

Señores, el mundo del trabajo prueba cuán eminentemente social es la humanidad. Los demás séres producen, pero producen para sí. La zumbadora abeja liba la miel de las flores y la deposita en las celdillas de cera para proveer á su propio alimento; la diligentísima hormiga construye sus graneros con arreglo á sus necesidades; entona el ruiseñor la melancólica endecha en el bosque para tener á su compa-

ñera estática y fija sobre el nido de sus amores, mientras que el hombre produce para sí, es verdad, para la satisfaccion de sus necesidades individuales y de las necesidades de su familia, mas tambien para ejercer su actividad inquieta, para emplear sus fuerzas, para el recreo y el encanto de los demás, para instruir é impulsar una sociedad; por amor al bien, á la verdad, á la hermosura en sí, pues como él sólo sabe dar su vida por sus semejantes, él sólo es redentor, él sólo sabe ofrecerles tambien desinteresamente los productos de su trabajo.

Mejorar el trabajo es mejorar la vida entera. En las grandes Exposiciones uno de los objetos realmente más estudiados y más digno de estudio es la mejora de las leyes del trabajo y de la suerte del trabajor; en ellas se aprende prácticamente el límite á que pueden y deben llegar las reformas; en ellas se desvanece y se disipa la utópia, así la utópia demagógica como la utópia reaccionaria. No olvideis, señores, que desde la primera Exposicion de Lóndres, desde aquella visita de los trabajadores del continente á los trofeos de la industria en las islas británicas, data un movimiento de solidaridad en las clases trabajadoras, que perverti-

do hoy por apocalipsis comunistas trazados en las estepas de Rusia y por maniobras revolucionarias siempre estériles, puede llegar á ser fecundo si algun dia se encauza en la idea de una mejora material y moral, en paz divulgada, y por las leyes conseguida, de las condiciones del trabajo. No olvideis tampoco, no, que el grupo décimo de la Exposicion de París suscitó mil problemas que el tiempo y la ciencia han de resolver algun dia.

La verdad es que el estudio de los productos de la industria enseña el verdadero alcance de nuestras fuerzas y el verdadero límite de nuestras esperanzas. Y el trabajador aprende en estos certámenes que si una parte de sus males depende verdaderamente de antiguos monopolios, otra depende de su propia responsabilidad; que al ahorro, á la constancia, á la economía, le está reservado siempre un premio; que la propiedad individual es una institucion verdaderamente indispensable; que el legar á la posteridad, á los sucesores, á los hijos el ahorro acumulado nace de un deseo incontrastable del corazon humano, superior á todas las arbitrarias combinaciones de los pensadores solitarios y encastillados en su pensamiento abstracto; que así como no podemos prescindir

del calor porque sofoque, ni del agua porque inunde, ni de la electricidad porque abrase, no podemos prescindir del capital porque abuse; y como no se levanta contra las leyes mecánicas y dinámicas del universo ninguna obra estable, no puede levantarse ningun progreso cierto contra las leyes de la economía y las bases inconmovibles de toda sociedad.

¡Pero ah! No miremos solamente un lado de la vida, una parte del universo. Ese es el error de los errores. Lo hemos querido ajustar todo á un principio exclusivo cuando es doble de suyo nuestra naturaleza. Unos sólo han visto la autoridad y otros sólo han visto la libertad; unos el movimiento y otros el reposo; unos el progreso y otros la estabilidad; unos la naturaleza y otros el espíritu; unos la accion y otros la reaccion; unos el capital y otros el trabajo; cuando la sociedad humana es un compuesto del pensamiento y de la vida, y la vida y el pensamiento una série de síntesis dentro de las cuales se oponen y se recomponen principios contrarios, como el equilibrio universal es un resultado armónico de contrarias fuerzas.

Cuando sintais las satisfacciones ó las comodidades que procura el trabajo, no olvideis las penas y las fatigas del trabajador; no olvideis

que sin él, sin su auxilio, sin el sudor de su frente, sin el esfuerzo de sus brazos, no seria posible ese mundo del arte ni ese mundo de la industria que tanto necesitan nuestro espíritu y nuestro organismo, y contribuir con todas vuestras fuerzas á que pueda por la asociacion, por la cooperacion, por la coparticipacion, por todos los medios legítimos nacidos de la ciencia y confirmados por la experiencia, llegar al necesario desahogo y á la necesaria libertad, á fin de que el trabajo tenga toda la importancia y toda la retribucion que le son debidas indudablemente en rigorosa justicia.

Cada Exposicion tiene su particular carácter. Segun el sentir de personas competentes, la primera de Lóndres da por resultado una comparacion inmediata y rápida entre los diversos productos del trabajo; la primera de París una demostracion práctica de la felicidad con que el ingénio francés ha sabido aplicar las artes á la industria; la segunda de Lóndres se distingue por los objetos de inmenso valor y de costo incalculable que ofrecia al comercio y que pugnan con el sentido democrático de la industria, bien al revés de la última de París, que principalmente se ocupa del bienestar moral y material de las clases trabajadoras, mientras que

la de Viena deja la enseñanza práctica de que en el estado crítico de la produccion y del consumo se necesita aprovechar hasta los desperdicios más ínfimos para nuevas trasformaciones de la materia, y nueva satisfaccion á las necesidades de una sociedad tan agitada y febril como la sociedad presente.

Pues bien: la Exposicion de Filadelfia es la Exposicion intercontinental por excelencia. Este nuevo certámen corona y remata los certámenes anteriores. No se verifica en una ciudad de tradiciones principalmente aristocráticas como Lóndres, ni en una ciudad de tradiciones militares y monárquicas como Viena, ni en una ciudad de tradiciones principalmente revolucíonarias como París; se verifica en una sociedad puramente fundada por los trabajadores, porque ó los Estados-Unidos no representan nada en el mundo, ó los Estados-Unidos no son nada en el mundo, ó son y representan exclusivamente la grandiosa epopeya del trabajo. Mirad el tipo eterno de sus fundadores. Alto, nervudo, fornido, rubio como un Hércules de Rubens, ha arrancado su personalidad avasalladora á una iglesia intolerante y á una aristocracia formidable, para lanzarse al mar en débil esquife, y despues de haber navegado

titánicamente, allí donde parece que la tempestad está eternamente en los cielos y la tormenta eternamente en las aguas y el huracan eternamente en los aires, entre nieblas espesas como noches sin fin y entre bancos de hielo como flotantes montañas, ha desembarcado, cual un aborto de las férvidas olas, no en aquella naturaleza tropical donde sólo se necesita respirar para vivir, sinó en clima ágrio, en playas inhospitalarias, y ha cogido su Biblia de cuáquero bajo el brazo, su hacha de explorador en la mano, y se ha ido en compañía de su libertad y de su conciencia á hollar con su planta los desiertos nunca hollados, á tender en la vírgen corriente del profundo rio el árbol derribado por su esfuerzo, á abrir violentamente en batalla enorme con las parásitas y con los brutos la selva primitiva, á fundar allí una sociedad, donde no sea necesario enagenar ninguna de las libertades indispensables á nuestro sér, porque toda ella está cimentada en la naturaleza y toda ella ha nacido del trabajo.

El más universal de los filósofos antiguos, dijo un verdadero y profundísimo pensamiento cuando notó la superioridad de la poesía sobre la historia para dar á conocer el fondo de las

sociedades humanas. El tipo de una sociedad alzada en la conquista y en la guerra es el Roldan francés que sólo sabe vivir combatiendo y morir sonando su cuerno de caza de hombres en los riscos de Roncesvalles; ó el Astolfo italiano que recorre, caballero en fantásticas alimañas, la tierra y el cielo en pos de increibles aventuras; ó el Quijote español, generoso, caritativo, claro espejo de todas las virtudes, que descuida su hacienda y abandona su hogar para desfacer entuertos imaginarios, para resucitar sociedades muertas, para espaciarse en estériles empresas, para acariciar un amor sin posteridad posible en la vida, seguido del maligno campesino que todo lo vé á derechas ménos sus torcidas ambiciones, y que á su vez deja arado, azadon, yuntas, casa, familia, su trabajo y su hacienda por un empleo, por un cargo político, por el gobierno de una ínsula donde le magullarán los huesos y le nublarán la honra, mientras que el tipo de una sociedad de trabajadores se encuentra en aquel libro, pesado, difuso, minucioso, libro de viajes y de estadística, sin arte y sin estilo, escrito por un anglo-sajon del viejo mundo, y sin embargo, Evangelio de los anglo-sajones del nuevo, en el libro y en el tipo de Robinson, no tan poéti-

co ciertamente como los caballeros de la Mesa Redonda ó como los discípulos de Amadís de Gaula, pero mucho más aprovechado y mucho más provechoso, que va de Europa al Brasil y del Brasil á Africa como si fuera de paseo al parque del Regente en Lóndres; que naufraga y se salva por su propio esfuerzo; que arriba á desierta isla y no se desespera á causa de su fé y de su esperanza en la virtud redentora de su actividad; que pone la tosca sierra y el rudimentario cepillo de carpintero sobre la espada del héroe y sobre el cetro del rey, y sobre el escudo del noble; que se abre él sólo con su azadon salvador ancho camino, hondo canal, próvidos almacenes, y que está grabado de relieve en la conciencia de una gran raza para mostrar cuánto puede y cuánto alcanza la fuerza indomable de la voluntad empleada en el creador ejercicio del trabajo.

Al leerlo, creeis leer la historía de aquellos puritanos perseguidos y acuchillados por los ejércitos de los Estuardos, que pasan de Inglaterra á Suiza y á Holanda para dilatar su conciencia y afirmar su idea; se embarcan despues en la misteriosa Flor de Mayo, repitiendo el cántico entonado por Moisés al salir de Egipto y al atravesar el mar Rojo; desembarcan en la

nueva Inglaterra y se van por las orillas del Potomac ó del Ohio á ejercer su actividad, á levantar un templo á su Dios y un hogar á su derecho; y en premio de este esfuerzo, obtienen el fundar aquella sociedad cercana á la naturaleza, ántes realizada por ellos que concebida por los filósofos del pasado siglo, y darnos con el vapor, con el telégrafo, con el pararayos, con el cable submarino, los mayores milagros de la industria humana y los primeros títulos de nuestra soberanía en la naturaleza.

Ahora, señores, vamos á los Estados-Unidos, no á estudiar sus instituciones y su historia, no á estudiar su política y sus leyes, sinó á un fin más inmediatamente práctico; á exponer los productos del trabajo español y á mejorar nuestras relaciones mercantiles, en cuanto sea posible, con el Nuevo Mundo. Aquí tenemos la falsa idea de que todo se resuelve con el criterio político, y todo se contiene en las públicas instituciones, cuando política é instituciones vienen á ser en último término las séries de organismos resultantes de la instruccion, del trabajo, de la industria, del arte, de la ciencia y de la moralidad de los pueblos. Yo estoy seguro de que todos cuantos esfuerzos empleemos en mejorar el trabajo y la industria lo emplea-

mos tambien, señores, en fomentar la libertad que todo rayo de luz funde, y todo progreso económico destruye en el eslabon de una cadena. Y así como en la vida privada son por regla general morales é independientes los hombres trabajadores, en la vida pública son libres é independientes los pueblos trabajadores tambien.

El comercio de España con los Estados-Unidos se salda con un millon de pesetas en contra nuestra. Y es apenas comprensible y explicable este fenómeno, atendiendo á que más necesitan de nosotros los Estados-Unidos que nosotros de ellos en la esfera mercantil. La América del Norte extrae de España metales y minerales, frutas verdes y secas, aceites y sales, corchos catalanes y extremeños, únicos en el mundo; los ardientes vinos que mezclan á la sangre de los hombres del Norte átomos del expléndido sol de Andalucía. En cambio nosotros importamos de los Estados-Unidos algodon, tabaco, maderas, betunes, petróleo. Ahora bien: este balance de exportaciones é importaciones prueba cuánto necesitamos fomentar nosotros la virtud salvadora del trabajo. ¿Se concibe, si laboráramos como debiéramos, que fuese la nacion poseedora de Cuba, de Puerto-

Rico, de Filipinas, tributaria de los Estados-Unidos hasta en la materia del tabaco? La palabra que se debe pronunciar constantemente en los oidos de nuestra raza es la palabra trabajo, porque empleando nuestra actividad útilmente puede asegurarse que llegaríamos á ser una de las naciones más ricas y por consecuencia más independientes de la tierra.

Respecto á nuestra situacion económica é industrial, hay dos conceptos al igual funestos: el exceso de optimismo y el exceso de pesimismo. Evitemos uno y otro escollo. Mal estamos, pero no es tan cierto como se dice por ahí vulgarmente que estemos en completa decadencia. Al contrario, si algo se nota es un renacimiento completo. Podemos presentarnos ante el mundo con verdaderos progresos. Es verdad que no explotamos como debemos nuestras ricas minas de minerales y metales cuando los extranjeros las buscan realmente con avidez, y Krupp mismo ha comprado grandes territorios en Vizcaya para llevarse nuestras menas. Es verdad que las pesquerías se hallan, por ejemplo, en lamentable retraso, cuando tenemos tantas costas, dos mares, sal inagotable para la salazon, rico aceite para las conservas. Es verdad todo esto, y algo más doloroso toda-

vía: pero la exportacion de minerales ha subido en los últimos años de 20 á 100 millones, y debe subir más cada dia. Las plantas testiles, de las cuales algunas crecen espontáneamente en las montañas, como el esparto, forman la base de importantísimas industrias. Nuestros caldos, nuestros cereales, nuestras semillas, nuestras frutas secas, han recibido lauros inapreciables en los últimos certámenes. Nuestra industria lanera es la madre de los vellones que Silesia enseña al mundo entero; y los tejidos de lana española han competido con la de Elbeuf y Reims y se han llevado premios de honor. La misma Italia, conservando la palma de la belleza en sus plateadas sedas de Novi, ha tenido que cedérnosla en cuanto á la flexibilidad para las cintas. Progresamos cada dia más en el tejido de algodon y somos la segunda nacion que ha aceptado los tintes mecánicos para colorar los linos y los cáñamos. Nuestra peletería no ha desmerecido de la antigua gloria cordobesa. Los trabajos sobre metales de la fábrica de Zuloaga y de la histórica y gloriosa fábrica de Toledo no tienen ya rival en el mundo. Nuestras maderas labradas, la cerámica y la cristalería, los instrumentos músicos y los métodos de enseñanza han merecido

primeros premios y han mostrado nuestro pasmoso crecimiento.

Lo mismo las obras de nuestros ingenieros que las obras de nuestros artilleros, los planos geodésicos y otros muchos productos, han conseguido el aplauso y la consideracion universal, como lo muestran sus premios y sus lauros. Tenemos derecho á esperar que podamos presentarnos con iguales ó mayores títulos en la Exposicion de Filadelfia.

Somos un extremo de Europa, es verdad, y segun cierto escritor, el extremo huesoso. Pero en nuestras manos, y sólo en nuestras manos, está que esos huesos sean los huesos de la cabeza. Así como en la cabeza se encuentran reunidas las raices de todos los nervios de nuestro cuerpo, echad una mirada sobre nuestro mapa mineralógico y encontrareis todos los minerales que se hallan esparcidos en Europa; evocad nuestro mundo vejetal, vereis desde el roble y la encina hasta el granado y el limonero; desde el musgo rudimentario que borda la region de las nieves hasta la palma de Oriente que ha escuchado los secretos del cielo de la inmensidad del desierto. Sólo que por reñir en Italia, por domeñar á Flandes y á Holanda, por someter bajo el férreo yugo de nuestro antiguo

absolutismo al Gran-Condado y á la Vallelina, por conservar una tutela sobre Cerdeña y sobre el Piamonte, por impedir que la heregía se extendiera en Alemania, por auxiliar á la reaccion religiosa en Inglaterra y en Francia, por restablecer los Estuardos en su perdida autoridad, por dotar con tronos en Nápoles y en Parma á los hijos de Isabel de Farnesio, por ceñir la corona de los Algarbes á las sienes de un privado, por obras de guerra y de conquista, hemos descuidado nuestro suelo, destruido nuestra industria, cegado la fuente de nuestra riqueza, puesto el desierto en regiones donde Dios pusiera la vida, y llegado á ser aquella raza de hidalgos valerosos, nobles, honrados, orgullosísimos, pero que preferia morirse de hambre á entregarse, cuando acababa la pelea, al ejercicio del trabajo.

Esto tiene la desventaja de nuestra presente inferioridad; pero tiene la ventaja de que nuestro suelo aparezca como un suelo primitivo casi, un suelo explotable, un suelo que puede ofrecer, cual en toda la antigüedad, sus entrañas como minas inagotables al trabajo de los industriales, y sus campos como Campos Elíseos á la inspiracion de los poetas. Lo que necesitamos es trasformar nuestra tierra. Lo que

necesitamos es regarla con nuestro sudor hasta hacerla tan fecunda como el pensamiento. Lo que necesitamos es convertir aquellas grandes cualidades que nadie puede negar á nuestra raza, el valor heróico, la constancia singular, la tenacidad á toda prueba, la fiereza de carácter, la austera sobriedad de costumbres en otros tantos elementos de progreso para la obra de nuestra redencion económica. El hierro forjado, templado, afilado, convertido en acero, y usado y esgrimido en los combates, mata; pero el hierro vivifica cuando es azadon, cuando es máquina de vapor, cuando es telar mecánico, cuando es arado, cuando disuelto en partículas invisibles colora y enciende nuestra sangre, acera y fortifica nuestros nervios, y abriga y defiende, acumulándose en el cerebro, el santuario donde arde el eterno ideal, la enterna luz del pensamiento. Así nuestras cualidades deben divertirse de las guerras y deben consagrarse al estudio y al trabajo. Para ser nacion necesitamos, no solamente entrar en la posesion plena de nosotros mismos, sinó en la posesion plena de nuestro suelo. Y el suelo se conquista con los instrumentos de labranza, con la máquina, con la retorta, con la trasustaciacion de la materia por medio del trabajo. Así

donde quiera que haya un certámen de la industria, donde quiera que haya un torneo del trabajo, donde quiera que se concurra y se combata por el progreso material, allí debe estar la nacion á ver si concluimos con nuestras guerras interminables y concertamos la actividad en las esferas superiores de la industria, del arte y de la ciencia.

No olvidemos, señores, que ahora vamos á América, á la tierra evocada por nuestro génio, á la tierra descubierta por nuestra audacia. América necesitaria perder la memoria y el habla para perder el recuerdo de nuestro nombre. Todo está en ella ligado con nosotros. Si quiere elevarse á los orígenes de su cultura presente y de su civilizacion cristiana, tiene que tropezar con aquel humilde convento de franciscanos, á cuya puerta pedia limosna un hombre que comenzaba á entrar en la edad madura, y que sin embargo tenia la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos del pensamiento y por los sacudimientos de la inspiracion; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombre-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocido en Portugal y sólo adivinado por la audacia de España. No

hay allí de extremo á extremo de América un objeto que no lleve marcado el sello de nuestro pensamiento.

Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzon; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aún la sombra majestuosa de Ponce de Leon, que ha pasado en aras de su fé desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatan ha sido adivinada por un Fernandez de Córdova, y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primer visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del jóven continente, se debe á un Garay; la aparicion de la Carolina meridional, á un Vazquez; ese gran rio, esa arteria de los Estados-Unidos que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Mississipí, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increibles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el estrecho de Maga-

llanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada *Santa Victoria*, cubierta con la bandera de Epaña; que por, do quier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo.

Y si no puede nuestro nombre borrarse de sus tierras en toda América, en lo que á la América española se refiere, no pueden, no, salir nuestro Dios y nuestra religion de sus templos, nuestras leyes y nuestras instituciones de sus Códigos, nuestras costumbres y nuestras prácticas de sus hogares, nuestra historia de su vida pasada, nuestra sangre de sus venas, nuestros apellidos de sus genealogías, nuestra lengua de su pensamiento. Y al presentarnos en su propio continente con los instrumentos pacíficos de la industria, con las obras lumino-

sas del trabajo, les demostraremos que todo ensueño de reconquista se ha desvanecido, que toda reaccion hácia las antiguas dominaciones se ha borrado; que somos, como ellos, una democracia pacífica, y que, conservando la diferencia y la division de Estados, debemos unirnos moral y económicamente en la industria, en el arte, en la ciencia, para sostener el nombre de nuestra raza en la tierra y ser dignos miembros de la humanidad en la futura historia. He dicho. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

INDICE.

